

BALTASAR GRACIAN: POLITICO Y FILOSOFO DEL SIGLO XVII

Por el Lic. José María DOMINGUEZ
ex-profesor ayudante de Filosofía del
Derecho y Estudios Superiores de De-
recho Político en la Universidad de
Madrid.

SUMARIO

PRIMERA PARTE: *Vida y obra.*—Biografía.—Genio y carácter.—De la amistad y el diálogo.—El estilo.—Las fuentes: a) literarias; b) doctrinales.—Ediciones de sus obras.—Análisis y juicio de cada una de sus obras.

SEGUNDA PARTE: *Concepción filosófica.*—Vida, muerte e inmortalidad.—El hombre.—Individualidad.—Señorío de las cosas.—Conciencia de sí.—El hombre natural.—Los sub-hombres.—Estructura temporal de la vida.—El hombre perfecto.—El pesimismo de Gracián.—El hombre en acción.—Genio e ingenio.—Prendas y eminencias.—El Zahorí.—Señorío de sí mismo.—La moral.—La conducta.—La voluntad.—La virtud.—Fortuna y Favor.—La treta.—Principios de conducta.—Los tipos humanos.—El Héroe.—El Discreto.—El Mentor y su Discípulo.—El Prudente.—El Varón Atento.—De la técnica, la civilización y la sociedad.

TERCERA PARTE: *La política.*—Carácter de la investigación.—Sociología política fundamental.—El político.—Príncipe y Corona.—Cualidades del Príncipe.—La educación del Príncipe.—El Rey fundador.—La dinastía.—La mujer y la política.—El Ministro y el Privado.—Otros cargos públicos.—El Reino.—La Corte y el Pueblo.—La dinámica estatal.—Los métodos del poder.—Los actos iniciales.—La tradición política.—El bien público.—La discrecionalidad del Príncipe.—El Príncipe y el Reino.—La tiranía.—La razón del Estado.

BIBLIOGRAFIA

a) Obras históricas generales y literarias; b) Obras sobre Historia de las ideas políticas; c) Monografías sobre Baltasar Gracián; d) Otras obras; e) Literatura política y filosófica contemporánea a Gracián, por orden cronológico; f) Apéndice.

No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido que al menos se pueda decir de tí que eres un hombre.

SENECA, según GANIVET: *Idearium*.

Crear... He aquí la gran redención del dolor y el alivio de la vida.

NIETZCHE: *Así Hablaba Zarathustra*.



I. VIDA Y OBRA

BIOGRAFIA

Baltasar Gracián y Morales nació en Belmonte, pueblecito situado a dos leguas de Calatayud, de casa y familia infanzona, y fué bautizado el 8 de enero de 1601, apareciendo con el nombre de "Galacian" en su partida bautismal. De sus padres, Francisco Gracián y Angela Morales, se sabe bien poco. Su padre era hombre sensato y experimentado, o "de profundo juicio y muy noticioso", según su propio hijo Baltasar.¹ La familia poseía escasos recursos económicos, por lo que los hijos —Baltasar, Felipe, Pedro, Raimundo y Magdalena—, hubieron todos de abrazar la vida religiosa. Así, el P. Felipe Gracián fué clérigo menor, Asistente del Superior de su Orden en Roma, teólogo eminente y, como el propio Baltasar, magnífico predicador; el P. Fray Pedro Gracián fué Trinitario, poeta de gran promesa y "murió en la flor de sus mayores esperanzas"; el P. Fray Raimundo Gracián fué Carmelita Descalzo, "gran religioso y docto" y también buen predicador; la Madre Magdalena de la Presentación fué Priora de las Carmelitas Descalzas de San Alberto.

A Baltasar se le envió muy joven todavía, a Toledo, a casa de su tío, el licenciado Antonio Gracián, quien se encargó de dirigirle y sostenerle durante sus primeros estudios.² De Toledo va a guardar muy buen recuerdo, como lo demuestra su elogio de esa ciudad en el *Criticón*, parte I, Crisi X. En cuanto a su tío, solo una vez lo menciona, en el capítulo XXV de su *Agudeza*, citándole como de la opinión que "en los aragoneses

1 *Agudeza*, XXIII.

2 V. EGUÍA RUIZ, P. CONSTANCIO: *La formación escolar y religiosa de B. G.*, Bol. R. Acad. Española, 1931, XVIII, 161-2; LINAN y HEREDIA, NARCISO J. DE: "B. G.", Madrid, 1902, págs. 97-8, y A. COSTER: "B. G.", tirada aparte de la *Revue Hispanique* XXXIX, pág. 5 y ss. París, 1913.

no nace de vicio el ser arrimados a su dictamen, sino que como siempre se hacen de parte de la razón, siempre les está haciendo gran fuerza". El que tal parecer causare cierta impresión al joven Baltasar, habrá sido debido, seguramente, a que el licenciado Antonio debió de ser una persona que practicaba sus opiniones; hecho que acaso dejara al joven Gracián, que siempre fué de independiente parecer y celoso individualista, en probable oposición con aquél.

El 14 de mayo de 1619 entra como novicio en el Colegio de Tarra-gona (Filosofía y Letras), y dos años después hacía su primer curso de Teología en el Colegio de Zaragoza. De su rector de entonces, el P. Juan de Villanueva, mereció en 1625 un juicio muy penetrante: "Ingenium bonum et iudicium... bonus in litteris profectus... experientia et aetate exigua... colericus, sanguineus... speratur et fore aptus ad ministeria" (Buen ingenio y juicio, buen aprovechamiento también en las letras, (pese a) su inexperiencia y edad escasa, y temperamento bilioso. Espero ha de ser muy útil con el tiempo para nuestros ministerios).³ Ordenóse de presbítero al finalizar el curso académico de 1626. Conforme a un documento del 29 de febrero de 1628, en el que figura su firma junto a la de nueve otros Padres y del rector, P. Continente, estaba entonces en el Colegio de Calatayud, sin duda de catedrático.⁴ Y el 25 de julio de 1635, a los 34 años, hizo profesión de los cuatro votos.

Se cree que pudo realizar sus estudios merced a la generosidad del Limosnero de la Seo de Zaragoza, Don Rodrigo Zapata, y del abogado Micer Pedro Santángel.

A instancias de Lastanosa, publica en 1637 su primer tratadito, *El Héroe*, con el seudónimo de "Lorenzo Gracián". Iba dedicado el libro a Felipe IV, quien lo enjuició así: "Es muy donoso este brinquin. Asegúroos que contiene cosas grandes."⁵

En la primavera de 1640, Gracián recorre la Corte de Madrid, donde se relaciona con grandes personajes y ve y observa todo lo que acontece allí. Ignoramos la duración tanto de esta visita como la de la posterior de 1641. En cartas del 14 y 28 de abril y 19 de mayo de 1640 habla del Palacio del Buen Retiro y de las casas señoriales de Don Juan de Espina, del Duque de Veragua y del Duque de Feria. En Madrid trabó conocimiento con Don Antonio Hurtado de Mendoza, poeta lírico y dramaturgo, secretario personal de Felipe IV desde 1623, al que se le conocía por el dictado de "el discreto de Palacio".

3 P. EGUÍA: *ob. cit.*

4 Según ROMERA NAVARRO: *Introducción*, pág. 5.

5 Según LASTANOSA: prefacio al *Discreto*.

Unos meses más tarde del mismo año de 1640, en diciembre, se halla Gracián en Zaragoza, asistiendo en su enfermedad a su amigo el Duque de Nócera, al que dedica *El Político* (1640), producto de sus conversaciones con el Virrey.

En 1641 regresa a Madrid, donde predica con gran éxito muchos sermones. Ninguno de estos sermones se conserva, aunque Romera Navarro⁶ presume que en *El Comulgatorio*, "libro de estilo tan oratorio", quizás hayan entrado "trozos selectos de sus piezas de oratoria sagrada". Del éxito de estos sermones certifica una carta del P. Emanuel Ortigas, fechada en julio de 1641 y citada por Coster,⁷ en la que afirma que "no ha pasado fiesta que no haya predicado, algunas dos veces, y ayer debía tener, a más de la iglesia llena, fuera más de cuatro mil personas". Esa tarea le ocupa gran parte de su tiempo, a pesar de lo cual aún le queda ocasión para publicar, en 1642, su *Arte de Ingenio*, primera forma en que apareció la que años después habíase de titular *Agudeza y Arte de Ingenio*.

En ese mismo año de 1642 vuelve Gracián a Zaragoza. Por esa época, la guerra con Francia se presentaba mal para los españoles: el Mariscal La Mothe había tomado Monzón. Por fin, Felipe IV decide acudir en persona al campo de batalla y el 27 de julio de 1642 consigue entrar en Zaragoza, al frente de sus tropas.

Al año siguiente, 1643, nos encontramos a Gracián hecho Director del Colegio de Tarragona, cargo del que toma posesión el 6 de marzo de dicho año; y también durante su estancia en Tarragona los franceses sitian la ciudad, viéndose obligados a levantar el asedio después de una incursión de caballería española, apoyada por la artillería de la plaza.

Sin que se sepa el por qué, Gracián aparece el 21 de diciembre de 1644 en Valencia, donde reparte sus vigiliat entre la lectura, en la biblioteca del Hospital, y la predicación. Sus sermones lograban un éxito magnífico; hasta que un día, dejándose llevar de su afición a las agudezas, anunció que abriría y leería desde el púlpito una carta recibida de los infiernos. La ocurrencia disgustó a la Autoridad eclesiástica y Gracián tuvo que retractarse públicamente; su estancia allí se hizo provisoria y cuando el Marqués de Leganés pidió al Patriarca de Valencia unos cuantos curas castrenses para el ejército que había de socorrer a Lérida, sitiada por tropas francesas, el Patriarca se apresuró a incluir a Gracián en la lista, aprovechando la oportunidad para desprenderse de una persona incómoda y, a los ojos del buen Patriarca, un poco arbitraria. Sus re-

6 V. *Introducción*, págs. 7 y 8.

7 V. B. G. pág. 46.

cuerdos de Valencia y de sus habitantes no fueron gratos, mostrando contra ambos su ojeriza y malhumor en muchos pasajes del *Criticón*.

El 20 de noviembre de 1646 dió comienzo la acción y el 24 del mismo mes, cuatro días después, atribuye, en una carta escrita ya desde Lérida, tres días después de la victoria, el éxito sobre los franceses al capitán Pablo de Parada y a sí mismo; pues, según confiesa, los maestros de campo le pedían que fuese a arengar a sus soldados. Una vez más, su brío de orador sagrado, dueño de su poder y de sus efectos, había encontrado posibilidad de desplegar su certera inspiración. Pero oigamos al propio Gracián: "Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones enfrente de banderas, me fuí de uno en uno y les hice breve exhortación, arrodillándose todos y llorando los maeses de campo, títulos y señores cuantos había. Luego los absolvía y aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fué ésto de tanta importancia, que se levantaban gritando: "Peleemos, ¡viva el Rey nuestro Señor y la santa fé católica!", que arrojaban en alto los sombreros, y venían a porfía por mí los maeses de Campo para que les diese ánimos a su gente y absolverlos; y hubo cabo (jefe) que dijo que importó esto tanto como si les hubieran añadido 4,000 hombres más. Para esto me dejó el Señor solo de todos los religiosos que envió S. M. por el señor Patriarca (de Valencia), que todos enfermaron, y otros hizo prisionero el enemigo... Débese principalmente la victoria al valiente Pablo de Parada, y confieso a V. R. que yo tuve alguna parte, de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman el Padre de la Victoria. Díome el Señor su espíritu aquel día, para exhortarles y disponerlos, y una voz de clarín."⁸

El 29 de diciembre de 1646 se encontraba Gracián descansando en Huesca, en la soberbia casa que allí poseía Lastanosa, pues en esa fecha invita a su buen amigo el cronista Juan Andrés de Uztarroz a reunirse con él y disfrutar "la librería del amigo D. V. (icencio).⁹ En este mismo año aparece en Huesca *El Discreto*, obra que había ya terminado en Valencia, costeándole la edición su mecenas, Lastanosa. Fruto de su estancia en casa de este último es un activo trabajo de creación literaria, como lo prueba la aparición, un año más tarde, del *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, también auspiciado por Lastanosa. Además, se ocupaba también por aquel entonces en refundir su primitiva edición del *Arte de Ingenio*. El canónigo Salinas, su amigo, y pariente, a la vez,

8 V. *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús, en Memorial histórico español*, 1864, XVIII, 436, 443.

9 Ms. 8391, fol. 464r. (Bibl. Nac.).

de Lastanosa, había hecho una traducción de los epigramas de Marcial, y deseaba verse incluido entre los poetas citados en la primera edición de la obra. Gracián entonces, para no perder su crédito de crítico, transformó su obra en una antología de poetas aragoneses, con el fin de que se pudiese tener un gusto menos estricto en la selección. Esta refundición, publicada con el título de *Agudeza y Arte de Ingenio*, apareció el 30 de marzo de 1648.

La publicación de obras de carácter tan poco eclesiástico, había venido suscitando juicios críticos poco benévolos para su autor: podían ser interpretadas —decíase— de un modo poco favorable para la Orden. Y como los seudónimos usados por Gracián eran demasiado transparentes, se inicia entonces contra él una campaña de sorda oposición.

A pesar de todo, Gracián no se arredra y en 1651 aparece la primera parte de *El Criticón*. Este es el primero de sus libros que se publica bajo el seudónimo de *García de Marlones*, anagrama de sus dos apellidos Gracián Morales. Sus obras anteriores, bajo la transparente paternidad de “Lorenzo Gracián”, habían aparecido como publicadas por Vicencio Juan de Lastanosa. El anagrama parece ser debido a que, esta vez, no había solicitado la oportuna licencia y censura del Superior. Por cierto que la Pragmática de 13 de junio de 1627 prohibía variar o suprimir el nombre del autor bajo pena de 30,000 maravedises y dos años de destierro.

Al año siguiente, 1652, es nombrado profesor de Escritura Sagrada en el Colegio de Zaragoza. Mas la oposición continúa, y una denuncia elevada al General de los Jesuitas, P. Goswin Nickel, le vale una reprimenda de su Provincial, el Padre Piquer, quien le recomienda que no publique más obras originales. “Me impiden que imprima —escribía Gracián a Lastanosa el 12 de junio de 1652— y no me faltan envidiosos; pero yo todo lo llevo con paciencia, y no pierdo la gana de comer, cenar, dormir, etcétera”.¹⁰ Además, se busca un pretexto para alejarle de Zaragoza, y se le envía a Graus. Pero poco después regresa a Zaragoza. Una nueva carta del General de la Orden mandaba: que se abriese una información sobre la competencia de Gracián para el desempeño de su cátedra, competencia puesta en tela de juicio, y que si el resultado fuese desfavorable, se le privase de dicha cátedra. Los efectos no fueron inmediatos, sin embargo, pues Gracián continuó desempeñando su cátedra y hasta se atrevió a publicar, en 1653, la segunda parte del *Criticón*, y una segunda edición del *Oráculo*. La segunda parte, no hay que decirlo,

10 Cit. en R. DEL ARCO: *Lastanosa: Apuntes*, p. 327.

obtuvo un gran éxito, pero su autor seguía ocultándose, aunque muy ligeramente, por cierto, esta vez bajo el antiguo seudónimo de “Lorenzo Gracián”. Es entonces cuando expresamente se le prohíbe publicar más libros.

El 2 de febrero de 1655, mas ahora con todos los permisos eclesiásticos y con su verdadero nombre, ve la luz *El Comulgatorio*. Trátase de una obra de piedad, escrita por su autor en descargo de su conciencia. Romera-Navarro supone que “la urgencia de congraciarse con los superiores al tiempo que, abandonando el seudónimo de “García de Marlones” de la Primera Parte de *El Criticón*, lanzaba atrevidamente con el de Lorenzo Gracián la Segunda Parte, le hizo improvisar en unos pocos meses, a mediados de 1653, utilizando trozos de sermones convenientemente engarzados, este libro de *El Comulgatorio*. Porque las diferencias de estilo... no son las ya naturales entre libros mundanos y libros devotos”, sino “entre el estilo lacónico, sentencioso y ponderado de los otros libros gracianos y el estilo ampuloso, florido y culterano de los sermones de su siglo”.¹¹

Pero sin preocuparse más por las consecuencias y alentado, quizá, por la buena impresión producida por *El Comulgatorio*, el 30 de julio de 1657 aparece la Tercera Parte de *El Criticón*. Su publicación hubo de tomarse por un reto a sus superiores, que ya parecían haberle perdonado. El Provincial de Aragón, Padre Piquer, le impuso un ayuno de pan y agua, lo reprendió públicamente en el refectorio, lo destituyó de su cátedra y le envió desterrado a Graus, donde le vigiló estrechamente, se le registró su celda y se le privó de papel, pluma y tintero. De todo ello tenemos noticia por una carta del P. Nickel, fechada en Roma el 5 de marzo de 1658, en que se refiere a Gracián como “autor de aquellos libros, primera, segunda y tercera parte del *Criticón* y aprueba de tales castigos, impuestos entre agosto de 1657 y febrero de 1658, porque el Provincial “hizo lo que debía”. Gracián escribe entonces al General de la Orden recordándole sus servicios, particularmente como misionero, y pidiéndole permiso para abandonar la Orden e ingresar en una congregación, ascética o mendicante, según reconoce el P. Nickel en dos cartas suyas al Padre Piquer, fechadas el 10 de junio y el 16 de julio de 1658.¹² Pero esa autorización le es negada.

Todavía después de todos estos castigos parece como si le dieran ocasión de recobrar la gracia perdida enviándole a predicar a Alagón, cerca de Zaragoza, donde obtiene el éxito acostumbrado. Pero estos nuevos servicios fueron mal recibidos por el General, que manda se le pro-

11 ROMERA, *ob. cit.*, pág. 8.

12 V. ROMERA, *ob. cit.*, pág. 15.

hiba la predicación. A consecuencia de este mandato se le confinó al Colegio de Tarazona, residencia poco apreciada de los Padres, que se consideran allí como desterrados. Eso es lo que generalmente afirman los biógrafos de Gracián, pero José M. López Landa, en contra, sostiene que su traslado de Tarazona no obedeció a una medida de carácter disciplinario.¹³ Por el hecho de que había allí otros jesuitas viejos y achacosos por el tiempo en fué enviado Gracián, López Landa cree, más bién, que éste, que no parece haber sido de naturaleza robusta y que había de morir a los pocos meses, quizá estuviera ya enfermo cuando se le destinó allí.¹⁴ Esta opinión la suscribe también Romera Navarro, haciendo la siguiente observación contra Coster y la mayoría de los demás biógrafos: "Gracián estaba desempeñando en el Colegio de Tarazona cargos que revelan la plena confianza que ahora tenían en él sus superiores. En el memorial de la visita que hizo al Colegio de Tarazona el P. Jacinto Piquer, Provincial de Aragón, el 30 de abril de 1658¹⁵... en la lista de los "oficios" figura el P. Baltasar Gracián como Prefecto de espíritu, Admonitor y Consultor, cargos que... sólo se conceden a quien posea la entera confianza de los superiores. Como prefecto de espíritu o padre espiritual, le correspondía dar cada noche los puntos para la oración a los hermanos coadjutores. Sin embargo, en el documento citado se fija que dará tales puntos solo "dos veces por semana". ¿Por qué motivo sino el de aligerarle la carga a quien no debía de gozar de completa salud?" Romera Navarro se inclina a creer que hubo un cambio de actitud por parte de sus superiores, el cual se debió al sincero arrepentimiento de Gracián después de las sanciones que se le impusieron con motivo de la publicación de la Tercera Parte de *El Criticón*.¹⁶

Al fin, vencida y amargada el alma, o "rodeado... de la confianza y respecto de sus compañeros" —como cree Romera Navarro,¹⁷— Gracián muere en Tarazona el 6 de diciembre de 1658, a los 58 años de edad.

GENIO Y CARACTER

El retrato suyo que sus superiores mandaron colocar en el claustro del colegio de Calatayud, con una inscripción muy laudatoria, nos muestra un semblante "de fina intelectualidad, flaco, descolorido y triste, la frente

13 *G. y su biógrafo Coster* págs. 27 y ss. V. *Elogio de Tarazona* por VICENCIO BLASCO DE LANUZA: *Historias seculares y eclesiásticas de Aragón, Zaragoza, 1622, en Introduc. de Rom. Nav.*, vol. I, pág. 15.

14 LÓPEZ LANDA: *Curso monográfico*. Zaragoza, 1926, pág. 20 y 18.

15 Publicado por LANDA como apéndice a su *Curso*.

16 ROMERA, *ob. cit.*, págs. 17 y 18.

17 *Ob. cit.*, pág. 118.

muy espaciosa, grandes los ojos, de apagada y dulce expresión, la nariz recta y bella, pequeña la barbilla: aunque lleva bonete se nota un asomo de calvicie en las sienas; el cabello crespo, al parecer, ensortijado, y la cabeza ligeramente vencida a la derecha. Nos cautiva la expresión de melancolía y misticismo. . . ”¹⁸

El retrato psicológico de una personalidad excepcional es siempre obra difícil y de ingrata realización; tanto más si la empresa se complica al infinito por la carencia de noticias, anécdotas o semblanzas de alguno de sus contemporáneos. La buena fé del investigador habrá de detenerse, respetuosa e indecisa, en este punto, sin tratar de arrancar a la esfinge su secreto. Pero si las primicias del intento ya no nos pertenecen, de los intentos realizados pretenderemos, por lo menos, obtener el mejor partido posible.

“Era Gracián —dice Alfonso Reyes— un hombre pequeño y nervioso, pálido y algo corto de vista, de habla apresurada, la fisonomía animada siempre por aquella vibración exquisita de su pensamiento; de genio sensible y gusto difícil de contentar.”¹⁹

“Jesuíta solitario, apartado siempre de los torbellinos del mundo, destilando de su cerebro y de la sabiduría de sus libros favoritos la ciencia de la vida, la ciencia del hombre”; así lo ve Farinelli.²⁰

“Es el superhombre barroco del siglo XVII español —dice Pfandl—, descontento del mundo y de sus contemporáneos. . . y en lucha constante con las armas de la razón, contra la tontería y la maldad; . . . En su exhuberancia y voluntad de refinamiento, es el heraldo más sonoro del sentimiento barroco español; en su pesimismo, en su espíritu satírico y en su aislamiento, en consecuente antítesis barroca, es el juez implacable y despectivo de una época de decadencia y de disolución.”²¹

“La actitud de Gracián —dice Américo Castro— es un “sálvese el que pueda” social y moral. Nada debe esperarse fuera del individuo. Hay que ser héroe y lograr el heroísmo mediante ejercicios de discreción, de inteligencia, de agudeza”.²²

Romera Navarro dice muy atinadamente que “siguiendo las líneas espirituales de una obra literaria se llega siempre al centro de la individualidad del autor. . . La obra de Gracián me parece de una unidad y concordancia perfectas. Y la doctrina que de ella trasciende es una doctrina

18 ROMERA, *ob. cit.*, págs. 18 y 19.

19 Prólogo a su edición de los *Tratados de Gracián*. Madrid, 1918, pág. 17.

20 *Estudio crítico, de la Edición de obras de Gracián publicada por Rodríguez Sierra*, Madrid, s. f., p. 275.

21 *Ha. Lra. nac. esp.* Barcelona, 1934, pág. 604.

22 *Santa Teresa y otros ensayos*, pág. 263.

cristiana, universal y moderna (y no digo *cristiana solamente*): cultivar el intelecto, educar y templar la voluntad, regir la conducta con discreción y prudencia en el trato social. Su lección es de energía y perseverancia, de discreción y virtud. Tuvo el P. Baltasar una mentalidad robusta y el genio práctico del fundador de su Orden, de Ignacio de Loyola... Dueño siempre de sí, se burla de los hombres, o les muerde, o los desprecia, pero todo con un aire implacable y helado".²³

Hemos querido recoger todos estos testimonios por parecernos los más típicos —los de Reyes y Castro, como ejemplo de exactitud crítica; los de Farinelli, Pfandl y Romera Navarro, como ejemplo de un tipo más especulativo que certero. Reyes y Castro se complementan; el primero describe a Gracián, el segundo, lo caracteriza; uno da su retrato y el otro su semblanza moral. Farinelli y Pfandl han malgastado su puntería. Gracián no es un libresco ermitaño; al igual que los cínicos, los primeros solitarios de Europa, él es sólo un hombre que teniendo la vida de sociedad siempre muy presente, se separa para mejor analizarla. A veces, hasta parece un verdadero hombre de mundo, seducido y halagado por el éxito social: baste recordar el episodio de su sermón en Valencia y el escándalo reiterado que produjo la publicación de las dos últimas partes de su *Criticón* que el asombro del público y la buena opinión ajena no eran objeto de su desdén. Téngase en cuenta que "fué el menos romántico y afectivo de nuestros clásicos, y el mas sagaz de los filósofos españoles", como dice el propio Romera Navarro.²⁴

Su experiencia no derivaba únicamente de sus lecturas, sino de sus andanzas, también, y en cuanto que éstas cesan, de 1646 a 1657, el período menos asendereado de su vida, comienza precisamente su producción más intensa, ya bien entrada la madurez y con jugoso acopio de sabia lección de hechos.

Gracián no trata de alcanzar la gloria ultraterrena con su creación literaria, sino la de la fama, la vida espiritual que consiste en el pervivir en la memoria de todos. Y para ello no se recluye, no se aísla del mundo, no prescinde de él, sino que, para mejor saltar hacia afuera, como si su yo fuese su trampolín, se acoge a su propia intimidad, para desconuelo de sus superiores. Lo cierto es que las numerosas ediciones de sus libros se agotaban una tras otra, y que se traducían y publicaban en el extranjero con buenísima acogida. Antoine de Brunel, en 1655, en su *Voyage d'Espagne*²⁵ decía de "Lorenzo Gracián" que "c'est un ecrivain de ce temps

23 *Ob. cit.*, pág. 22.

24 *Ob. cit.*, pág. 3.

25 París, 1667, pág. 294.

fort renommé parmi les Espagnols”, y el “Doctor Sancho Terzon y Muela”, seudónimo de Lorenzo Matheu y Sanz (1618-1680), autor de la *Crítica de Reflexión*, y *Censura de las Censuras. Fantasía apologética y moral*, publicada en Valencia en 1658, admitía, pese a su animosidad contra Gracián, que *El Crítico* “el mundo todo lo celebra, y el papel corre sin parar en las tiendas de libros”. Romera Navarro²⁶ duda de que la admiración y la curiosidad no penetrasen la identidad del autor en el curso de veinte años. Aparte de los amigos íntimos de nuestro autor, Cristóbal de Salazar Mardones, que no le conocía personalmente, sabía ya el 28 de junio de 1642 que el *Arte de Ingenio*, publicada a fines de febrero de dicho año, era del Padre “Balthasar Gracián”, de la Compañía de Jesús²⁷, y al año siguiente, el P. Felipe Alegambe declara como autor del mismo libro al jesuita “Baltasar Gracianus”. Por otra parte, todo lector del *Discreto* (1646) hallaría entre los preliminares un “sonetoachrótico del autor”, en el que se lee “Balthasar Gracyan” tomando la primera letra de cada verso. Y el propio Gracián descubrió públicamente la identidad del supuesto Lorenzo en la dedicatoria del *Comulgatorio*, en que a la marquesa de Valdeuzza lo presenta como “émulo” del *Héroe*, el *Discreto* y el *Oráculo* con otros sus hermanos”. Sus superiores, finalmente, no abrigan duda alguna al respecto, pues en la inscripción que pusieron a su retrato se hace constar: *Scriptis Artem Ingenii... Artem Prudentiae... Oraculum... Disertum... Heroem*. La confusión sobreviene después de su fallecimiento. Mientras que algunos escritores siguen sosteniendo que el nombre de Baltasar es una simulación, y la mayoría de sus traductores —Rycaut (1681), Amelot de la Houssaie (1684), Maunory (1696), Tosques (1698), Müller (1715), Courbeville (1723) y Saldkeld (1726) ponen el de Baltasar al frente de sus traducciones, otros aceptaron la existencia del supuesto Lorenzo, Santiago Martín Redondo, mercader de libros de Madrid, en la dedicatoria de las *Obras de Lorenzo Gracián*, 1674, expresa sus dudas de que “sea Lorenzo su Autor, o sea Baltasar su hermano”, dudas que en 1681 habríanse convertido en certeza para Diego de Vidania, que alude a Lorenzo Gracián, hermano del P. Balthasar Gracián,²⁸ así como para el P. José Rodríguez, en su *Biblioteca Valentina*, compuesta hacia 1690 y publicada póstumamente en 1774 y para Don Vicente Ximeno, en sus *Escritores del Reyno de Valencia*, Valencia 1747-9. Hasta el punto de que ni Narciso

26 *Ob. cit.*, pág. 12.

27 COSTER, *ob. cit.*, pág. 48.

28 COSTER, *ob. cit.*, pág. 399.

J. de Linan y Heredia ni Eduardo Ovejero Maury²⁹ se atreven a negar resueltamente la existencia del imaginario Lorenzo. Las dudas de sus compañeros de Orden eran, en cambio, bien escasas; el 7 de mayo de 1646 el Marqués de Colares escribía desde Madrid a Andrés de Uztarroz, refiriéndose a Gracián: "juzgo de su carta que le cuesta más que escribir el escribir por la oposición de su provincia (su Orden), y no veo que sus Libros tengan cosa que desdigan con el hábito".³⁰

Quizás que si hubiese llegado a nosotros la parte más personal y querida de toda su obra, sus sermones, tuviésemos apoyo más directo para nuestras anteriores afirmaciones.

El humanismo gracianesco es específicamente introvertido. En aquella época de crisis en que le tocó vivir, humanizar sólo era posible interiorizando a sus compatriotas. Empezaba a balbucear apenas la Ilustración, con su gran palanca racional para dominar al mundo, y su resultado más directo, la Técnica, apenas había dejado entrever sus enormes posibilidades económico-sociales. Había que refugiarse en el orgullo íntimo, el más auténtico, pues que lo crea lo desdichado del exterior, del mundo, y la interior contemplación de la maravillosidad humana. Como la luna en el agua, así también el mundo parece más bello cuando reflejado en el espíritu, y más valioso, a su vez, el eco, el reflejo de este espíritu universal enriquecido en la comunidad de recuerdo que es la fama.

DE LA AMISTAD Y EL DIALOGO

Además, este ausente de la vida diaria de lo mundano, que era Gracián, tenía amigos, la quintaesencia de lo mundano, para él. Fuera de ellos no había casi nada más, pero en ellos se reconocía, se encontraba a sí propio, y a ellos daba a conocer sus obras y escuchaba pacientemente sus pareceres. Eran la mejor piedra de toque de su fuerza interior y, a la vez, el mejor vehículo para su reputación.

La amistad no era sólo una expresión de convivencia, más o menos útil, sino ingrediente fundamental de la autoconsciencia y de la propia inspiración.

De ahí sus elogios de la Amistad: "Aquella soy, sin quien no hay felicidad en el mundo y con quien toda infelicidad se pasa. En las demás dichas de la vida se hayan divididas las ventajas del bien; pero en mí todas concurren, la honra, el gusto y el provecho. No tengo lugar sino

29 Págs. 12-13, *Balsasar Gracián*, 1902, Madrid, y prólogo a su edic. de la *Agudeza*, Madrid, 1929, pág. VII., respectivamente.

30 COSTER, *ob. cit.*, pág. 66.

entre los buenos; que entre los malos, como dice Séneca, ni soy verdadera ni constante”.³¹

“Tener amigos. Es el segundo ser... Tanto valdrá uno, cuanto quisieran los demás; y para que quieran, se les há de ganar la boca por el corazón... Depende de lo más y mejor que tenemos, de los otros; hase de vivir con amigos o con enemigos.”³²

“Amigos de elección. Que lo han de ser a examen de la discreción y a prueba de la fortuna... Y con ser el más importante acierto del vivir, es el menos asistido de cuidado. Obra el entretenimiento en algunos, y el acaso en los más; es definido uno por los amigos que tiene, que nunca el sabio concordó con ignorantes”.³³

Es una preocupación constante de Gracián. Los amigos son para el individuo como su “segundo ser”, y el adquirirlos constituye “el más importante acierto del vivir”. ¿Por qué? Porque hay que contar con ellos, porque hay que referir a ellos la propia vida, ya que “es definido uno por los amigos que tiene”. “La amistad multiplica los bienes y reparte los males; es único remedio contra la adversa fortuna, y un desahogo del alma”.³⁴

Pero no es sólo eso; el amigo, además es un instrumento, algo del que hay que “usar”, algo del que hay que “valerse”, para lo cual es preciso poseer todo un “arte de discreción”, toda una estrategia del trato humano. Pues “no solo se ha de procurar en ellos conseguir (sic) el gusto, sino la utilidad”.³⁵

Y su íntimo, su amigo por excelencia, fué Juan Vicencio de Lastanosa, caballero y ciudadano de Huesca —según rezan las portadas de sus ediciones de las obras de Gracián—, seis años más joven, pues había nacido en Huesca el 25 de febrero de 1607, pero le sobrevivió en muchos más: murió en 1684. Según el propio Gracián, descendía de Don Gonbal de Lastanosa, criado muy favorecido del Rey Don Jaime el Conquistador, y Don Pedro de Lastanosa, camarero del Rey Don Pedro IV.³⁶ Era sabio arqueólogo, perseverante coleccionista y bibliógrafo entusiasta. Vicencio Antonio, hijo de Lastanosa, hace desempeñar a su padre un papel muy importante en la publicación de las obras de Gracián. Según aquél, su padre “le

31 *Crit.* II, II, 53.

32 *Orác.*, máxima XCI, pág. 222.

33 *Orác.* CLVI, pág. 239.

34 *Orác.* máxima CLVIII, pág. 240.

35 *Ob. cit.*, loc. cit.

36 *Agudeza*, LVII. V. R. DEL ARCO: *Don V. J. de L.: apuntes bio-bibliográficos*. Bol. R. Acad. Hist. 1910, LVI, 301 y ss. *Más datos sobre D. V. J. de L. en Linajes de Aragón*, 1912, III, 142 y ss. B. G. y su colaborador y mecenas. Zaragoza, 1926, págs. 133 a 158.

sacó con destreza de sus manos varios escritos. . . y juzgándolos. . . dignos. . . de mayores primores; contra su voluntad dió a la estampa *El Héroe*.^{36-B} Su biblioteca comprende las fuentes de información e ilustración que utiliza Gracián; su tertulia es centro de intenso intercambio espiritual, en donde Gracián es escuchado, criticado amigablemente y generosamente inspirado. Según él, Lastanosa es un dechado de perfección: "un caballero, cuyo nombre, ya fama es Salastano, cuya casa es un teatro de prodigios, cuyo discreto empleo es lograr todas las maravillas, no solo de la naturaleza y arte, pero más de la Fama, no olvidando las de la Fortuna".³⁷ La casa de Lastanosa es museo y biblioteca, a la vez, en donde preside el gusto y la inteligencia de su dueño, y su descripción y la de sus tesoros la hace Gracián en el *Criticón*.³⁸

La tertulia que se reunía en la casa de Lastanosa estaba compuesta por lo más selecto de la sociedad oscense. Para darse cuenta de la estimación en que la tenía Gracián, basta recordar su elogio de la conversación: "hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas".³⁹

Allí acudían Juan Francisco Andrés de Ustarroz, cronista; Manuel de Salinas, canónigo de la Catedral; Jerónimo de Agüesca, grabador y poeta; el Marqués de Torres; Fr. José Abad; Juan Sanz de Latrás, conde de Atarez; Doña Josefa de Sayas y Pedroso, poetisa; el capitán Pablo de Parada y alguno más. Allí leía Gracián las crisis del *Criticón* a medida que las iba escribiendo, y los gozosos contertulios las comentaban y corregían. Una vez terminada la tertulia, Lastanosa se encerraba en su despacho con el manuscrito, lo leía detenidamente y, corregido y anotado, se lo devolvían a Gracián.⁴⁰ Sólo así es explicable el sinnúmero de alusiones que contiene el *Criticón*; algunas de ellas, por su vaguedad, parecen más bien anotaciones al margen del manuscrito original hechas por mano amiga y erudita de atento lector que hubiesen de ser refundidas, ampliadas y precisadas en el cuerpo de la obra.

Donde esta colaboración colectiva aparece más palpable, además de en *Criticón* —sobre todo en su tercera parte, la más alusiva de todas—, es en *El Discreto*. Con seguridad que este libro fué incubado en las tertulias de Lastanosa. Prueba de ello son los discursos y razonamientos académicos

36-B *Habitación de las Musas*, en "Rev. de Archivos, Bibl. y Museos", 1877, VII, pág. 30.

37 *Crit.* II, II, 62-63.

38 *Ob. cit.*, II, II (jardines y museos) II, VIII (armería) y II, IV (biblioteca).

39 *Crit.* I, I, p. 9.

40 Cf. R. DEL ARCO. *Lastanosa: Apuntes*, págs. 326 y 327, que se apoya en dos cartas de GRACIÁN.

insertos en la obra; y prueba también es el diálogo entre el autor y Salinas, titulado *El Hombre en su punto*, que parece un trozo vivo de conversación de tertulia literaria. Nada mejor que un diálogo de este tipo para cerrar una obra que, si nuestra hipótesis es correcta, habría sido gestada por el recuerdo vivo de momentos felicísimos.

EL ESTILO

Si, como tanto se ha reiterado, el estilo es el hombre, a nadie mejor que a Gracián podría aducirse para probarlo. Su estilo es el de un hombre de rica vida interior y gozoso contemplador de lo mundano, un estilo intuitivo y lleno de imágenes de riqueza prodigiosa y deslumbrante, repensado, refinado y retocado.

Romera Navarro observa certeramente: “visible es en la obra de Gracián una tendencia creciente a la naturalidad y claridad del estilo”⁴¹ y sigue explicándonos que “las correcciones del autógrafo del *Héroe* nos muestran primero a Gracián esforzándose en buscar la expresión más concisa, a menudo también más recóndita, los vocablos raros, el doble sentido, el paralelismo y la consonancia. Andrés de Ustarroz, al acabar de leerlo, escribía a Lastanosa, el 2 de septiembre de 1637, que “en él hay mucho que admirar y ver, la concisión de su estilo y los misterios que en él se comprenden”, y más adelante, en son más bien de queja, añade: “digna también de que todos los curiosos la lean atentísimamente por el peligro de huírseles el sentido; porque siempre el sentido lacónico suele tener algunos celajes de oscuridad”.⁴² Lastanosa, por su parte, replicando, en su prefacio al *Discreto*, al cargo de que “este modo de escribir puntual, en este estilo conciso, echa a perder la lengua castellana, destruyendo su claridad”, explica “que no se escribe para todos, y por eso es de modo que la arcanidad del estilo aumente veneración a la sublimidad de la materia, haciendo más veneradas las cosas el misterioso modo de decirlas”. Romera Navarro sigue diciendo por su cuenta: “En *El Político* (1640) —el menos original, profundo y artístico de sus libros, aunque de lenguaje brillantísimo— el estilo es bastante más natural que el de *El Héroe*. Mantiene este progreso en *El Discreto* (1646) y en el *Oráculo* (1647), y asciende aun en soltura, regularidad y elegancia en *El Crítico*, aunque siempre dentro de esa característica concisión graciana”.

“Conforme a su propia teoría del estilo —sigue diciendo Romera Navarro⁴³— Gracián practicó un discreto cultismo. Introdujo algunos

41 *Ob. cit.*, pág. 29.

42 R. DEL ARCO: *Lastanosa: apuntes*; pág. 334.

43 *Ob. cit.*, pág. 30.

latinismos y neologismos... Con todo, estas voces nuevas no son muchas... Gracián emplea mucho la elipsis, el hipérbaton y la consonancia; con frecuencia, acertadamente, la antítesis y el paralelismo, pareciéndose en todo esto más que a ningún otro prosista a fray Antonio de Guevara. Prodigas las metáforas y comparaciones más con gracia, con propiedad; cuando se sirve de una metáfora audaz, lo hace para conseguir... un efecto irónico... En cuanto a las alegorías... me parece que Gracián iguala (a Calderón) en la profundidad del símbolo, en lo ceñido y sensible de la asociación, y en el vigoroso relieve de sus alegorías de la vida humana. Gusta de la frase relevante, del estilo aliñado y de todas esas formas de la agudeza a cuyo estilo consagró un extenso tratado: agudeza verbal, agudeza de concepto y agudeza de acción. Único es entre nuestros prosistas en el equívoco, la paradoja y el epigrama... Y más adelante:⁴⁴ “todo hombre ingenioso tiene siempre su ribetes de conceptista, y Gracián es uno de nuestros más ingeniosos españoles... El fondo de su arte es demasiado humano para aliarse sistemáticamente con pedantes culteranismos ni oscuros conceptismos. Su buen sentido —tan característico...— le refrena de excesos culteranos y conceptistas... En su característica concisión sobrepasa a todos los prosistas castellanos y se enlaza directamente... con su amado Tácito”.

Como dice Alfonso Reyes, “Rodó hubiera dicho de Gracián que pretendía sembrar en el espíritu la simiente de una palabra oportuna”. “Flor de invernadero y quintaesencia del alma española”, es el artífice del lenguaje preciso, significativo, sentencioso.

“La lectura de Gracián puede ser una esgrima del ingenio, pero es también una gimnasia del entusiasmo”.⁴⁵

En la *Agudeza y Arte de Ingenio* Gracián se erige en teórico del conceptismo, del cual, junto con Quevedo, es entusiasta cultivador. El Culteranismo y el Conceptismo son los dos modos de estilo literario característicos del siglo XVII.

El culto habla en imágenes, en metáforas certeras; el conceptista habla en equívoco, en sutileza, en agudeza. Aquél es todo visión; éste es todo sentido, inteligencia.

El propio Gracián explica que el arte de los conceptistas consiste “en una primorosa concordancia, en una armoniosa correlación entre dos o tres cognoscibles extremos, expresada por un acto del entendimiento. De suerte que se puede definir el concepto: es un acto del entendimiento que exprime la correspondencia que se puede hallar entre los objetos. Son los conceptos

⁴⁴ *Ob. cit.*, 31.

⁴⁵ Prólogo a su edición de los *Tratados*, p. 9 y 8.

vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfección, cuanto de sutileza”. Siempre insisto en que lo conceptuoso es el espíritu del estilo”.⁴⁶

“El conceptismo —dice Vossler—⁴⁷ venía a ser una especie de medieval visión en la esencia, un hábito del pensar de los intelectuales... No dejarse engañar por los fenómenos de la realidad evidente, y en vez de servirles de juego, jugar con ella, y ya detrás, ya delante, descubrirle una esencia espiritual como su más alta y sólida realidad, o concebirla en ella, ésta era la ambición de los que no querían pasar por idiotas. Era más una astucia del intelecto que una razón crítica... No en lo divino y espiritual, fundamento primero de las cosas, sino sólo en lo natural y vivo de ellas, en la abigarrada y perecedera cara exterior, era donde se hurgaba... Para dejarlas libres y hacerlas aptas para siempre nuevos y cada vez más extraños disfraces, para poder todo transformarlo en todo. Era un juego de metamorfosis esencialmente poco serio... en el que el espíritu avezado se ejercitaba con el mundo de los fenómenos. Aún allí donde adoptó una actitud sombría, como, por ejemplo, en Quevedo o en Gracián, nunca dejó también de ser humorístico y retozón, sin llegar jamás al nihilismo total”.

Este juego espiritual, hondo y dramático, recreador y depurador de las palabras en cuanto entes henchidos de significado, originaba ese lenguaje preciso, sentencioso y un poco melancólico, magnífica síntesis expresiva de la tragedia auténtica de un espíritu en ansias de comunicación, que era Gracián.

LAS FUENTES DE GRACIAN

a) *Literarias*

Fué Gracián un gran lector. “No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día”,⁴⁸ y, por boca de Critilo, confiesa: “para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta librería”.⁴⁹ *El Criticón*, resulta, así, “uno de los libros más ricos del siglo de oro en reminiscencias y alusiones literarias”.⁵⁰ En el prólogo a la primera parte del *Criticón* declara su propio autor: “En cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo, los empeños de Eliodoro, las sus-

46 *Agudeza?*

47 *Lope de Vega y su tiempo*, trad. esp., págs. 180 y 181.

48 *Crit.* II, IV, pág. 123.

49 *Crit.* II, IV, pág. 165.

50 ROMERA NAV.: *ob. cit.*, pág. 45.

pensiones del Ariosto, las crisis del Boquelino y las mordacidades de Barclay".⁵¹ Esta confesión de parte la acepta el propio Coster:⁵² "a cada instante, leyendo el *Criticón*, se reconoce de pasada, una frase de Boccacini, de Botero, de Barclay o de Quevedo, sin contar los despojos de autores latinos".

Raimundo Lulio es una de las fuentes de inspiración del *Criticón*. Según Coster,⁵³ para escribir este libro debió inspirarse Gracián en el *Blanquerna* del filósofo mallorquino, novela biográfica entremezclada de apólogos y reflexiones morales, y, más especialmente, en el curioso *Libre apellat Felix de las maravelles del mon*. Félix, que recorre el mundo asombrándose de todo lo que encuentra en su camino, y que de todo deduce razones para alabar a Dios, se parece bastante a Crítilo y Andrenio, en una sola pieza. Es evidente que Gracián conoció el libro de Lulio, pues a él hace alusión en la *Agudeza*.⁵⁴

Según el mismo Coster, el plan del *Criticón* está tomado de *La Piazza Universale di tutte le professioni del mondo* (1585), de Thomaso Garzoni, voluminosa obra en la que su autor pasa revista a todas las ocupaciones. De ella procede, la idea de dividir la vida del hombre en estaciones. Pero Romera Navarro observa, certestamente, que ya Ovidio, autor favorito de Gracián, había comparado la vida humana a las estaciones del año, y que Diógenes Laercio refiere lo mismo de Pitágoras.

Muy apreciados por Gracián, según Farinelli, fueron los emblemas⁵⁵ del milanés Alciato, al que cita en el *Criticón*. De Alciato "está tomada la figura de las brillantes cadenillas de la boca de Hércules, que más que su formidable clava remediamonstruos, aprisiona a los entendidos".⁵⁶

El título de *El Criticón* parece ser un arreglo de el de *Satyricon* (1637) de Barclay,⁵⁷ pues un ejemplar de esa obra junto con otro del *Argenis cum clavo* (1630), del mismo autor, figuraban en la biblioteca de Lastanosa.

La mayor parte de los ejemplos de *El Héroe*, según Coster,⁵⁸ están sacados de los *Apotegmas* de Plutarco, de los *Adagia* de Erasmo y, sobre todo, de los *Detti memorabili di personaggi illustri*, de Giovanni Botero.⁵⁹ Asimismo es fuente también de *El Héroe* el libro de Nicolas

51 *A quien leyere*, págs. 97-8.

52 *Ob. cit.*, pág. 117.

53 *B. G. Revue Hispanique*, pág. 540.

54 XXXVIII.

55 *Emblematum libellus*. París, 1532. Cf. Crit. I, IV.

56 FARINELLI, *ob. cit.*, págs. 222-3.

57 COSTER, B. G., *Rev. Hispanique*, vol. XXIX, págs. 540 ss.

58 *Ob. cit.*, loc. cit.

59 Turín, 1608.

Faret (1646), titulado *L'Honneste Home; ou l'Art de plaire a la Court*, cuyo capítulo *De la grace naturelle* es fuente de los *Primores* XII, XIII y XVII.

También se advierten semejanzas externas con el *Norte de Príncipes* de Antonio Pérez: compárese la *Carta de Carlos V*⁶⁰ con el *Primor XVI* y el *Primor XII* con la *Carta XLI*.⁶¹

b) *Doctrinales.*

Romera Navarro es el primero en acometer en serio y meticulosamente, la ingente tarea de averiguar no ya sólo los autores que conoció Gracián, sino la identificación de cada una de sus referencias, verificándolas una a una en las magníficas notas que ha puesto al pie de su texto crítico de la obra maestra gracianesca. Con razón se queja, pues, de la indolencia de sus predecesores en la tarea. Así, por ejemplo, al referirse a Julio Cejador, protesta de que “en el prólogo a su edición (del *Criticón*) llenó una página con los nombres de autores aprovechados, según él, por nuestro autor, y entre ellos los de gran número de tratadistas políticos y morales españoles de los siglos XVI y XVII que por los títulos de sus obras juzgó debieron influir en *El Criticón*. Luego, ni una sola acotación de reminiscencias literarias al texto, ni una sola mención específica de fuentes en el prólogo. Algo análogo —sigue diciendo—⁶² puede decirse de Adolphe Coster” por que “en cuanto a influjos literarios, señala unos pobres datos y agrega a continuación que se requerirían más notas que líneas tiene *El Criticón* para señalar la multitud de autores que ha utilizado”. Coster identifica unas cuantas frases y las califica de hurtos. Romera Navarro, dolido por tal proceder, comenta: “No acabó de entender a Gracián, ni acaso entendió tampoco el concepto que se tuvo de la imitación a todo lo largo del Renacimiento, en España y fuera de ella... Gracián sabía muy bien que no hablaba para bobos y traga-plagios. Calla la fuente como suele hacerlo Fray Luis de Granada, como Quevedo, como los literatos todos de aquellos siglos. Y si callan la fuente no es para disimular el préstamo... Lo que sucede es que Gracián se complacía en desplegar sus lecturas ante el lector culto, sabiendo que éste hallaría gusto en ir reconociendo así huellas familiares... Mucho ha tomado ciertamente de lo que —no entonces— se consideraba como cercado ajeno...⁶³ Pero Gracián es rico por sí mismo... Más de seiscientos pasajes del *Criticón* debo de tener registrados

60 *Ob. cit.*, pág. 555 de la edic. 1642.

61 *Ob. cit.*, pág. 470, edic. B. A. Esp.

62 *Ob. cit.*, págs. 45-6.

63 *Ob. cit.*, pág. 47.

con sus fuentes precisas, evidentes unas, probables otras, y más persuadido que nunca estoy ahora de la originalidad de su genio... No ganará a un Séneca, a un Cicerón, en profundidad y originalidad... pero cuando en ellos se inspira, sí suele aventajarles en brillantez epigramática y en la eficacia del estilo."

La influencia de los clásicos griegos y latinos, conforme a Farinelli y Del Arco, es pronunciada en toda la obra de Gracián. De los primeros dice Romera Navarro que "nuestro autor conocía directamente a algunos —aunque no precisamente en su lengua—, como Homero, Esopo, Heliodoro y Luciano, y había leído obras de Aristóteles, Platón, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Jenofonte, Plutarco, pero en su mayor parte conocía la literatura griega de segunda mano".⁶⁴

"Según mis papeletas —dice Romera Navarro— corresponde el primer lugar en reminiscencias a Cicerón... y casi pareándose con él a Séneca". De este último, dice Del Arco, existía una traducción catalana de sus obras en la biblioteca de Lastanosa. "Entre los líricos —sigue diciendo Romera—, Horacio y Ovidio son los primeros, debiendo mucho menos a Virgilio. Entre los satíricos, Marcial sobresale, sigue Persio, y apenas aparece Juvenal. De los dramáticos, bastante debe a Plauto, muy poco a Terencio. De los historiadores, Salustio, Suetonio, Tácito y Cesar. Uno de los historiadores que más huella han dejado es Plinio, cuya Historia Natural debió Gracián de consultar mucho. Los demás autores, latinos o romanos... son, conforme el orden o importancia de su aportación, los siguientes: Apuleyo, Lucrecio, Plinio el Joven, Marco Aurelio, Aulio Gelio, Propercio, Petronio, Publio Siro, Valerio Máximo, Silio Itálico, Dionisio Catón, Ausonio, Claudiano, Boecio, Manilio y algún otro..."

La influencia de los escritores italianos del Renacimiento fué también fundamental. "En los círculos de los humanistas italianos, en aquellos brillantes recreos filosóficos que empezaron a florecer desde el tiempo de El Magnífico, discutíanse y disputábanse... muchos de los problemas y del gusto que ocuparon a Gracián toda su vida. El ideal de la instrucción y educación del príncipe, del cortesano o del político prudente, experimentado y sagaz, eran objeto de serio estudio desde Maquiavelo y Castiglione".⁶⁵ A la tertulia de Lastanosa bien pudiera considerársela como una supervivencia o reminiscencia de un círculo renacentista. Al fin y a la postre, toda época decadente es hora de recolección y de reflexión. En período de auge, como el renacentista, a las minorías intelectuales están reservadas funciones similares, sólo que mientras las de un período de crisis y decaden-

64 *Ob. cit.*, pág. 47.

65 FARINELLI, *Ob. cit.*, loc. cit.

cia juzgan el pasado, las otras planean. El futuro ha cambiado de posición: para los discretos de la decadencia, ha envejecido; en cambio, para los humanistas y cortesanos de la primera hora, conserva intacta su promesa juvenil. Mas no era sólo la influencia de aquellas dos figuras egregias, aisladas, sino, sobre todo, el estilo, el método y el pragmatismo de los teóricos italianos de la época: “Los “arcana política”, tal como los entendía Cardano, el “ars gubernandi”, el arte de dominar, de bien elegir . . . produjeron en Italia aquella agudeza y perspicacia política, aquella maravillosa cordura y experiencia . . . Lo que salía de las prensas de Italia pasaba enseguida a España. La moda de traducir libros del italiano estaba tan divulgada, decía Lope (Prólogo a su *Teatro*), como “fingir cabellos, teñir barbas, hacer pantorrillas, rizar alardes con moldes y concertar cuchilladas”.⁶⁶ Historiadores, poetas y literatos italianos son citados frecuentemente tanto en la *Agudeza* como en el *Criticón*. Tributo especial merece, entre los historiadores, el marqués Virgilio Malvezzi, que es también autor del *Ritrato del privato politico christiano*,⁶⁷ que “junta el estilo sentencioso de los filósofos con el crítico de los historiadores, y hace un mixto admirado: parece un Séneca en historia y un Valerio que filosofa”.⁶⁸ De Giovanni Botero y Traiano Boccalini dice Romera Navarro que han dejado “verdaderas huellas”⁶⁹ en *El Criticón*. Del primero, su *Della ragione di Stato* (1589) fué traducida muy pronto al castellano por encargo de Felipe II, por Antonio de Herrera, bajo el título de *Diez libros de la razón de Estado* (1593), y de ella dice Gracián que está “embutida de perlas y piedras preciosas”.⁷⁰ En cuanto a Boccalini, o Boquelino, castellano (1556-1613), sus *Discursos políticos* y sus *Avisos del Parnaso*, fueron traducidos por Fernando Pérez de Sousa y publicados, respectivamente, en Madrid (1634) y Huesca (1640). A los *Avisos* los aprecia⁷¹ Gracián como “muy apetitosos”.⁷² Este último no compartía la animosidad que otros españoles, como Lope de Vega, sintieron contra Boccalini por su crítica mordaz del dominio español en Italia,⁷³ en sus *Pietra dil paragone politico* (1614). A ambos, Botero y Boccalini, los celebra repetidamente en la *Agudeza*.⁷⁴ Y también ha leído Gracián, por hallarse las obras en la biblioteca de Lastanosa, a Alciato, Justo Lipsio, Comines, Pa-

66 FARINELLI, *ob. cit.*, loc cit.

67 Bolonia, 1635.

68 *Agudeza*, LV.

69 *Ob. cit.*, pág. 49.

70 *Criticón*, II, IV, pág. 162.

71 RAGGUALI DI PARNASO, 1612-3.

72 *Crit.* II, IV, 160.

73 *V. Crit.* III, V, 155, VII, 235 y IX, 282.

74 XVI, XXVI, XXVIII, LVI.

ruta y Mateo Pellegrini (1595-1652), cuya *Política máxima dividida en diecisiete declaraciones*, también utilizó.⁷⁵

En cuanto a los escritores españoles, a ninguno entre los antiguos, cita tanto como al Infante Don Juan Manuel. Su *Conde Lucanor* es "siempre agradable, aunque siete veces se lea", y lo califica de erudito, magistral y entretenido libro... digno de la librería délfica".⁷⁶ Entre los modernos es Mateo Alemán el que "a gusto de muchos y entendidos es el mejor y más clásico español".⁷⁷ A Quevedo lo cita a menudo, como poeta, en la *Agudeza y Arte de Ingenio*.⁷⁸ Lo más singular es el silencio de Gracián con respecto a Cervantes. No cita un solo pasaje suyo, ni en verso ni en prosa, y jamás le menciona por su nombre. La única referencia es esta: "nace la hazañería de una desvanecida poquedad y de una abatida inclinación, que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha: antes entraron en la de su descrédito".⁷⁹ Romeña Navarro tiene "la impresión de que Gracián no fué aficionado a la lectura del teatro de su tiempo" y de que lo conocía mal.⁸⁰ Al género de literatura moral pertenecen dos obras que, según Farinelli, fueron muy leídas por Gracián: la *Floresta española de apotegmas y sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles Colegiados* (1574), seleccionada por Melchor de Santa Cruz de Dueñas y *Los Seiscientos Apotegmas* de Juan Rufo (Toledo, 1596). Asimismo era objeto de atenta lectura por parte de nuestro autor y de sus contemporáneos este curioso libro: *El Proverbiador o Cartapacio. Contiénense: El Estudioso, Pobre por bovedad o grosería. En conversación, convidado, caminante, discreto en sus persecuciones*, impreso en Alcalá de Henares en 1587. En cuanto a los escritores políticos, además de Antonio Pérez, ya aludido, citaremos: Fray Juan de Santa María, *Tratado de República política y cristiana para Reyes y Príncipes*,⁸¹ Fray Juan de Salazar, *Política española que contiene un discurso acerca de su Monarquía, materias de Estado, aumento y perpetuidad*,⁸² Fray Alonso Remon, *Gobierno humano sacado del divino*,⁸³ y al propio Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político-cristiano*.⁸⁴

75 FARINELLI, *Ensayos y discursos de crítica literaria hispano-europea*, Roma, 1925, vol. II, págs. 484-93.

76 *Agudeza*, XXIII, pág. 155.

77 *Agudeza*, LXII, V. también XXVII, XXVIII y LVI.

78 XXXIII y *Crit.* II, IV.

79 *Discreto*, XX.

80 *Ob. cit.*, pág. 51.

81 Barcelona, 1617.

82 Logroño, 1619.

83 Madrid, 1624.

84 Milán, 1642.

Gracián, pues, no hizo sino seguir una tradición literaria de prosistas del estado eclesiástico que escribieron libros sin substancia religiosa. Baste recordar aquí a Fray Antonio de Guevara, franciscano, obispo, inquisidor de Toledo y Valencia, que también se consagró a la composición de crónicas, biografías novelescas y tratados de moral mundana. Y si este cultivador de las letras profanas, irónico, perspicaz y algo malicioso, dió salida al candor, la unción y el entusiasmo piadoso en su *Oratorio de religiosos*, igualmente lo hizo Gracián con el “Comulgatorio”.

EDICIONES DE LAS OBRAS DE GRACIAN

La primera impresión de *El Héroe* apareció en 1637. No se conserva ningún ejemplar, y Coster supone que acaso no fuese puesta a la venta, sino distribuída por Lastanosa, su editor, entre sus amigos. La segunda edición reza así: *El Héroe | de Lorenzo | Gracián | Infazón. | En esta Segunda Impresión | nuevamente corregido. | Con licencia, | En Madrid, por Diego Díaz, Año M. DC. XXXIX.* Para nuestras citas utilizamos la edición de la Biblioteca de Filósofos Españoles, dirigida por Eduardo Ovejero Maury, Madrid, 1930 *La Rafa*.

También ha desaparecido la primera edición de *El político*, de 1640. Tan sólo se sabe que fué publicada en Zaragoza, en casa de Diego Dormer, y que estaba dedicada al Virrey de Aragón, Duque de Nocera. Para nuestras citas utilizamos la edición de la Biblioteca de Filosofía y Sociología, vol. 18, Madrid 1909, Viuda de Rodríguez Sierra.

En cambio sí ha llegado hasta nosotros la primera edición de *El Discreto*, que vió la luz en 1646, y que dice así: *El Discreto | de | Lorenzó Gracián | Que publica | Don Vicencio Ivan | de Lastanosa | Y | Lo Dedicó | Al | Serenísimo Señor, | D. Baltasar Carlos | Príncipe de las Españas. | Y | Del Nuevo Mundo. | Con licencia | Impreso en Huesca, por Ivan Nogués, Año 1646 | .* La edición que hemos utilizado es la misma que la de *El Héroe*, ya citada, de Ovejero Maury.

También se conservan las ediciones princeps de los tres volúmenes de *El Criticón*, que aparecieron en 1651, 1654 y 1657, respectivamente:

El Criticón | Primera Parte | en | la Primavera | de la niñez, | y en | el Estío de la ivventud. | Autor | García de Marlones, | y lo dedica | al valeroso caballero | Don Pablo de Parada, | de la Orden de Christo, | General de la Artillería, y Goberna- | dor de Tortosa. | Con licencia | En Zaragoza, por Iván Nogués, y a su costa | Año de M. DC. LI.

El Crítico | Segunda Parte. | ivyziosa cortesana | Filosofía, | en | el Otoño de la | varonil edad. | por | Lorenzo Gracián. | y | lo dedica | al Serenissimo Señor | D. Ivan de Austria. | Con licencia, | En Huesca: por Iván Nogués. Año 1654 | A costa de Francisco Lambert, Mercader de Libros. | Véndese en la Carrera de San Gerónimo.

El Crítico | Tercera Parte | en | el Invierno de la vejez. | por | Lorenzo Gracián. | y lo dedica | al Doctor Don | Lorenço Francés de Vrritigoyti, | Dean de la Santa Iglesia | de Sigüenza. | Con Privilegio. | En Madrid. Por Pablo de Val. Año de 1657. | A costa de Francisco Lambert, véndese en su casa | en la Carrera de San Gerónimo.

Para nuestras citas hemos utilizado la valiosísima edición crítica de M. Romera Navarro, en tres volúmenes, 1938-40, publicada por la Universidad de Pensilvania.

Se conservan asimismo algunas *Cartas* de Baltasar Gracián, que han sido publicadas por M. Company, en la *Revista crítica de historia y literatura españolas*,⁸⁵ por Adolfo Coster, en la *Revue Hispanique*⁸⁶ y por A. Bonilla y San Martín, en la *Revista Crítica Hispano-América*.⁸⁷

ANÁLISIS Y JUICIO DE CADA UNA DE SUS OBRAS

“Leyendo los libros de Gracián —dice Romera Navarro—⁸⁸ con la sola excepción del *Comulgatorio*, echará el lector de menos al teólogo, al hombre consagrado a la religión. Porque no quiso él hablar como teólogo o predicador, sino como hombre del siglo que dá reglas de sagacidad mundana”, citando el caso similar de Fray Antonio de Guevara.

El Héroe ha sido objeto de bastantes discusiones relativas al modelo que lo inspiró. Según Ceriziers, en *Les Heros François ou l'idée du Grand Capitaine*,⁸⁹ el modelo fué real, histórico, y se trata de un panegírico del Conde-Duque de Olivares; mientras que otros autores se inclinan a favor de Felipe IV; y otros aún, apoyándose en el testimonio del Canónigo Manuel de Salinas, dicen que fué compuesto con vista a la educación del Príncipe Baltasar Carlos, que nació en 1629 y tenía, por tanto, ocho años cuando se publicó el libro. Coster, partidario del modelo literario, cree que la obra es producto del gusto de la época por los libros políticos, o, al menos, por esa literatura de Corte que daba el modelo del cortesano, del

85 I, 1896, 81-88.

86 XXIX, 1913, 700-29.

87 II, 1916, 128-35.

88 *Introduc.* 26.

89 París, 1645, cit. por A. COSTER.

favorito o del soberano perfectos; y, según él, se encuentra dentro de la corriente anti-maquiavelista de la época, inspirándose en una de las muestras más grandilocuentes y pedantescas de nuestra literatura anti-maquiavélica, *El Machiavellismo jugulatus* del jesuíta P. Claudio Clemente, cuya traducción castellana de la segunda edición latina, “añadida con cosas muy particulares del tiempo”, parece haber alcanzado gran popularidad. Se trata de un “Discurso Christiano-Político a la Catholica Magestad de Philipo IV Rey de las Españas”, titulado *El Machavelismo degollado por la Christianissima Sabiduría de España y de Austria*, y su autor era Catedrático de Erudición de los Estudios Reales de Madrid. Esta traducción se publicó en 1637, el mismo año en que apareció *El Héroe*, en Alcalá, por Antonio Vázquez. El juicio que a Coster le merece la obra es el siguiente: “Si el tratado de Gracián no denota una originalidad poderosa, en cambio es la obra de un espíritu abierto y clarividente en tanto que profundo; además, la época en que escribió, su misma profesión, que apenas le ligaba al mundo político de su tiempo, (!) no podían darle reflexiones verdaderamente personales; por ello es, en suma, el compendio de abundantes lecturas”.⁹⁰ Alfonso Reyes, más agudamente, dice: “Cualesquiera que sean las diferencias en cuanto al fondo, *El Héroe* de Gracián procede del *Príncipe* de Maquiavelo: obras ambas en que la razón no retrocede ante el objeto escogido por la voluntad. Sólo que el *Príncipe* es humanísimo, funda el mundo sobre su entendimiento, y para él todo azar es un enemigo que vencer, *El Héroe*, en cambio tiene algo de milagroso, y todo azar es para él una manifestación de la Providencia, que siempre se apresura a auxiliarlo”.⁹¹

El Político como ya dijimos, es fruto de las conversaciones sostenidas entre Gracián y el Duque de Nócera, durante la enfermedad de este último. Literariamente, no es de las mejores obras suyas, pues peca su lenguaje de frondoso en exceso y su retórica es demasiado visible y sostenida. Además, su panegírico del Rey Católico, al que compara y enfrenta a todos los monarcas y capitanes famosos que conoce, desvirtúa no sólo las verdades doctrinales del libro, sino también la figura histórica de Fernando de Aragón. Las condiciones que adornan al príncipe más se deben a la naturaleza que al arte, e incluso esas dotes naturales son de origen providencial. Coster se asombra de que “queriendo dar lecciones sobre el arte de gobernar, no haya examinado ni hecho comprender alguna de las máquinas que usa este príncipe tan profundamente político”, lamentando que la

90 B. G. pág. 455.

91 *Ob. cit.*, pág. 9.

obra no sea "otra cosa que un largo dithyrambo que termina con un Amen, como si se tratase de un sermón".⁹²

El Discreto es el correlato de *El Héroe*, en forma y fondo. "Si *El Héroe* deriva del *Príncipe* de Maquiavelo —dice Alfonso Reyes—, el *Discreto* procede de la corriente desatada por *El Cortesano* de Castiglione, y es como un tratado de urbanidad trascendental, en que del examen de las costumbres se pasa insensiblemente al examen de las ideas. Por lo demás, *El Discreto* nos parece más legible que *El Héroe*. Es menos solemne, más variado y más ágil. El último ensayo, en que se propone un plan ideal de conducta humana, es uno de los más bellos frutos del Renacimiento español".⁹³

Cuestión debatidísima es la de la paternidad del *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*. Coster cree que fué escrito por el propio Gracián; pero Ricardo del Arco afirma que se debe a Juan Vicencio de Lastanosa, quien como síntesis de su devoción por aquél, recopila "los aforismos, que se discurren en las obras de Gracián" y los publica bajo el citado título. Del Arco emplea los siguientes argumentos: 1), el título del libro: *Oráculo Manual y Arte de Prudencia. Sacado de los aforismos que se discurren en las obras de Lorenzo Gracián. Publicalo Don Vicencio Juan de Lastanosa. ¿Qué inconveniente había —pregunta del Arco— en que firmase esta recensión de las máximas gracianas el propio Gracián?* 2), En el Aviso al Lector Lastanosa declara su responsabilidad por la publicación del libro, y que las máximas que siguen las ha entresacado él de las obras de Gracián; 3), El testimonio de Samuel Chapuzeau, abogado del Consejo privado del Rey y maestro del Príncipe de Orange, quien en su libro *Europe vivante*, dice: "Háblame también de un Lorenzo Gracián... y de un Don Vicencio Juan de Lastanosa... como dos célebres escritores del siglo, que trabajan mucho en imitar a Séneca y Tácito y que afectan un estilo cerrado. El primero ha dado a la luz algunos tratados de Política y Moral, con una sátira muy ingeniosa, a imitación del *Euchorinton*. El segundo ha producido un epílogo de aforismos políticos (*El Oráculo*) poco diferente de los escritos del otro".⁹⁴ Esta argumentación de Del Arco nos parece bastante convincente.

Coster, por su parte, juzga así *El Oráculo*: "Es evidente que la lectura del *Oráculo* no da la impresión de ser una obra escrita por un religioso. Pero si el autor tenía por objeto el de dar las reglas de la mundana prudencia, ¿puede extrañar que se haya olvidado de fundarlas sobre

92 *Ob. cit.*, pág. 477.

93 *Ob. cit.*, pág. 12.

94 *V. Gracián y su colaborador y Mecenas*, Zaragoza.

la virtud? Les ha dado como base el interés”. Fué, también, una de sus obras más leídas: de la traducción francesa de Amelot de la Houssaie se hicieron veinte reimpresiones de 1648 hasta 1808, y aún se reimprimía en Francia en 1924.

Mas la obra culminante de Gracián es *El Criticón*, “tan difícil como hermoso”, según Romera Navarro,⁹⁵ “grande y verdadera obra maestra de la prosa castellana del siglo xvii, única que puede parearse con el *Quijote* de Cervantes y con *Los Sueños* de Quevedo en la invención, el ingenio y la lengua”. Es “nuestra mejor novela alegórica y filosófica.” Se trata de la historia de la vida del hombre considerada como un camino a recorrer, no sólo a través del tiempo, sino también sobre el espacio. El fin de esta larga peregrinación es la depuración del hombre de sus pasiones, de su espontaneidad, y la consecución de un estado de sabiduría, mas la supervivencia después de la muerte. “Roman philosophique” le llama Coster, considerándolo como una descarga crítica sobre el mundo, por intermedio de los dos protagonistas, quienes hablan por Gracián en tanto éste se mantiene prudentemente retirado del escenario donde se mueven sus muñecos. Según Pfandl, *El Criticón* servía de “justificación al esfuerzo individual y daba la perspectiva del horizonte y el ambiente sobre los cuales había de destacarse *El Héroe* y *El Discreto*”.⁹⁷ El plan del *Criticón* y la idea de dividir la vida del hombre en Estaciones, están tomados, según Coster, de *La Piazza Vniversale di tutte la professioni del mondo*, de Thomaso Garzoni, publicada en 1585, grueso volumen en el que su autor pasa revista a todas las ocupaciones y oficios. El primero que descubrió una cierta analogía entre las primeras crisis de *El Criticón* y la novela filosófica de Abentofáil, *El Filósofo Autodidacto*, fué Paul Rycaut en su traducción inglesa de la primera parte de *El Criticón* (1681), quien observa que “aun cuando existe una gran diferencia si se las relaciona una con otra, el designio de ambas, empero, es casi el mismo, no siendo este más que el de mostrar hasta donde puede llegar el alma espiritual e inmortal del hombre en la consideración de su propio ser y de la existencia de algo que está sobre ella únicamente por sus propios actos de reflexión, y por grados y etapas pasar de los objetos externos a las reglas para la conservación de su propio bienestar y el de los demás”.⁹⁸ De la novela de Abentofáil (*Ibn Tufayl*) hay una traducción de Angel González Palencia, con el título de *El Filósofo Autodi-*

95 *Ob. cit.*, 511.

96 *Ob. cit.*

97 *Ob. cit.*, 612.

98 *The Translator to the reader*, pág. 33. *The Critick*, Londres, 1681.

dacto,⁹⁹ y un interesante trabajo de Emilio García Gómez, sobre *Un cuento árabe fuente común de Abentofáil y de Gracián*, publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.¹⁰⁰

Respecto a la ausencia de alusiones o referencias a la Religión que en *El Criticón* se manifiesta, dice Coster que es debida a que Gracián no invoca sino argumentos de sentido común para asentar en ellos la virtud humana: "la conclusión de *El Criticón*, que parece debiera ser mística y mostrar la felicidad eterna conquistada por la virtud, no puede ser más pagana: los dos peregrinos, al término de su viaje, abordan la Isla de la Inmortalidad, pero esta inmortalidad no tiene nada de común con la que prometen, no ya el cristianismo, sino todas las religiones o el simple deísmo: se trata de la supervivencia en la memoria de los hombres, no de la vida eterna que hace olvidar la tierra. La Isla de la Inmortalidad no es más que una especie de Panteón de los Héroes".¹⁰¹ *El Criticón* es una obra en la que se expone de un modo simbólico la estructura temporal del hombre y su visión del universo: "esta filosofía cortesana, el curso de tu vida en un discurso", dice el propio Gracián en el *A quien leyere*.¹⁰² Es toda una concepción del mundo y de la vida expuesta, por medio de dos personajes, meros puntos de referencia que Gracián utiliza para insertar en la obra sus ideas y sus dudas. La acción de la novela es contemporánea, del reinado de Felipe IV. No es solo el relato de un viaje por el mundo que dura a todo lo largo de la vida de dos individuos, sino que es toda una filosofía sobre el hombre y el mundo. Prueba de ello es, por ejemplo, la serie de veces en que el relato se interrumpe para dar cabida a una retahíla de reflexiones filosóficas y filosófico-morales. El P. Antonio Liperi, en su *Censura a la Primera Parte de El Criticón*, dice: "Contiene muchos y muy saludables documentos morales, declarados con sutil ingenio y con ingeniosa sutileza, y con un lenguaje gravemente culto y dulcemente picante; y cuanto más picante, más dulce y más provechoso para la buena política y reformation de costumbres".¹⁰³

Romera Navarro¹⁰⁴ hace un excelente estudio de la evolución de la crítica sobre la obra fundamental gracianesca. La que ha prevalecido hasta nuestros días se remonta, según él, a Antoine de Brunel y su *Voyage d'Espagne* (1655), que lo clasificaba de "un si bel ouvrage" aun reconociendo que su concisión y recortado lenguaje exigen del lector el

99 Madrid, 1934.

100 1926, XLVII, 1-67, y 242-69.

101 *Ob. cit.*, 546.

102 Vol. I, pág. 97.

103 Cf. vol. I, pág. 93-4.

104 *Ob. cit.*, vol. I, 32-43.

adivinar el sentido.¹⁰⁵ Tres años después, empero, don Lorenzo Matheu y Sanz, en su *Crítica de reflexión y censura de las censuras* (1658), folleto de pobre argumentación y escasa cultura literaria, se muestra indignado por la hostilidad de Gracián a Valencia, que considera como “un ultraje a la nación” valenciana y aconseja al lector que se abstenga de leerlo, porque “malograrás el tiempo y el discurso”.¹⁰⁶ Sin embargo, el genio de Gracián fué reconocido explícitamente por el jesuita P. Dominique Bouhours, en sus *Entretiens d'Ariste et d'Eugéne* (1671), que le coloca entre los genios incomprensibles, por lo oscuro del estilo.¹⁰⁷

Nicolás Antonio es el primero que elogia (1627) la lengua de Gracián: “qui Hispaniae lingua majestate atque elegantia delectantur”, en su *Bibliotheca Hispana Nova*, y Christian Enrico Postel, el primero que hizo plena justicia a su talento, calificándole de escritor único y extraordinario, en su epístola *De lingua Hispanicae difficultate, elegantia et utilitate*.¹⁰⁸ El francés Maunory (1696) en su prefacio a la traducción francesa de *L'homme détrompé, ou le Criticon*, 1696, es el primero que nota una de las cualidades sobresalientes de Gracián: su brillantísima imaginación. Más hondo cala Francesco Tosques, en su prefacio a la traducción italiana del *Oráculo: L'uomo di corte*, 1698, al defender el sentido ético de la obra graciana “uno de piú profondi soggetti del Secol nostro”; frase esta que se repite en el prefacio de Jean de Courbeville a la traducción francesa del *Discreto*¹⁰⁹ y en el de T. Saldkeld a la traducción inglesa de la misma obra:¹¹⁰ “un Génie du premier ordre” y “extraordinary Genius particularly admired in our Country”, dicen, respectivamente.

Voltaire, que cita a Gracián en el *Dictionary philosophique*, artículos *Figure* y *Homme*, le recuerda repetidamente en su correspondencia; así le escribe al Abate Desfontaines en 1725: “Je vous suis presque également obligé pour Marianne et pour le Héros de Gratien”; y al Marqués de Miranda le alaba en 1767 con estas palabras: “Vous etes ne avec un génie supérieur; vous faites d' aussi jolis vers que Lope de Vega; vous écrivez mieux en prose que Gratien”.¹¹¹

Poca mención hace de Gracián la crítica española en el siglo XVIII, pese a que sus obras continúan reimprimiéndose con frecuencia. Ignacio de Luzán, refiriéndose al culteranismo, achaca a “Lorenzo Gracián” de

105 *Ob. cit.*, París, ed. 1667, pág. 294.

106 *Al Lector*.

107 Cf. COSTER, *ob. cit.*, pág. 323.

108 FARINELLI: *G. y la Lra. de corte en Alemania*, 1896, en sus *Ensayos*, Roma, 1925, pág. 544.

109 *L'homme universel*, 1723.

110 *The Compleat Gentleman*, 1726.

111 *Oeuvres complètes*, ed. Garnier XXXIII, 155 y XLV, 354.

haber "acreditado para con los Españoles tan depravado estilo en su *Agudeza y Arte de Ingenio*, según dice en *La Poética* (1737).¹¹² El único crítico de aquel siglo que ha dado auténtico testimonio de haber leído sus obras, según Romera Navarro,¹¹³ fué Don Antonio de Capmany, en su *Teatro histórico-crítico de la eloqüencia española*,¹¹⁴ el cual se expresa en términos muy severos sobre el estilo de El Héroe —con "metáforas violentas, sutilezas tenebrosas, claveteadas de antítesis, capaces de volver, no héroes, sino mártires, a los lectores"—, sobre el contenido de *El Discreto* —"lleno de sentencias triviales, de doctrinas comunes, realizadas con mucha erudición de clase y bastante pedantería"— y con la concepción y ejecución del *Oráculo* —"más oscuro que el mismo Oráculo de Delfos. Enigmas en cada proposición, para hacer sudar, no al lector, sino a la misma Esfinge... ideas vagas, sentencias metafísicas." En cambio tiene *El Crítico* en gran aprecio: "todo está lleno, todo tiene vida y movimiento... Todo el artificio de esta composición satírico-moral consiste en sorprender, y casi siempre lo logra".¹¹⁵

Pero a principios del siglo XIX continúa la incomprensión, en Quintana, por ejemplo. Hasta que la fama de Gracián se consolida definitivamente gracias a Schopenhauer, Don Adolfo de Castro, Menéndez y Pelayo, Borinski, Farinelli, "Azorín", Coster y Rouveyre. De Arturo Schopenhauer¹¹⁶ es bien conocida su opinión, contenida en una carta a Keil: "Mi escritor favorito es el filósofo Gracián. He leído todas sus obras. Su *Crítico* es para mí uno de los mejores libros del mundo. De buena gana lo traduciría si hallara un editor que lo imprimiese". Don Adolfo de Castro, aunque lo considera como un imitador del estilo de Antonio Pérez,¹¹⁷ tiene palabras de encomio para su "atildamiento" y sus "profundísimos conceptos". Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España* (1886), dice: "talento de estilista de primer orden, maleado por la decadencia literaria, pero, así y todo, el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en humorismo profundo y de ley, en vida y movimiento, y efervescencia continua; de imaginación tan varia, tan amena y tan prolífica, sobre todo en su *Crítico*, que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excentricidades del autor,

112 edic. Madrid, 1789, tomo I, pág. 32.

113 *Ob. cit.*, pág. 35.

114 Tomo V, Madrid, 1794, págs. 206-7.

115 *Ob. cit.*, pág. 210.

116 V. A. MOREL-FATIO: *G. interprété* par S. en "Bull. Hispanique", 1910, XII, 380.

117 *Discurso Preliminar*. Bibl. Aut. Esp. Obras escog. de filósofos, LXV, VIV.

que pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio para ciento. El que quiera hacerse dueño de las inagotables riquezas de nuestra lengua tiene todavía mucho que aprender en *El Criticón*, aun después de haber leído a Quevedo”.¹¹⁸ “Predominaban en él demasiado las facultades intelectuales y la vena del moralista... Su fuerte era el ingenio o la ingeniosidad, y por el ingenio se perdía, no ciertamente por mengua de pensamientos, sino por extraordinaria abundancia de ellos, aunque no todos tuviesen los mismos quilates de verdad y precisión”.¹¹⁹

Karl Borinski¹²⁰ es el primero que estudia y presenta las doctrinas filosóficas, morales y políticas de Gracián, estimándolas como originalísimamente creadoras.¹²¹ El libro de Borinski motivó un extenso estudio crítico de Arturo Farinelli, publicado dos años más tarde bajo el título de *Gracián y la Literatura de corte en Alemania* (1896)... “Gracián participaba —dice—, con Quevedo y Cervantes, de la amplitud, el vigor y la audacia del ingenio, la fineza del chiste, la tendencia irresistible a la ironía y la sátira, el conocimiento profundo de las flaquezas y de los vicios del mundo, la facultad de hallar en seguida el lado ridículo de nuestra pobre y frágil naturaleza humana. Quevedo... es inferior a Gracián en la profundidad, en la energía, en la originalidad del pensamiento filosófico. Quevedo tiene ideas geniales que aparecen y desaparecen como relámpagos; Gracián tiene ideas completas, fijas, duraderas. Quevedo toca sin penetrar, lleva consigo gran parte de la ciencia escolástica, se apoya con frecuencia en otras autoridades, sacrifica voluntariamente su propio juicio, su razón y su lógica, sofoca el escepticismo al nacer en su ánimo apenas se le pone la infalible e indiscutible tradición católica. No conoce ni regla ni sistema. Tiene menor capacidad y firmeza de pensamiento que Gracián, y, a la vez, menos gusto. En Quevedo hay exuberancia de fantasía, en Gracián de reflexión. Quevedo es más poeta. Gracián más filósofo”...¹²² “Nadie disputará a Gracián la riqueza prodigiosa, inagotable, deslumbradora de las ideas, la genialidad intuitiva, el conocimiento profundo del corazón humano. Un humor fino y delicioso, la risa escondida del agudo censor, la ironía involuntaria, realzan el valor de las doctrinas morales de Gracián. En esto, el autor de *El Criticón* es hermano de Cervantes. Por su fuerza de observación psicológica, por la libertad y valentía del juicio, Baltasar Gracián es precursor de la ciencia moderna... Es

118 Tomo III, Madrid, 1896, pág. 520.

119 *Ob. cit.*, pág. 521.

120 Cf. ROMERA, *ob. cit.*, págs. 40-41.

121 *B. G. u. die Hofliteratur in Deutschland*, Halle, 1894.

122 *Ob. cit.*, págs. 495-7.

maestro inimitable del chiste, de la agudeza, de lo picante y salado, y, sin excepción alguna, el escritor más lacónico de España... En lo epigramático y sentencioso, nadie ha llegado a la perfección de Gracián. Su laconismo obstinado, le hace decaer en lo enigmático y pecar de falta de claridad y de arreglo en la forma".¹²³

Otro nombre que ha de figurar en esta galería de grandes críticos, es el de "Azorín", quien ya desde los comienzos de su carrera literaria fijó la atención en Gracián, dedicándole varios ensayos. La sagacidad mundana del aragonés es el tema en que se centra su atención. "No hay en nuestra literatura un psicólogo más complejo y agudo" dirá en *El Político*.¹²⁴ "Por ese agudo, penetrante, inexorable espíritu crítico, vivirá entre los ingenios más altos", dice en otra ocasión.¹²⁵ "No hay en la prosa de Gracián nada que falte ni que sobre para su comprensión total".¹²⁶

Difícil, sí, dira Adolphe Coster en su obra fundamental para los estudios gracianos,¹²⁷ y por ello no goza *El Crítico* de la fama que merece: es intraducible, y aun difícil para los españoles mismos, por su lenguaje prodigiosamente sutil y por las innumerables alusiones a acontecimientos y personajes contemporáneos cuya clave hemos perdido.¹²⁸ Prodigioso es el arte de Gracián para redoblar el significado de los vocablos, juxtaponerlos y oponerlos, con los efectos más imprevistos.¹²⁹

Coster halla en los diálogos de *El Crítico* modelos imperecederos de fuerza cómica, que juntamente con la imaginación ardiente y la fértil memoria del autor le harían un escritor sin par si no le hubiese faltado algo de medida y proporción. Correspóndele un lugar de honor junto a Quevedo.¹³⁰

La interpretación doctrinal bien ponderada quedó reservada a un erudito de la filosofía moderna, André Rouveyre. Su estudio crítico a la traducción de Victor Boimillier de las *Pages caractéristiques* de Gracián.¹³¹ Siguiendo el curso de las especulaciones éticas desde Gracián hasta Nietzsche, señala la posición del español y su influjo sobre moralistas extranjeros, analiza su orientación ideológica, sus dotes de psicólogo, el mecanismo espiritual de sus obras, para concluir por considerar a Gracián como uno de los más originales y brillantes pensadores de la Europa mo-

123 *Ob. cit.*, págs. 501-3.

124 Pág. 75, *Ob. comp.*

125 *Lecturas españolas*, pág. 92.

126 *Ibid.* pág. 86.

127 *B. G.*, París, 1913.

128 *Ob. cit.*, pág. 167.

129 Pág. 313.

130 *Ob. cit.*, pág. 350.

131 *Ob. cit.*, págs. 7-116. Hay trad. esp.

derna, y su *Criticón*, por el valor alegórico, como "l'une des clefs de voûte du patrimoine occidental"¹³².

Finalmente, nos queda por rendir debido tributo a la brillante y acabada edición que Romera Navarro ha hecho de *El Criticón*. Además de ir precedida de una introducción muy interesante y que hemos hallado altamente aprovechable en la revisión de este trabajo, el texto va acompañado de una valiosísima colección de notas explicativas de inapreciable valor y certera erudición.

En cuanto a la *Agudeza y Arte de Ingenio*, nos limitaremos a anotar que según Benedetto Croce, en *Los Tradadistas Italianos del Conceptismo y Baltasar Gracián*,¹³³ se encuentra en la misma línea que el *Anteojó Aristotélico* de Manuel Tesauro, publicado en 1654. Ambos libros siguen la retórica aristotélica, cuyo principio supremo era el de la forma literaria, considerada como ornamento ingenioso y deleitoso que se añade a la desnuda expresión del pensamiento.

La influencia de Gracián en el extranjero puede advertirse en Madame de Sablé, La Rochefoucauld, La Bruyère, Sainte-Evremont, Schopenhauer y Nietzsche. De entre las contribuciones en este respecto, podemos seleccionar, como las principales, las de Jean Sarrailh,¹³⁴ Graydon Hough and Dorothy M. McGhee¹³⁵ y, sobre todo, las ya citadas de Borinski, sobre *Gracián y la Literatura de corte en Alemania*, y las de A. Morel Fatio y Victor Bouillier.¹³⁶

II

SU CONCEPCION FILOSOFICA

VIDA, MUERTE E INMORTALIDAD.

La consideración de la vida como algo huidizo e inestable, extremada a veces hasta un pesimismo desolado y negativista, son un sentimiento y una concepción bien familiares a nuestro siglo XVII, época de crisis histórica y, por tanto, de quiebra vital. Se siente inseguridad e incertidumbre: inseguridad en cuanto al existir, en sí mismo, e incertidumbre en cuanto a

132 *Ob. cit.*, pág. 115.

133 Trad. J. SÁNCHEZ ROJAS, *La Lectura*, año XII, pág. 246.

134 *Note sur G. en France*, "Bull. Hisp." 937, XXXIX, 146-52.

135 *G.'s Oráculo Manual & the Maximes of Mme. de Sablé*, "Hisp. Review", 1936. IV, 68-72 y *Voltaire's Candide & G.'s Criticon*, Publ. Modern. Language Association of America, 1937, LII, 778-84.

136 *G. interprété par Schopenhauer*, "Bull. Hispanique", 1910, XII, 307-407 y *B. G. et Nietzsche*, en la "Revue de littérature comparée", 1926, VI, 381-401.

la finalidad del vivir, a realizar o, por lo menos, a pretender. Y es precisamente esa carencia de misión la que recluye en soledad sin esperanza. El mundo se queda afuera, como cosa aparte, y el individuo se retira hacia dentro de sí. El español del siglo xvii cree que no tiene ya nada que hacer. El destino histórico se le ha vaciado de contenido y de finalidad heroicas; pues ya no queda nada a la altura de la propia grandeza individual, nada que pueda ser realizado por esa carne de mundo y de historia que es la persona. El español del ya entrado siglo xvii, ha dejado, pues, de estar a la altura de sus antepasados, el humanista del Renacimiento o el teólogo de la Contrarreforma. El seguidor ha perdido su jefe y la batalla, y lo sabe.

A esa convicción de la inferioridad del mundo y del vencimiento personal a ese sentimiento de vacío no es, ni podía ser insensible la Literatura. "Mi vida es viento que esta a punto de no ser", dice Valdivielso. "Breve bien, fácil viento, leve espuma", tal es la síntesis que de ella hace Mira de Amescua. "Sombre, caduca flor, humo y viento" la cree Salcedo Coronel; y como sueño y, por tal, "ilusión, sombre, ficción", la disputa Calderón de la Barca. A lo que, digámoslo de pasada, Unamuno hace notar que el hombre queda a salvo, pues en Calderón "se declara sueño a nuestra vida, no a nosotros, los soñadores de ella", mientras que Shakespeare, al decir que "estamos hechos de la madera de los sueños", nos hace "sueño que sueña", "como que lo uno es afirmar que soñamos el mundo, y lo otro que nosotros mismos somos lo soñado".¹³⁷

Mas la vida en que nuestros clásicos piensan es la vida concreta, real, histórica; es decir, nuestra vida terrena, de aquí y de ahora. Y por encima de ella hay una creencia en una existencia ultraterrena, de premios y castigos, que nos salva con lo que promete, y hasta justifica la vida actual como un destino. No es ésta una aventura —que requiere una esperanza—, sino una batalla, que hay que librar a toda costa; cuanto más dolorosa nos resulte, mayor será la recompensa ultraterrena. Incierta, insegura y caduca les parece a nuestros clásicos la vida real; pero la otra, la ultraterrena, pesando siempre en su estimación, impide la degeneración absoluta. Al hombre se le vacía así de vida individual, se pensará; pero queda un valor constante, una meta ideal, que es el hombre como criatura divina con un destino ultraespacial y ultratemporal, que es lo que constituye el dogma en que el español de la época "quiere" creer, y que es lo que le salva, como dijimos, del pesimismo, el materialismo y el escepticismo, anti-valores filosóficos corrosivos de la bondad, sustancia y verdad de la propia vida, aunque a veces "maticen", el primero, sobre todo, muchas de sus obras.

137 *Sentimiento trágico de la vida y Contra el Purísimo, Ensayos*, vol. IV, pág. 21.

Pues bien, en Gracián hay un momento en que se caracteriza inmanentemente a la vida, que es cuando dice que ella es por definición “movilidad”: “no hay estado, sino continua mutabilidad en todo. O se crece o se declina”.¹³⁸

Pero ¿qué clase de movilidad? ¿una movilidad según ley, con una trayectoria predeterminable, como la del astro describiendo su órbita, pero esta vez a lo largo del tiempo? ¿una movilidad sin sentido, o un pendular, o un ir hacia todas partes sin concierto ni fin; por que la vida, como tal, es lo que no está sometido a canon alguno, lo espontáneo? ¿una creación, una encarnación de algo ideal que sólo tiene valor —valor vital— por hallarse por encima de nosotros y ser meta de nuestro esfuerzo? ¿o un más allá que hay que ganar desde aquí?

Ya veremos, pero, entre tanto, ya hemos conseguido una nota: movilidad.

Demos un paso más y nos encontraremos con estas palabras: “No hay cosa más deseada ni más frágil que tú eres... Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer, le restituye al morir: allí porque se perciban los bienes que se reciben, y aquí porque se sientan los males que se conjuran”.¹³⁹ La vida es, pues, un aprendizaje de sabiduría.

Ahora bien, este sentido de la vida como un proceso en el conocimiento, este estar buscando y hallando en cada momento el instrumental del momento siguiente, este sentido de la vida como un prepararse a ser ¿significa que sólo gracias a la sabiduría que con ese aprendizaje se va adquiriendo puede el hombre desplegar todo el repertorio de sus contenidos vitales, individuales? ¿O significa, más bien, que sólo por el hecho de saber se legitima y se justifica la vida humana? Es decir, ese aprendizaje ¿es un saber para algo distinto y superior, o es un saber *por* sí mismo, que como tal define y caracteriza al hombre? Las dos cosas, pues ya veremos como este dilema dá lugar a dos modos vitales, y, en consecuencia, en la tipología humana entrarán quienes estiman su saber únicamente como un instrumento, utilizándolo en consecuencia, y aquellos otros para quienes el saber y la sabiduría —actividad y meta— dejan repletas de contenido sus vidas.

Además, la vida tiene otra cualidad, según Gracián: la inseguridad, por ser algo que está siempre a punto de quebrarse, de dejar de ser. “Créeme que todos los mortales somos volatines arriesgados sobre el

¹³⁸ *Discreto*, pág. 146.

¹³⁹ *Crit. I. I.*, 104. La influencia de Plinio en ese párrafo la observa ROMERA. Cf. *Historia Natural*, VII, I.

delgado hilo de una frágil vida, con esta diferencia, que unos caen hoy y otros mañana".¹⁴⁰ Tal es la consistencia de la vida, y nada más.

Esa alusión al hilo de la vida nos lleva de la mano a otra de sus notas características. La vida es algo que va de un punto a otro, una línea con comienzo y término; la vida, en fin, es una "peregrinación". Una peregrinación desde un engaño hacia un desengaño, un ir hacia algo. Gracián nos habla de la "arriesgada peregrinación de la vida humana,¹⁴¹ y todo su *Criticón* es una biografía del ir y venir por los caminos del mundo de dos vidas humanas. La vida humana es, pues, una "peregrinación", con el engaño a su entrada y el desengaño a la salida.¹⁴² Una peregrinación cuyo final y cuya meta teológica —como ya veremos— es la inmortalidad; pero cuya trayectoria es un altibajo constante y una pugna por salir a flote e individualizarse de la especie —los tontos y los necios—. Como se ve, toda una concepción heroica de la vida en cuanto a su valor, pero también todo un pesimismo y anonimato para el que no pueda saltar por encima de esa vida y se limite a "vivirla".

Estamos llegando ya al término de la concepción de Gracián sobre la vida. Esa peregrinación tiene una modalidad específica: el acecho. El hombre *debe* vivir *alerta*, con cautela. Debe ver en todo un enemigo de su propia vida, y debe de aprovechar en todo las oportunidades, y en todos las debilidades; debe aprovechar las cosas y utilizar a los hombres: "Advierte... que ya estamos entre enemigos (los hombres) y ya es tiempo de abrir los ojos; ya es menester vivir alerta... Oye a todos y de ninguno te fíes. Tendrás a todos por amigos; pero guardarte has de todos como de enemigos".¹⁴³

¿Por qué? Por "que no es otra cosa la vida humana que una milicia a la malicia",¹⁴⁴ una "milicia sobre la haz de la tierra",¹⁴⁵ pues que "todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos... todo es hacer y padecer: si hay acción hay repasión... Dónde irá uno que no guerrée?"¹⁴⁶ "Todo es arma y todo guerra. De suerte que la vida del hombre no es otra que una milicia sobre la haz de la tierra".¹⁴⁷ Más adelante, al tratar de la conducta, veremos qué sentido tiene esta palabra "milicia".

He aquí, pues, cinco caracterizaciones de la vida: movilidad, aprendizaje, inseguridad, peregrinación, lucha. Hemos empleado el término

140 *Crit.* III, XI, 340.

141 *Crit.* III, V, 149.

142 *Crit.* III, V, 149.

143 *Crit.* I, IV, 149.

144 *Crit.* II, IX, 282.

145 *Ibid.* III, IX, 249.

146 *Crit.* I, III, 137.

147 *Crit.* I, III, 138. Cf. III, IX, 294.

“caracterizaciones”, en vez de “características”, porque nos parece que en Gracián no hay una consideración de lo que la vida sea como existencia humana. Hay, desde luego, una intuición de la categoría vital, de la vida humana como existencia, pero esta interpretación, aunque clara por el papel que, como ya veremos, juega en ella la muerte, carece tanto de una auténtica consideración como de un planteamiento metafísico, en su obra toda. La vida, por el contrario, aparece medida dentro de su intencionalidad transcendente: ser inmortal, ser hecho —hazaña y ejemplo— para los demás.

Veamos ahora la reflexión que hace Gracián sobre la muerte, con el fin de hallar su sentido respecto de lo que la existencia humana es: “Muere el hombre, cuando había de comenzar a vivir, cuando más persona, cuando ya sabio y prudente... sazonado y hecho, colmado de perfecciones...: así que nace bestia y muere muy persona. Pero no se ha de decir que murió agora, sino que acabó de morir, cuando no es otro el vivir que un ir cada día muriendo. ¡Oh ley por todas partes terrible la de la muerte!, única en no... privilegiar a nadie”.¹⁴⁸ “Ya está el hombre miserable entre unos ya entre otros, ya abatido, ya ensalzado. Todos le sacuden y le arrojan, hasta que reventado, viene a parar entre la azada y la pala, entre el lodo y la hediondez de un sepulcro”.¹⁴⁹

Esas dos citas requieren especial análisis para darse cuenta de qué es lo que la muerte significa dentro de la concepción gracianesca. En primer lugar, aparece claro que la actitud de nuestro autor ante la muerte es la de considerar a ésta como un hecho dramático que acontece, inoportuna y fatalmente, al término de la vida humana. Es la muerte un hecho, una ley “por todas partes terrible”, es decir, algo tremendamente injusto. Ahora bien, como hecho obediente a una ley inexorable, la muerte no caracteriza a la vida según Gracián. No es la muerte quien da la tónica de la propia existencia, sino la inmortalidad que sobre ella, en contra de ella, se logre. Antes de pasar a tratar de la inmortalidad queremos detenernos en esta otra frase, ya citada: “cuando no es otro el vivir que un ir cada día muriendo”. Nos parece poco consecuente con lo que antecede, ya que si el hombre muere “cuando había de comenzar a vivir, cuando más persona” —de modo que la vida viene a caracterizarse por su ascensionalidad—, no puede el vivir ser un morir día a día, que es exactamente lo contrario. No podemos explicarnos exactamente el sentido de esta frase; acaso, ante la necesidad de adoptar una conclusión, nos veríamos precisados a suponerla un momento de malhumor ante la insignificancia de bastantes vidas

148 *Crit.* III, XI, 337.

149 *Crit.* I, VIII, 257.

humanas. Porque, por otro lado, no nos aparece claro que Gracián considere cada acto de la vida como una matanza de actos posibles que no pueden llegar a ser, y en que, en ese sentido, el “ir cada día muriendo” no se refiriese a nuestra vida misma, sino a nuestras posibilidades de vida.

Vamos a ver ahora qué es lo que da sentido a la vida y como esta se encara con sí misma y procura, sobreviviéndose, conseguir la inmortalidad. No la inmortalidad para todos, sino para los que la merecen. La vida ha de trascender su propia existencia, y permanecer ahí, como ejemplo, como obra, objetivada.

La temporalidad de la existencia y el afán de dar, por encima de ella, su expresión más auténtica, de hacer de ella una obra para los demás, es lo que da carácter a la “empresa” de la vida humana.

“Eternizanse los grandes hombres en la memoria de los venideros; mas los comunes yacen sepultados en el desprecio de los presentes y el poco reparo de los que vendrán”.¹⁵⁰ Porque “no pueden ser inmortales en la muerte los que vivieron como muertos en vida.”¹⁵¹ ¿Y qué hay que hacer durante la vida para conseguir esto? Ser “el mismo mérito en persona”,¹⁵² incorporar a la vida un valor — y para ello, “procura... ser famoso, obrando hazañosamente, trabaja por ser insigne, ya en las armas, ya en las letras, (ya) en el gobierno; y lo que es sobre todo, sé eminente en la virtud, sé heróico y serás eterno, vive a la fama y serás inmortal”.¹⁵³

No se trata, pues, de una inmortalidad inherente a la naturaleza humana, como tal. No todos se salvan. La inmortalidad divide a los hombres en dos clases: los “grandes hombres” y los hombres “comunes”. ¿En qué consiste la inmortalidad? en un “eternizarse” en la memoria de los venideros. Para ello es preciso haber incorporado un valor, procurando obrar “hazañosamente”, trabajando por ser inmortal. Proponiéndoselo y procurándose.

En suma: la vida humana no tiene valor por sí —Gracián es todo menos un vitalista— sino que es un querer intencional que tiene sentido en tanto que incorpora ese valor: en tanto que “personifica” un “mérito”. Y sólo en tanto y por esto, es el hombre inmortal y su vida objetivada como ejemplo. Esta inmortalidad se consigue con una colaboración: la del intelectual y la del genio. “El aceite de las vigiliias de los estudiosos y la tinta de los escritores, juntándose con el sudor de los héroes y tal vez con la sangre de las heridas, fabrican la inmortalidad de su fama”.¹⁵⁴ La

150 III, XII, 370.

151 *Crit.* III, XII, 399.

152 *Crit.* III, XII, 395.

153 *Crit.* III, XII, 382.

154 *Crit.* I, XIII, 395.

inmortalidad, pues, no es obra de un solo individuo. La fama es siempre colectiva. Y esto es la inmortalidad.

Romera Navarro¹⁵⁵ pretende salir al paso de los que, sorprendidos de que Gracián conduzca a sus peregrinos del *Criticón*, como premio final, a la isla de la inmortalidad del renombre, exclaman: “¡esto es pagano!” Felisinda o la felicidad es “el móvil de todos sus actos... para llegar a la... lección superior a que se reduce todo el libro, de que los sabios que disertan sobre los caminos de la dicha “son unos grandes necios, pues andan buscando por la tierra lo que está en el cielo... En vano, oh... pasajeros de la vida os cansáis en buscar desde la cuna a la tumba esta vuestra imaginada Felisinda...: ya murió para el mundo y vive para el cielo; hallarla héis allá si la supiéredes merecer en la tierra”.¹⁵⁶ “En todo caso —sigue Romera—, tras esa isla, cosa aún del mundo, estaba para el autor y para sus lectores españoles del siglo xvii la otra suprema inmortalidad. Y Gracián mismo lo dice cuando los peregrinos tuvieron calificada la patente con rúbricas “de la Fama en la Isla de la Inmortalidad”, entonces es cuando se “les franqueó de par en par el arco de los triunfos a la mansión de la Eternidad”.¹⁵⁷ “Todo apunta en la obra literaria de Gracián a una religiosidad incuestionable...! y libre Dios a Gracián y a nuestros curas aldeanos de que la sabiduría crítica les venga a endosar doctrinas erasmianas!” Romera y Navarro ha creído conveniente terminar así su exposición de las doctrinas gracianistas, con una cierta nota de impaciencia. Esto puede ser efectivo, pero no es conveniente. Las doctrinas “erasmianas” llevaban ya más de un siglo formando parte del acervo cultural europeo y del patrimonio psicológico del individuo moderno. A Gracián no se le puede aislar de su credo religioso, pero tampoco de su tiempo. La España del siglo xvii no es la Europa escolástica y aristotélica del medioevo. Si así fuera, ¿por qué se creyó Gracián en la necesidad, o con la vocación, de escribir dos tratados sobre tipos tan extravagantes de lo religioso propiamente dicho como son *El Discreto* y *El Héroe*, y en la necesidad de llevar a sus dos peregrinos por el mundo y hacerles topar con las más horribles criaturas y situaciones? El español del siglo xvii ha sido ya derrotado y está fracasado: a la huída ultraterrenal de la Mística se contraponen, lógicamente, el práctico y realista, tipo Gracián, que tiene aún ganas de medir sus armas cuantas veces sea necesario y, para afilarlas y ponerse el mismo en forma, empieza por darse consejos y por acometer imaginarias incursiones en el terreno enemigo —el del mundo y sus males—

155 *Ob. cit.*, pág. 27.

156 *Crit.* III, IX, 294.

157 *Crit.* III, XII, 412.

en una actitud muy característica del bachiller Sansón Carrasco, el cual sale a pelear con el loco Don Quijote armado de todas las armas y de todas las convenciones de la Andante Caballería, para batirle en su propio terreno. ¿No es la actitud de Gracián un poco la del bachiller sesudo y experimentado, que se encara y desafía a desigual pelea las locuras, sin razones y entuertos de ese jardín de horripilantes monstruos que él cree que es el mundo de su tiempo, algo así como una especie de bestiarío? Recuérdese que cuando el cortesano, en Roma, le pregunta a Critilo, ya al final de su periplo:¹⁵⁸ “¿Cómo decís que habéis andado todo el mundo, no habiendo estado sino en cuatro provincias de la Europa? ¡Oh! bien—respondió Critilo— yo te lo diré: porque así como en una casa no se llaman parte de ella los corrales donde están los brutos, no entran en cuenta los reductos de las bestias, así lo más del mundo no son sino corrales de hombres incultos, de naciones bárbaras y fieras, sin policía, sin cultura, sin artes y sin noticias, provincias habituales de monstruos de la herejía, de gentes que no se pueden llamar personas, sino fieras.”

EL HOMBRE

Después de haber visto el sentido que tienen la vida y la inmortalidad y cómo aquélla funda y se subordina a ésta, vamos a analizar al que ocupa una y consigue la otra, el hombre. Vamos a ver la “moral anatomía del hombre”.¹⁵⁹ El hombre es “la criatura más noble de cuantas vemos . . . con posesión de la tierra y con expectativa del cielo, creado de Dios, por Dios y para Dios”.¹⁶⁰ Pero esto, que dentro de Gracián se asemeja tanto a una frase hecha, o a una concesión a la filosofía oficial; esto, que es el hombre, tiene una característica: su irrepetibilidad, su individualidad. Muy ciertamente dice Romera Navarro a este respecto que Gracián “sabe que el estudio del hombre es el estudio de la esencia de la vida”.¹⁶¹

Individualidad: El hombre es individuo; precisamente porque lo que realiza son fines y los realiza queriéndolos él, es por lo que es individuo, si no sería un fenómeno más, uno más en una especie inacabable y fatalista. En cuanto tal hombre, es una nueva versión de su ser hombre, y es por esto que es un individuo: “visto un hombre, no está visto sino uno, y aun ése no bien conocido . . . Cada uno tiene su gusto y su gesto”.¹⁶² Es decir, cada hombre es un individuo, él y nadie más, una resultante de su propia historia vital humana.

158 *Crit.* III, IX, 295.

159 Este es el título de la crisis IX de la primera parte.

160 *Crit.* I, IX, 266.

161 *Introduc.* pág. 20.

162 *Crit.* I, XI, 318-9.

Por eso puede errar sus fines o trastocarlos: "vulgar desorden es entre los hombres hacer fines de los medios y de los medios hacer fines".¹⁶³ En esto consiste su albedrío. Pero esa libertad que caracteriza al hombre ("ninguna de todas las cosas... sino...") no es una calidad de la existencia humana, sino algo que le acontece al hombre a lo largo de aquélla, algo que puede ocurrirle. ¿Por qué es ello así en nuestro autor? Porque se trata de los actos humanos, adopta una postura y se pregunta: ¿Son esos actos precisamente los que el hombre debió realizar? Y se contesta: "ninguna de todas las cosas creadas yerra su fin, sino el hombre".¹⁶⁴ "El solo desatina, ocasionándole este achaque la misma nobleza de su albedrío".¹⁶⁵ Se trata, pues, de una capacidad, de algo que no tienen los otros seres. El hombre no es libertad; tiene albedrío, y es ese albedrío el que le permite, y le hace, errar a veces.

SEÑORIO DE LAS COSAS

Esto es lo que recomienda Gracián al hombre respecto del mundo con quien y en quien vive. Y se lo lanza al hombre como recomendación y consejo, en general, pues éste, por la misma "nobleza de su albedrío" puede trastocar sus fines, obrando contra natura. Le aconseja, pues, que se comporte "como persona, no como bestia. Señor has de ser de todas las cosas criadas, pero no esclavo de ellos; que te sigan, no te arrastren".¹⁶⁶ Más adelante, al hablar de la conducta, volveremos sobre estas ideas.

CONCIENCIA DE SI

Hay un momento en la vida del hombre en que se le patentiza su propia esencia. Esta conciencia de sí forma parte de su propia existencia, pues que en ella le acontece. Es cuando llega "a un cierto término de crecer y de vivir",¹⁶⁷ que se pregunta, según pone Gracián en boca de Andrenio: "¿Qué es ésto?, decía, ¿soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas si soy, ¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado ese ser y para qué me lo ha dado?"¹⁶⁸ Es decir, el hombre se pregunta qué ser es ese que él es, si existe realmente o nó, quién es él, como ente diferenciado, a quién se lo debe, y para qué existe. Todos estos interrogantes se plantea el hombre cuando se "reconoce" como tal.

A este respecto, Coster¹⁶⁹ dice que nos hallamos ante un replanteamiento de la duda metódica y que es de Descartes de quien Gracián ha "tomado

163 *Crit.* I, X, 288.

164 *Crit.* I, IX, 265.

165 *Crit.* I, XI, 318-9.

166 *Crit.* I, II, 117.

167 *Crit.* I, I, 112.

168 *Crit.* I, I, 112.

169 "B. G." París, 1913, pág. 198.

prestado el razonamiento de Andrenio". A lo que replica André Rouveyre¹⁷⁰ que "ciertamente Gracián no ignoraba el *Discours de la Méthode*, cuya traducción latina había aparecido en 1644, o sea siete años antes que la Primera parte de *El Criticón*. De todos modos, la analogía con el "cogito, ergo sum" es puramente verbal y aparente. Con seguridad que Andrenio no buscaba nada en la identidad del ser y del pensar, y no hacía más que una reflexión de sentido común". Y Romera Navarro¹⁷¹ halla una salida a este dilema al hacer notar que aunque "ignoramos si Gracián llegó a conocer o no el *Discours*"... "ciertamente leyó las *Tusculanae Quaestiones*,¹⁷² de Cicerón, donde, aunque sin aquella identificación del ser y del pensamiento se lee esta frase: *vivere est cogitare*.¹⁷³ En efecto, Gracián ve esa duda bajo un signo temporal; se le plantea al hombre "llegado a un cierto término", es decir, dentro de la categoría tiempo, pero no como una fundamentación sistemática, absoluta, pantónoma de la filosofía, no como verdad radical y actitud primaria, que fué como se la planteó Descartes.

Gracián se limita a presentar la duda como un acaecer dentro de la vida humana, pero no como un instrumento metódico de fundamentación radical.

De todos modos, el planteamiento racionalista del problema es, sin duda, lo más interesante. Los interrogantes llevan de la mano a la dialéctica: es la angustia de la incógnita, la falta de explicación racional que pone a la razón en marcha. Sin embargo, la razón humana fracasa; su objetivo sólo es alcanzable a la sabiduría divina; la peregrinación del hombre por la vida se corresponde con la de la razón por el mundo de la filosofía: "una cosa puedo asegurarte —dice Andrenio a Critilo—:¹⁷⁴ que con que imaginé muchas veces y de mil modos lo que habría acá fuera, el modo, la disposición, la traza, el sitio, la variedad y máquina de cosas según lo que yo había concebido, jamás dí en el modo, ni atiné con el orden, variedad y grandeza de esta gran fábrica que vemos y admiramos. Que mucho —dijo Critilo— pues si aunque todos los entendimientos de los hombres que ha habido y habrá se juntarán antes a trazar esta gran máquina del mundo y se les consultara cómo había de ser, jamás pudieran atinar a disponerla... Sólo la infinita sabiduría de aquel supremo Hacedor pudo hallar el modo, el orden y el concierto de tan hermosa y perenne variedad".

170 B. G. Pages *caracteristiques*, París, 1925, pág. 206, nota.

171 *Ob. cit.*, pág. 112.

172 XXXVIII, 111.

173 *Ob. cit.*, pág. 112.

174 *Crit. I, I*, 114.

EL HOMBRE NATURAL

Lo que sí se ha planteado Gracián es el problema del hombre natural, o sea, del hombre sin Cultura y sin Historia, con el que se enfrentaron los españoles en ocasión de la conquista de América. Al indio, Las Casas, por ejemplo, lo consideraba no como a salvaje, sino como al hombre en estado natural, anterior a la civilización y la técnica, desprovisto todavía de cultura e incapaz de crear historia. "Privilegio único del primer hombre... llegar a ver con novedad y con advertencia la grandeza, la hermosura, el concierto, la firmeza y la variedad de esta gran máquina creada. Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros porque falta la novedad y con ésta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del alma cerrados y, cuando los abrimos al conocimiento y a la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no deja lugar a la admiración".¹⁷⁵ Esta supervaloración del estado natural, como el estado virgen del hombre y de su consciencia, tan grato en el siglo siguiente al pensamiento europeo, está ya en nuestros clásicos y en nuestro Gracián como algo que, sin el valor rector que va a tener más tarde, destaca al individuo cuando todavía el "uso no hac(ía) perder el respecto a la más revelante maravilla".¹⁷⁶

Al hombre, hoy, le conviene estar solo, aislado. Es esta otra faceta del individualismo de Gracián: "que el sabio, consigo y Dios, tiene lo que basta."¹⁷⁷ Gracián no es sólo un individualista, sino también un solitario. Lo cual es típico de un siglo en que el hombre y las minorías selectas buscaban la salvación en la huída de la sociedad, en La Flecha o en el Cigarral, en la celda o en la tertulia de Lastanosa. Porque este hombre únicamente quiere estar solo consigo mismo, pues ¿con quién mejor puede hablar que consigo mismo? ¿Qué amigo más fiel? Háblese a sí y dígase la verdad, que ningún otro se la dirá. Pregúntese y oiga lo que le dice su consciencia".¹⁷⁸ Esto no es todavía el Romanticismo, no es la simplicidad del corazón a la que hay que escuchar para conocer la verdad, como predicaba Rousseau, sino a la consciencia, a la particularidad y lo propio de uno mismo. Lo demás, amigos, usos, son falsos porque son arreglos y acomodados, "le engañan, y ningún otro le guardará el secreto",¹⁷⁹ pero este no es el caso de la consciencia del hombre, insobornable, inefable, sincera y auténtica.

175 *Crit.* I, II, 119-20.

176 *Crit.* I, II, 120.

177 *Crit.* I, XIII, 403.

178 *Crit.* I, XI, 340.

179 *Crit.* I, XI, 340.

Alguna vez “enfermó el hombre de achaque de sí mismo: despertósele una fiebre maligna de concupiscencias, adelantándosele cada día los crecimientos de sus desordenadas pasiones; sobrevinole un agudo dolor de agravios y sentimientos. Tenía postrado el apetito para todo lo bueno, y el pulso con intercadencia en la virtud; abrasábase en lo interior de malos afectos y tenía los extremos fríos para toda obra buena; rabiaba de sed de sus desordenados apetitos... secábasele la lengua para la verdad: síntomas todos mortales”.¹⁸⁰

LOS SUB-HOMBRES

Esos son para Gracián los hombres enfermos, mortales, que están destinados al anónimo y no a la fama, porque carecen de grandeza. A estos les llama Gracián hombres diptongos y hombres paréntesis. Hombres diptongos son los viejos ignorantes, los aristócratas brutos, los maridos sin autoridad, “unos compuestos de fieras y hombres, otros de hombres y bestias: cual de político y raposo y cual de lobo y avaro; de hombre y gallina”.¹⁸¹ No han logrado ser hombres, por no haber seguido su destino y cumplida su misión; recuérdese aquello de Goethe: “lo que la vida nos promete, hay que cumplirlo a la vida”. Otra especie de la fauna humana son los hombres paréntesis: “que ni hacen ni deshacen... que ni atan ni desatan. No sirven sino de embarazar el mundo”.¹⁸² Son los pasivos, los recipiendarios, los retardatarios o, usando una terminología de hoy, las “gentes de orden”; en suma, son “medio hombres, pues no tienen entereza”.¹⁸³ Creemos suficientemente expresivo el concepto de entereza —entendida como integridad— para no entrar en más explicaciones.

ESTRUCTURA TEMPORAL DE LA VIDA

Vamos a ver ahora cómo va el hombre por la vida y a exponer la teoría de las edades en Gracián. El hombre “entra en este teatro de tragedias llorando; comiéndanle a cantar y encantar con falsedades; desnudo llega y desnudo sale, que nada saca... Recíbele aquel primer embustero, que es el mundo, ofrécele mucho y nada cumple, dale lo que otros quitan, para volvérselo a tomar... Aquéllos que le dan prisa son los Males; las Penas le dan vaya y grita los Dolores: vil canalla toda de la Fortuna... Todo cuanto hay se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la

180 *Crit.* III, III, 82.

181 *Crit.* III, IV, 174.

182 *Crit.* III, IV, 124.

183 *Crit.* III, X, 318.

vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da prisa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila y el que fué ayer hombre hoy es polvo y mañana nada”.¹⁸⁴

Aquí vemos repetida la misma consideración del hombre, de la vida y del mundo.

El hombre es un fantasma que recorre el hilo de la vida a través de un mundo de acechanzas, mentiras y engaños. La vida es, también, algo irreparable, una teoría de edades irreconquistables. Veamos más detenidamente su concepción:

“Advierte —le dice Critilo a Andrenio— que vamos subiendo por la escalera de la vida y las gradas de los días, que dejamos atrás, al mismo punto que movemos el pie, desaparecen: no hay por donde volver a bajar ni otro remedio que pasar adelante”.¹⁸⁵ Aquí vemos cómo Gracián destaca la temporalidad de la vida, pues es el ser ésta tiempo significa que es una serie de momentos que vánse sucediendo caleidoscópicamente a través de la evolución de cada hombre. Es decir, la vida es sucesión. La vida es curso; así la describe Gracián en unos párrafos bellísimos que no resistimos el transcribir: “Acertadamente discurría quien comparaba el vivir del hombre al correr del agua, cuando todos morimos y como ella nos vamos deslizando. Es la niñez fuente risueña; nace entre menudas arenas, que de polvos de la nada salen los lodos del cuerpo; brolla tan clara como sencilla, ríe lo que no murmura, bulle entre campanillas de viento, arrúllase entre pucheros y ciñése de verduras que le fajan. Precipítase ya la mocedad en un impetuoso torrente, corre, salta, se arroja y se despeña, tropezando con las guijas, rifando con las flores, va echando espumas, se enturbia y se enfurece. Sosiégase, ya río, en la varonil edad, va pasando tan callado cuan profundo, caudalosamente vagaroso, todo es fondos sin ruido; dilátase espaciosamente grave, fertiliza los campos, fortalece las ciudades, enriquece las provincias y de todas maneras aprovecha. Mas ¡ay! que al cabo viene a parar en el amargo mar de la vejez, abismo de achaques, sin que le falte una gota; así pierden los ríos sus bríos, su nombre y su dulzura; va a orza el carcomido bajel, haciendo agua por cien partes y a cada instante zozobrando entre borrascas tan deshechas, que le deshacen, hasta dar al través con dolor y con dolores en el abismo de un sepulcro, quedando encallado en el perpetuo olvido”.¹⁸⁶

184 *Crit.* I, VII, 241-2.

185 *Crit.* I, VI, 212.

186 *Crit.* II, I, 17-8.

No ha de considerarse este pesimismo de las últimas frases como el típico de Gracián, por cuanto que aquí se refiere solamente a la vida en su sucesión temporal, desligándola completamente de su contenido y de su intencionalidad. En sí (por eso, repetimos, Gracián no es un vitalista), la vida es bien poco, y la prueba de ello es la insignificancia que a su mero curso le atribuye en estos párrafos. Únicamente al tratar de la vejez parece asignarle un significado y un contenido; pero ello por cuanto que es la vejez la etapa final en que todos los actos y todas las obras dan un paso al frente para precisar y aclarar lo que en la vida se ha hecho: es la vejez un como recuento de lo que se ha conseguido hacer: "No se veían ya reír las aguas como solían; llorar sí y aun crujir los carámbanos... Trocáronse los fervores de la sangre en horrores de la melancolía, las carcajadas en ayes: todo es frialdad y tristeza".¹⁸⁷

"Una misma vejez para unos es premio y para otros apremio; a unos autoriza, a otros atormenta".¹⁸⁸

Por eso, que el viejo "goce de los frutos de la gloria, conseguidos con los afanes de tanta pena, corónese el trabajo de las demás edades con la honra de la senectud".¹⁸⁹

A continuación deberíamos colocar aquí los deberes de los viejos, que promulga Vejecía, enormemente interesantes, pero que por su excesiva extensión no podemos recogerlos.¹⁹⁰

EL HOMBRE PERFECTO

¿Cuál es pues, en resumen, el hombre perfecto? Acaso no se deba hablar del hombre perfecto; después de todo, "así como el sol es claro espejo de Dios y de sus divinos atributos la luna lo es del hombre y de sus humanas imperfecciones: ya crece, ya mengua, ya nace, ya muere; ya está en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado".¹⁹¹ El hombre perfecto es, más bien, la meta de un esfuerzo continuado y escrupuloso, un logro artístico. "Sobre los favores de la naturaleza asienta bien la cultura, digo la estudiosidad, y el continuo trato con los sabios, ya muertos, en sus libros, ya vivos, en su conversación; la experiencia fiel, la observación juiciosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen a sacar un hombre consumado, varón hecho y perfecto; y conócese en lo acertado de su juicio, en lo sazonado

187 *Crit.* III, I, 22.

188 *Crit.* III, I, 36.

189 *Crit.* III, VII, 217.

190 *Crit.* III, II, 51-8.

191 *Crit.* I, II, 126.

de su gusto; habla con atención, obra con detención; sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfección”.¹⁹²

EL PESIMISMO

Vamos a estudiar ahora lo que se ha llamado el pesimismo de Gracián, y vamos, para ello, a alinear primeramente unas cuantas frases: nos encontramos en primer lugar con toda una tirada pesimista sobre el hombre, sacada de Plinio, según Coster.¹⁹³

“Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirle en este mundo, pues trazó que entrase sin género alguno de conocimiento... A oscuras llega y aún a ciegas, quien comienza a vivir, sin advertir que vive y sin saber qué es vivir... Parece que le introduce en un reino de felicidades y no es sino un cautiverio de desdichas; que cuando llega a abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállese empeñado sin remedio... En el cuerpo hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades y en el ánimo engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonoras, ahogos, tristezas, temores, iras, desesperaciones, y salir al cabo condenado a miserable muerte, con pérdida de todas las cosas, casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida, cuando más amada... Bien supo la naturaleza lo que hizo y mal el hombre lo que aceptó... Quien no te conoce ¡oh vivir! te estime.

Presagio común es de miserias el llorar al nacer... ¿Cuál puede ser una vida, que comienza entre los gritos de la madre, que la da, y los lloros del hijo, que la recibe?”¹⁹⁴

Séame permitido notar aquí, como inciso, que a continuación dice Gracián: “Todo cuanto obró el supremo Artífice está tan acabado, que no se puede mejorar; mas todo cuanto han añadido los hombres es imperfecto. Criólo Dios muy concertado y el hombre lo ha confundido”.¹⁹⁵ Pues bien, Coster recomienda que se le compare con estas clásicas palabras de Rousseau: “Tout est bien sortant des mains de l’auteur des choses; tout dégénère entre les mains de l’homme”.¹⁹⁶

Pero continuemos con las frases pesimistas: “Cada uno (de los hombres) es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre”.¹⁹⁷

192 *Disc.*, 147.

193 *Plinio: Obras*, VII, 104 y ss.

194 *Crit.* I, V, 166-7.

195 *Crit.* I, V., 67.

196 *Emilio*, Comienzo libro I.

197 *Crit.* I, IV, 148.

“Quien no siente no se siente; mas quien añade sabiduría, añade tristeza”.¹⁹⁸

“Esta es la infelicidad de nuestra inconstancia. No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna acá”.¹⁹⁹

He ahí el tan asendereado pesimismo de Gracián. Para denominarle como el contra-polo del misticismo vitalista, quizás habría que usar las palabras: “realisticismo de la vida”. Se trata sólo de un análisis de aguafuerte de lo que la vida en sí, en su fluir, independientemente de los principios y valores que la realizan y ennoblecen, que le dan sentido y calidad. Acaso la más pesimista de todas esas expresiones sea la de que “no hay dicha porque no hay estrella fija de la luna”, pero, según nuestra interpretación, ello no es más que una tipificación de la vida, una caracterización de su inseguridad como tal vida, siempre fluctuante entre polos contrapuestos. Pero, además, ese pesimismo es la consecuencia de una visión de la vida por el hombre “desde lo alto de su eminencia”, es decir, no inmerso en ella, no viviendo, sino pulsándola, observándola. Es, ni más ni menos, la visión de la vida que tiene el fuerte, el que sobrenada y no se ahoga en su inmundicia. Por eso Rouveyre caracteriza el pesimismo de Gracián como “pesimismo de los fuertes”: “no conduce al ascetismo, a la renunciación; más próximo al pesimismo de los fuertes —al de Nietzsche, por ejemplo— concíliase muy bien con la persecución de todas las compensaciones que puede ofrecer la vida, por mala que ésta sea”.²⁰⁰

No es eso, sin embargo, completamente exacto. No es que el hombre busque en la vida compensaciones, sino que —en la concepción de Gracián— lo que el hombre debe hacer en la vida constituye el trampolín de su inmortalidad. Y así, destaca Bouillier,²⁰¹ mientras Nietzsche dice “hay que dominar las pasiones, y no debilitarlas o extirparlas. Cuanto mayor es el dominio de la voluntad, mayor libertad se puede conceder a las pasiones”,²⁰² Gracián, por su parte, declara que los insensibles tienen poco de personas, y que “un sentimiento en su ocasión es acto personal”.²⁰³ Si este pesimismo se entiende, pues, como un ansia de individualización y como aristocratismo, podrá decirse que Gracián es pesimista. Pero el pesimismo que se ha venido considerando como típico, el que conduce a la renunciación y al quietismo, ese, no es posible aplicárselo a Gracián para caracterizar su pensamiento.

198 *Crit.* I, IX, 271.

199 *Discreto*, 237.

200 “B. G.”, pág. 75.

201 “B. G. y Fed. Niet.”, apéndice a la trad. esp. de ROUYEYRE.

202 *Voluntad de Poderío*, § 474.

203 *Oráculo*, pág. 266.

En el mismo sentido, dice Pfandl: “El pesimismo de Gracián, si bien tiene el defecto de la subjetividad y de la generalización, no es guiado, como el de Schopenhauer, por ideas abstractas, sino absolutamente concretas. El mundo no es para él un producto individual de la voluntad y la representación, sino la suma tangible de la caducidad terrena y de la tontería y de la maldad humanas. Para Schopenhauer, en la vida sólo existe un refugio de la felicidad y el contento, a saber, la contemplación de las ideas; pero la total liberación del mundo conduce al suicidio. En Gracián, la felicidad terrena, si es que puede hablarse de ella, consiste en el perfeccionamiento de la personalidad y en el trato con un pequeño círculo de escogidos, apartándose del vulgo; la segura perfección del más allá constituye el contrapeso de la insuficiencia terrena”.²⁰⁴ Es decir, entre Gracián y Schopenhauer se da una diversidad radical. Todo esto sin dejar de tener en cuenta que el hombre, según Schopenhauer, se aprende en su más hondo ser como voluntad, como “voluntad de vivir”; así dice Schopenhauer que se autointuye el hombre. Y sólo se muestra auténticamente pesimista en su doctrina de la salvación, recomendando que para librarnos de la infelicidad, necesitamos negar esa voluntad misma; lo cual sólo es posible cuando la persuasión de la infelicidad de todo querer se convierte en un quietivo (esto es, un medio de apaciguamiento) del querer; cuando tiene lugar una total exención de la voluntad y un amortiguamiento de todos los impulsos como se observa en los penitentes indios y en los ascetas cristianos.²⁰⁵

Tal es la concepción de Schopenhauer, eco de una época de reacción contra el optimismo de la Ilustración y “característica de un período cultural que había heredado de la religión la viva necesidad de un fin absolutamente valioso, pero había perdido la fé en su asequibilidad”.²⁰⁶

Romera Navarro cree que a Gracián el análisis psicológico “le ha llevado demasiado lejos”, pues “el aspecto tempestuoso del corazón y de la existencia... se inclina a presentarlo como el único aspecto real”. “Nos dá a veces la impresión de que el hombre es un enfermo miserable al que se podrá ayudar, pero en manera alguna curar”. “La posición ordinaria de Gracián es clara: vé el mundo tal como es, y no se hace ilusiones sobre la naturaleza humana”. “Diré que tiene el pesimismo y el optimismo del Cristianismo: pesimismo en la vida, optimismo en el fin de la vida. Pesimismo relativo cristiano, que no es el pesimismo materialista

204 *Hist. Lra. Nac. Esp. en la Edad de Oro*, trad. esp. pág. 614.

205 A. MESSER: *La Filosofía en el s. XIX*, trad. esp. pág. 44.

206 MESSER, *ibid*, 48.

y absoluto de hombres como Schopenhauer y Nietzsche; el que va de un siglo del espíritu a un siglo de las máquinas".²⁰⁷

Hemos creído necesaria la anterior digresión con el fin de que se vea el error en que incurren los que, sin una preparación filosófica mínima pero con gran dosis de fantasía, al tocar esta cuestión comienzan a barajar nombres y conceptos de la manera más descabellada. Farinello, por ejemplo, llega hasta decir que "la filosofía de Gracián es uno de los primeros anillos de la cadena que junta entre sí los grandes pesimistas y llega a Spinoza, Leopardi, Schopenhauer y Hartmann".²⁰⁸ Pero en otra ocasión, afirma algo que es inconjugable con lo anterior: "ningún sentimentalismo lacrimoso afloja (!) y debilita al pesimista de España. Nunca se rinde a la resignación ni al quietismo. No quiere sufrir ni tolerar el turbio destino. No conoce o no quiere conocer el famoso "Entbehren, sollst, entbehren" de Goethe y Beethoven ("De lo que carecer, debes carecer").

Para Borinski, que es el que más documentada y detalladamente ha estudiado el paralelismo entre ambos, la carencia absoluta, en las ideas de Gracián, de todo materialismo dogmático en la concepción de la naturaleza, en su ética concreta e imperativa, es lo que le diferencia del pesimismo sochopenhauriano y de la última cultura contemporánea.²⁰⁹

No podemos resistir la tentación de recoger aquí unos párrafos del ya citado trabajo de Maldonado, por ser lo más pintoresco que sobre Gracián se ha escrito: "Gracián es un positivista pesimista; lo contrario que Schopenhauer (¿Será que éste es un pesimista positivista?); y si a éste se le ha llamado el filósofo de la voluntad, ha sido sólo en virtud de un error, porque sólo puede llamársele el filósofo de la negación de la voluntad. En cambio, al que justamente corresponde aquel dictado es a Gracián, a quien se le puede llamar el pesimista de la voluntad, el positivista pesimista".²¹⁰

Podemos decir, en resumen, que el tan decantado pesimismo gracia-nesco, tan grato a los comentaristas de primera mano y de hojeo, se reduce a bien poca cosa: Gracián señala al hombre unos fines que él sintetiza en la consecución del ser persona y en el logro de la inmortalidad. Tomada esta como punto de referencia, y atalayando desde ahí la vida; ésta tiene que resultar excesivamente amarga y dura, cuando, por sí sola, no consigue salvar, immortalizar, al hombre. Si a Gracián se le quita toda la hojarasca retórica, existente en párrafos como el primero de los citados, veremos

207 *Introduc.* págs. 21-2.

208 *Ob. cit.*, pág. 214.

209 V. MALDONADO: *B. G. como pesimista y político*, pág. 62.

210 *Ob. cit.* pág. 61.

que lo que queda es esto: una gran afirmación de la inmortalidad y de la grandeza del hombre y una consideración peyorativa de la vida; consideración debida a que, utilizando como nervio fundamental la idea de la inmortalidad, y habiendo sostenido que ésta se consigue por el esfuerzo y la disciplina interior y la grandeza exterior, la vida, cuando en último término (dialéctica, no cronológicamente) la trata Gracián, queda reducida a temporalidad (o movilidad, como él dice) en sí y a inseguridad respecto al hombre que la vive, o que la “hace”, usando una terminología más moderna. Es pues una vida la que Gracián ve, hueca, sin contenido; ni fría ni formal, pero desmantelada, sin ideales y sin obras. La vida se presenta como una masa moldeable, tanto para bien como para mal, y el hombre como responsable de ella —que tantas veces la conciencia de la responsabilidad crea la de la propia grandeza. Al hombre le adjudica siempre Gracián un lugar de bienaventuranza, la inmortalidad, aquella a la que sólo llegan los que han sido “personas”. El hombre es así aconsejado a ser persona, piedra blanca y lo largo de la Historia; un forjador de ésta, considerada, al modo de Carlyle, como una biografía de los grandes héroes.

EL HOMBRE EN ACCION

Vamos a estudiar ahora el hombre de Gracián actuando en la vida, en el mundo, cara a su conciencia y a la inmortalidad. Y nos daremos cuenta que Gracián no pretende establecer un conjunto de valores ideales a realizar por el hombre, no trata de dibujar una dogmática, sino que se limita —y esta es acaso su Filosofía y el por qué, ya dentro de la Política se le ha considerado como un maquiavelista— a establecer el reinado del hombre sobre sí mismo y su circunstancia —pues, como ya veremos—, Gracián llama al mundo “circunstancia”. Lo que Gracián pretende es que el hombre se centre sobre sí mismo, porque en ello cree él que reside lo bueno y la raíz de su motivación, viniendo con este inmanentismo a ser su concepción del hombre una energética. Con Gracián “la ciencia del alma ha dado un gran paso”, dice Romera Navarro, y lo explica diciendo: “de la psicología clásica hemos pasado, con Gracián, a la psicología moderna, analítica, experimental. . . Y como estudia al hombre con más interés que simpatía, y no hay venda en sus ojos: vé claro y sin pasión”.²¹¹ Todo lo puede realizar el hombre, viene a decir Gracián, todo lo que se proponga con tal que esté armado; es decir, con tal que no se deje arrastrar por la malicia. Su varón moral es ante todo eso, perspicaz y fuerte. Y esta perspicacia y esta fortaleza ha de subordinarlas al logro de su inmortalidad,

211 *Introd.* pág. 20.

que es la razón de su vida; y esta inmortalidad es solo, a su vez, la recompensa de una vida aprovechada, lograda, merced a dos facultades, el genio y el ingenio, y a los valores incorporados al alma que le dan impulso y aptitud: las eminencias. Así es como el hombre consigue durante su vida ser persona y, después de ella, inmortal.

A lo largo de *El Discreto* nos encontramos, de repente, con esta afirmación: "No vive vida de hombre sino el que sabe".²¹² La vida humana es toda una ciencia, todo un cálculo, toda una experiencia y toda una sabiduría. ¿En qué consiste ese saber? En dos cosas: una sabia elección y un saber hacerse estimar por los demás las propias eminencias. "Todo el saber humano... se reduce hoy al acierto de una sabia elección. Poco o nada se inventa... Allá en la edad de oro se inventaba; añadióse después, ya todo es repetir... Ya no queda más que hacer, sino elegir. Vívase de elección, uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado a pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio".²¹³ La edad de Oro no nos interesa aquí: es la del hombre natural, que todo lo inventaba porque, como dirá luego Rousseau, no era perfectible; es decir, con una terminología moderna, no tenía historicidad.

"Ella (la elección) es el complemento de la perfección, origen del acierto, sello de la felicidad".²¹⁴

La otra faceta de la sabiduría del hombre es el saber hacerse estimar las propias eminencias: "saber vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla, y aun aumentarla con el deseo".²¹⁵ En este punto, Gracián nos remite a los *Avisos al varón atento*, obra que no llegó a publicar. Por tanto: por un lado, saber elegir, saber encontrar lo que la vida nos ofrece; por otro, saber hacerse estimar de los demás, lo que uno tenga de valioso.

En cuanto el hombre no es "entendido", sinónimo de sabio, en Gracián, se convierte en "vulgo". Este no es más que "una sinagoga de ignorantes presumidos... que hablan más de las cosas, cuanto menos las entienden".²¹⁶ De dos tipos se compone el tal vulgo, locos y necios. Los primeros tienen cura, "pero la necedad no la tiene ni ha habido jamás hombre que curase de tonto".²¹⁷ Esta diferenciación que hace Gracián es muy interesante, porque él es la sabiduría, junto con la agudeza, que constituyen la prudencia, suma de perfección del varón discreto.

212 *Discreto*, 186.

213 *Discreto*, 103.

214 *Discreto*, 203.

215 *Discreto*, 210.

216 *Crit.* II, V, 178.

217 *Crit.* II, V, 182.

GENIO E INGENIO

Pero ¿qué es lo que dá la sabiduría? El genio y el ingenio, conjuntamente. “Ingenio —dice Pfandl— equivale a aquella refinada espiritualidad que reúne en sí misma la fuerza, la osadía y la agilidad de inteligencia, la finura de la gracia, la agudeza de la ironía, el juicioso examen de las flaquezas de los demás, la prontitud en la réplica y el buen gusto... Este concepto de ingenio no es el orgullo de saber del Renacimiento humanista, sino el del talento arbitrariamente barroco, basado en sí mismo”.²¹⁸ En cambio el genio es la genial inclinación, la genial felicidad, algo como milagroso que reviste al ingenio y le da empaque, un don, la “gracia” de una inteligencia. “En el microcosmos humano, el ingenio es lo mismo que el sol para el mundo. El genio es un don singular que muestra su eficacia en ciertas aptitudes, p. ej., en la elocuencia arrebatadora o en el arte de versificar con fluidez; el ingenio, en cambio, es... la fuerza natural del entendimiento, según Covarrubias, que comunica el don de dominar diversas cosas sintéticamente y de animarlas con la centella del espíritu”.²¹⁹ El genio y el ingenio dice Gracián que son Atlante y Alcides, respectivamente. El ingenio “es una ventaja en el entender”, el genio lo es “del ser”.²²⁰ El genio nace de esta “sublime naturaleza”; “supone la sazón del temperamento para la mayor alteza del ánimo”.²²¹ Pero ambos deben ir estrechamente unidos: “plausible fué siempre lo entendido (o sea el ingenio), pero infeliz (!) sin el realce de una agradable genial inclinación; al contrario, la misma especiosidad del ingenio hace más censurable la falta de ingenio”.²²²

PRENDAS Y EMINENCIAS

Ahora bien, el hombre no solo ha de tener genio e ingenio, sino poseer “prendas” y alcanzar “eminencias”. Las prendas forman, en conjunto, lo que en *El Discreto* llama Gracián “capacidad”, y en *El Héroe*, “caudal”. Las prendas, o “primores” —otra palabra muy de Gracián, también—, se encuentran enumeradas a lo largo del *Héroe*. He conseguido aislar las siguientes: el “corazón” —mezcla de sensibilidad y voluntad—, el gusto, el despejo, el natural imperio, la simpatía y el entendimiento.

El entendimiento es la prenda capital, y se adecúa de otras dos: fondo de juicio y elevación del ingenio.²²³ Este ingenio, por cierto, ha de entenderse

218 PFANDL, *ob. cit.*, pág. 265.

219 PFANDL, *ibid.*

220 *Discreto*, 168.

221 *Discreto*, 169.

222 *Discreto*, 167.

223 *Héroe*, 130-1.

como ingeniosidad, habilidad dialéctica, agilidad intelectual. El corazón ha de acompañar al entendimiento, porque “no brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos, como soliza (si así puede decirse de un sol) un augusto corazón en medio de las violencias de un riesgo”.²²⁴

“Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones le tiemblan”. Como vemos, este gusto es no sólo sensibilidad, sino también un cierto espíritu crítico; se refiere a las cosas bellas, y en tanto en cuanto gustan, se estiman. Por eso recomienda Gracián un gusto de selección, para que la estimación consiguiente sea de acuerdo con la cosa por sí. Y por eso dice: “merezca cada cosa la estimación por sí, no por sobornos del gusto”.²²⁵

El natural imperio es una prenda “sutil”, un “señorío innato, una secreta fuerza... que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión”.²²⁶ Las razones de quien lo posee ‘tienen un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz’. “Dista mucho de una mentida gravedad, de un afectado encono”.²²⁷ Es, ni más ni menos, lo que se suele llamar “autoridad”, o, también, “respetabilidad”.

Otra de las prendas es la simpatía. “Consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía es un divorcio de las voluntades. Son prodigios de la simpatía los que la común ignorancia reduce a hechizos y la vulgaridad a encantos”.²²⁸

No puede expresarse más gráfica y bellamente en lo que consiste. “Persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere”.²²⁹

De intento hemos dejado para el final al despejo. Es la prenda culminante. Es muy difícil fijarla conceptualmente. Al francés se la ha traducido por “el yo no se qué”. Gracián intenta explicarla así: “es un realce de los mismos realces y es una belleza formal. Las demás prendas adornan la naturaleza; pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfección de la misma perfección”.²³⁰ “Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer, hasta en el discurrir”, “tiene de innato lo más”. “Por robador del gusto le llamaron garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo alentado, brío; por lo galán, despejo; por lo fácil, desenfado. Que todos estos nombres le han buscado el deseo

224 *Héroe*, 134.

225 *Héroe*, 137.

226 *Héroe*, 154.

227 *Héroe*, 155.

228 *Héroe*, 152.

229 *Héroe*, 152.

230 *Oráculo*, máxima 127, pág. 54.

y la dificultad de declararle”. Y sigue Gracián: “agravio se le hace en confundirle con la facilidad; déjala muy atrás y adelántase a bizarría. Bien que todo despejo supone “desembarazo”, pero añade perfección”. Esta es el alma de toda prenda, calidad de las prendas mismas, algo así como la solera” de los vinos. Es “la vida de las prendas”; sin él “toda belleza es muerta; toda gracia, desgracia; es transcendental al valor, a la discreción, a la prudencia, a la misma majestad”.

Cuando la prenda se refina, el hombre se hace estimable por su eminencia. Así como en una cosa bella el gusto estima su valor, en un héroe —que viene a ser en Gracián un genio, un héroe intelectual— el gusto estima sus eminencias. Es decir: se crea, por las prendas; se es estimado, por las eminencias. Son dos caras distintas: la productora es la prenda; la que ven los demás, es la eminencia. En tanto que hombre de prendas es el héroe eminente.

La eminencia es lo que los demás ven de valioso en nosotros, el valor que nos ven incorporado. Por eso dice Gracián que “la eminencia es imán de voluntades, es hechizo del afecto”. Por eso recomienda Gracián que “anhele a ella el varón raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad”.

Cuando la prenda o eminencia logre realizar, corporeizar, encarnar el valor, el hombre de eminencias adviene hombre de perfecciones. Gracián no es relativista ni subjetivista en punto a valores, a perfecciones, sino que distingue perfectamente a éstas de la estimación en que se tienen. Ello es precisamente lo que caracteriza su cualidad de seres ideales, que no depende de la estimación, pues debiendo ser estimadas, pueden, a veces, no serlo. Por eso, quejándose de la desestima en que ha caído lo valioso, dice: “lo que ayer fué un pasmo, hoy viene a ser desprecio, no porque haya perdido de su perfección, sino de nuestra estimación”.²³¹

En resumen, cuando los valores son estimados por los hombres y realizados, a virtud de sus prendas, positivamente, se transforman en perfecciones, y a virtud de esto se logra por el hombre que sus prendas sean estimadas como eminencias.

EL ZAHORI

¿Y qué se consigue merced a todas esas prendas y eminencias? Dos cosas, la verdadera ciencia y el señorío de sí mismo. Estas son las dos intencionalidades del hombre auténtico, según Gracián. El en qué consiste ese hombre auténtico lo describe Gracián en dos obras, el *Oráculo* y *El*

231 *Crit.* I, III, 129.

Discreto. Pero el hombre auténtico en sí, es aquello: un zahorí y un dueño de sí mismo.

El Zahorí es un personaje que aparece múltiples veces en la obra de Gracián, viniendo a ser como aquel que ve, más allá de lo superficial, las intenciones, "los corazones dé todos, aún los más cerrados, como si fuesen de cristal. . . que todos para mí llevan el alma en la palma". Dice el Zahorí: "descubrimos cuanto pasa allá en las ensenadas de una interioridad, acullá dentro en el fondo de las intenciones. . . brujuleamos por el semblante lo más delicado del pensar". "Yo llego a ver la misma sustancia de las cosas en una ojeada". "Yo conozco luego si hay sustancia en un sujeto, mido el fondo que tiene, descubro lo que tira y donde alcanza, hasta donde se extiende la esfera de su actividad, donde llega su saber y su entender, cuánto ahonda su prudencia".²³²

SEÑORIO DE SI MISMO

La otra característica del hombre auténtico es el señorío de sí mismo. Es al que Gracián llama "el señorío verdadero", y "no consiste en mandar a otros sino a sí mismo. ¿Qué importa sujete uno a todo el mundo, si él no sujeta a la razón? Y por la mayor parte, los que son señores de más, suelen serlo menos de sí mismos. Y tal vez el que más manda se desmanda".²³³ "Que no hay en el mundo señorío como la libertad del corazón".²³⁴ ¡La libertad del corazón! y es un jesuíta quien lo afirma.

Este enseñorearse a sí mismo es descubrirse, es comprenderse, vá a decir en el *Héroe*. Y este señorío de sí mismo, surgido de la comprensión es selectividad: "mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necedad ajena".²³⁵ Porque, ya lo hemos dicho anteriormente, "no hay perfección donde no hay elección", y el hombre tiene que elegir para "acertar". ¡Acertar! Es este un concepto clave en la concepción gracianesca. Es también una preocupación de una edad de decadencia: es el *desacierto* que trae la meditación sobre el mejor modo de "acertar". Al tratar de la conducta y sus normas veremos la finalidad de ese acierto.

En fin, ese es el hombre de Gracián, el hombre rey de sí mismo.²³⁶ Ese reinado es la razón de su grandeza, de su fama y de su inmortalidad. La grandeza es propia, la fama se la adjudican y la inmortalidad, resultado de ambas, es un premio que consigue gracias a su esfuerzo. Téngase en

232 *Crit.* III, V, 157-8.

233 *Crit.* II, XIII, 363.

234 *Crit.* II, XIII, 364.

235 *Crit.*

236 *Crit.* II, XII, 355.

cuenta, a este respecto, que en Gracián reputación y fama son términos sinónimos. La grandeza se consigue por la emulación, de sí mismo y de los demás, “con la emulación, la grandeza, y con la grandeza, la fama”.

Ahora bien, la fama que debe preferir y buscar el hombre, la de los entendidos, la de los agudos, es inestable y falsa, sobre todo falsa. La inestabilidad es, en Gracián, casi un correlato de la fama, por eso dice que “es... treta, tanto de águila como de fenix, el renovar la grandeza, el remozar la fama y volver a renacer al aplauso”.²³⁷

LA MORAL

Nos toca ahora analizar qué concepto tiene Gracián de lo que la Moral exige y de lo que significa para el hombre, para poder filiar más tarde dentro del pensamiento moral, su concepción del hombre desde el punto de vista ético.

LA CONDUCTA

En primer lugar, analizaremos lo que para Gracián es la conducta, y después los consejos que dicta a la conducta, como sus principios determinativos.

Los supuestos de la conducta —deducidos de todo lo precedente— son el juicio propio, el trato y la entereza; por eso recomienda al hombre que en su conducta “muestre ser persona en todo, en sus dichos y en sus hechos, procediendo con gravedad apacible, hablando con madurez tratable, obrando con entereza cortés, viviendo con atención en todo”.²³⁸ Esto es lo que Gracián exige al hombre para que su conducta responda a su personalidad y aun constituya su personalidad misma. Y decimos que constituye su personalidad porque para Gracián la conducta es una polarización del hombre en la vida, no un hacer más, no una ocupación más de su ser, sino algo en que el ser se concentra y expande y a través del cual —de la conducta— se deviene y personaliza. Personalidad. Este es el fin humano en la vida, y esa personalidad no es en él una idea estática, sino toda la vida en función: el hombre, en tanto que viva, debe ser personalidad, y ser personalidad significa acción y potenciación de sí mismo, impulso y realización. Su moral es emulación de sí mismo y de los demás, diríjese a los demás, para reinar sobre ellos por sus propios actos. Lo que el hombre realice no es una obra, con entidad propia —con objetividad—, sino acción, no separable de la individualidad misma que se realiza a través de ella, ni con más sentido que el de ser expresión y definición de una personalidad;

237 *Crit.* III, V, 155-6.

238 *Crit.* II, I, 47.

a través de la acción la personalidad se expresa y exalta: por eso es acción la personalidad y sólo por la acción se logra, no por la contemplación.

Juicio propio, trato y entereza: tres cualidades de la conducta personal. Juicio propio significa autonomía decisoria; trato, quiere decir una vivencia de los demás, para contar con ellos en la decisión propia y que ésta pueda llegar a determinarlos; entereza quiere significar unicidad de la personalidad, como meta y como exigencia, a la vez, de la acción. A esto llama Gracián vivir con atención en todo, porque del juicio propio deriva gravedad, del trato se sigue madurez y de la entereza resulta el acento propio, la originalidad.

Todo ello requiere el hombre para poder vivir; porque vivir, ya nos lo ha dicho, es estar armado, alerta, vigilante: la vida, considerada inmanentemente —o sea, como individualidad poderosa y libre—, es tensión ante nosotros mismos (ante el tribunal de nuestra personalidad, que es también conciencia moral) y ante los demás. Que “para poder vivir es menester armarse un hombre de pies a cabeza”.

LA VOLUNTAD

El brazo ejecutor de la conducta es la voluntad. Es el más poderoso instrumento y la clave de la personalidad misma.” ¿Ves todos aquellos ciegos nudos, que echa la voluntad con un sí? Pues todos los vuelve a deshacer con un nó. Todo está en que ella quiera”.²³⁹ La voluntad, por ser instrumento de la personalidad, es la que ha de adecuar la inteligencia a sus fines; en ello consiste la prudencia, en tener esa voluntad flexible y conjugadora.

Pero la voluntad, como ya adelantamos más arriba, hay que cautelarla, para dejarla incógnita de los demás, pues en cuanto ellos la conozcan, la determinarán. No es que Gracián quiera encubrir sistemáticamente la voluntad; es que piensa que conocimiento y determinación van tan inseparablemente unidos, como pilastras que son de la personalidad, que cree que conocer, o, como él dice, “penetrar la voluntad ajena”, es ya determinarla, y en tanto que determinada, la voluntad deja de ser propia y el hombre, persona, para ser aquella delegada y éste, instrumento. Por ello recomienda Gracián por boca del centauro: “no tienes que temer, que cautelararte sí”.²⁴⁰ La voluntad es cifra de la personalidad, por eso el hombre ha de procurar sacramentarla: “sacramentar una voluntad es soberanía”, y que “arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena y concluye

239 *Crit. I, X, 313.*

240 *Crit. I, VI, 190.*

superioridad saber celar la propia”; por eso se debe procurar “que ninguna contratreta aciérte a descifrar (tu) voluntad”, aunque haya que solapar las pasiones.²⁴¹ Queriendo es como se puede ser: “todo lo vence una resolución gallarda”.²⁴²

LA VIRTUD

En este momento —dialéctico— se le aparece a Gracián un elemento que había tenido un poco arrinconado: la virtud. Hay un indudable influjo senquista en Gracián que no responde a su concepción ni encaja bien dentro de ella. La virtud no viene a ser el bien, lo valioso visto subjetivamente, sino una como cualidad, un valor formal, de lo humano. Es algo semejante a lo noble, un sello especial que lo humano adquiere cuando es bueno por ser libremente individual, no por ser bueno en sí, como resultado. Es realce de sus prendas y perfección de sus bienes: “es bien propio del hombre, nadie se la puede repetir. Todo es nada sin ella y ella lo es todo. Los demás bienes son de burlas, ella sola es de veras. Es alma del alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones y perfección de todo el ser; centro es de la felicidad, trono de la honra, gozo de la vida, satisfacción de la conciencia, respiración del alma, banquete de las potencias, fuente del contento, manantial de la alegría. Es rara porque es dificultosa y, donde quiera que se halla, es hermosa y por eso es tan estimada”.²⁴³ A veces se ha falsificado, pero “la virtud sólida y perfecta es la que puede salir a vistas del cielo y de la tierra. Es la que vale y dura, que es tenida por clara y por eterna”. De modo distinto que Maquiavelo, la virtud en Gracián es un cierto modo de ser, no una energía, y como valor formal, es omnicomprendiva, es “cadena de todas las perfecciones” y centro de las felicidades”.²⁴⁴

FORTUNA Y FAVOR

El otro supuesto de la conducta es la fortuna y el favor o ventura. No están muy claros estos conceptos en Gracián, y Romera Navarro se apresura a explicar, contra los que alegan que concede a la fortuna un papel decisivo, que el triunfo del hombre depende juntamente del mérito y la fortuna, y que esa “fortuna no es otra cosa que la Suma Providencia”. El por qué no lo explica Romera, pero nos parece que habría de suponerse que o bien la Providencia concede la fortuna en premio al mérito, lo cual

241 *Crit.* II, VIII, 255.

242 *Ibid.*

243 *Crit.* II, VII, 224-225.

244 *Crit.* II, VIII, 254-255.

no sería una interpretación propia ni del realista ni del religioso Gracián, pues en ese caso la Providencia vendría a amparar solo al privilegiado; o bien el hombre se ve recompensado providencialmente sin tener en cuenta su mérito. En todo caso, Romera Navarro no ha hecho sino dar a la fortuna el nombre de Providencia. Pero ¿cómo puede la providencia ir separada de la Gracia?, ¿cómo puede tomar a su cuidado la protección terrenal del individuo? La Providencia es un instrumento de salvación, no es de este mundo. Por qué no confesar que Gracián ha tratado de secularizar y terrenalizar la doctrina de la salvación por las obras de la Contrarreforma española? Aquí es donde podría encontrarse una raíz maquiavelista. No es que Gracián se adhiera a todos y cada uno de los principios y valores de Maquiavelo, sino que toma el mismo ángulo de planteamiento, e idéntico método en la resolución de sus problemas morales. El mundo ha restablecido sus fueros e impuesto sus valores en los últimos dos siglos, y Gracián, pues, trata, lo mismo que los jesuitas lo habían hecho en la vida social, de justificar la vida mundanalmente y el hombre en ella, con métodos y valores laicos en armonía y paralelismo con sus principios religiosos. La Moral se ha independizado de la Religión porque el Mundo y el Individuo, héroe o discreto, han venido formando una barrera entre ambas, hasta que finalmente las han separado en dos compartimientos estancos. Desde la mundanal orilla, Gracián está tan solo tratando de aplicar los principios de su educación religiosa. ¿Con qué éxito? Acaso la clave de su gloria sea, no su lograda aplicación, sino lo hercúleo de su esfuerzo.

Afinando un poco más, podría decirse que la "fortuna" es empleada en su sentido maquiavelista, como conjunto de "capacidad" y "suerte" y que la ventura es la suerte en sí, un palo de ciego que no se sabe a quien irá dirigido ni cómo merecerlo, algo casual. Acaso sea en *El Criticón* donde esa concepción aparece más claramente; se dice allí cómo la fortuna debe acompañar siempre a todo lo bueno, pero que son los mismos hombres quienes la distribuyen imperfectamente y favorecen al que no lo merece, haciendo ir a la fortuna al revés: "creedme que en los mismos hombres está el mal".²⁴⁵

Esta concepción, empero, desaparece en *El Héroe*, viniendo aquí a ser la fortuna "aquella gran madre de contingencia, y gran hija de la Suprema Providencia, asistente siempre a sus causas, ya queriendo, ya permitiendo. Ella, junto con el valor, son "ejes ambos de una heroicidad".

El hombre tendrá que aprovechar su fortuna cuando esta llame a sus puertas —"conocer su estrella"—, recomienda Gracián. "Ninguno tan

²⁴⁵ *Crit.* II, VI, 212.

desvalido que no la tenga, y si es desdichado es por no conocerla. Tienen unos cabida con príncipes y poderosos, sin saber cómo ni por qué, sino que su misma suerte les facilitó el favor; sólo queda aún para la industria el ayudarla; baraja como y cuanto quiere la suerte; conozca la suya cada uno, así como su Minerva, que va el perderse o el ganarse; sépala seguir y ayudar; no las trueque”.²⁴⁶

Esta concepción de la fortuna en Gracián se pone más de manifiesto cuando la enfrentamos con el Favor o Ventura. Mientras la fortuna es una dádiva providencial que el hombre tiene que conseguir por medio de trabajos, y que tiene que conseguir en tanto en cuanto tenga, ante todo, “estrella”, el favor es una dádiva repartida a voleo, que nadie sabe en quién y por qué caerá. “Tener lunar o estrella. Todo es risa lo demás. Al fin, ella se dará maña como yo sea grande o lo parezca: que todo es uno”.²⁴⁷ En cambio, el Favor, “primer ministro de la Fortuna y muy su confidente... alargaba la mano a quien se le antojaba... (y) siempre escogía lo peor”.²⁴⁸

Hay una interpretación bastante aguda de Romera Navarro sobre el particular que es digna de mención.²⁴⁹ Asociando la sagacidad de Gracián en el examen del individuo en acción con su capacidad de penetración en los males de la época, Romera Navarro, aunque sin explicarlo detalladamente, dice que aquel parece ver en la circunstancia histórica una delimitación de las posibilidades que la fortuna ofrece al individuo. Esto, según cree, se debe a que Gracián “vivió en un período de prueba para la sagacidad de un escritor nacional. España está cerca de la cumbre: ¿ascendía aún, descendía ya?... Y vió con luz plenísima, actuó de gran maestro de aquellos españoles de su tiempo, ya en el período de la decadencia, enseñándoles lo que más falta les hacía...: la confianza en uno mismo, la discreta audacia y el imperio de la voluntad enérgica”, sobre la fortuna, naturalmente.

LA TRETA

Tócanos ahora exponer los conceptos más discutidos de Gracián y los que más han hecho, a lectores de primera mano, derivar conclusiones nada favorables a nuestro autor: la mentira, la afectación, el disimulo y el engaño, polarizados por el concepto de “treta”, han originado la creencia de que Gracián predicaba la simulación y el fingimiento, bien a usanza

246 *Orác.* max. 196, pág. 83.

247 *Crit.* II, VI, 203.

248 *Crit.* II, VI, 208.

249 *Introd.* pág. 20.

maquiavélica, bien a usanza jesuítica. Ni siquiera se ha tenido en cuenta lo que significaban ambos concepto, pues mientras maquiavelismo quiere decir inmanencia del poder, afán de poder por el poder en sí, con fines determinados por la misma trama del poder, el jesuitismo suponía poder por su fin, sea como fuere, pues en tanto que orientado hacia ese fin —fin en sentido de resultado— el poder se legitima, únicamente por su fin. Por eso mientras el maquiavelismo es vitalizante, el jesuitismo es disciplinante, y la sumisión ciega y firme del jesuíta a su Orden, responde a una consideración finalista de ésta, pues en tanto que ella es al mismo tiempo voluntad pura, es ya en sí un conjunto de resultados. A este respecto responde Gracián con una frase muy olvidada por casi todos sus comentaristas, cuyo antecedente se halla en el Eclesiastés:²⁵⁰ “nunca pongo la mira en los principios, sino en los fines”.²⁵¹ ¿Qué quiere decir con la palabra “principios”? Dos cosas puede significar: comienzos o normas rectoras de la conducta. Yo me inclino a creer que esto último, por eso sostengo que su tipología moral corresponde a la del jesuíta. No es la intencionalidad que preside el querer la que valoriza la acción, sino que es el resultado, el logro obtenido con la acción misma, lo que califica a la acción. Los principios son el instrumental que pone a la acción en marcha; la voluntad es pura, sin principios, vital y poderosa —en Gracián la virtud viene a ser, en mi opinión, el correlato de la virtud de Maquiavelo. Esa voluntad no tiene de por sí principios, normas, porque como estos son sola y puramente medios, no valen sino en función de los fines que logran. No legitimaciones, sino justificaciones, es lo que ha de exigirse de la humana conducta; no buenas intenciones, sino perfectos resultados.

Y claro está que cuando la acción se justifica de esta manera, resulta lícito emplear para su consecución incluso el disfraz. Si la personalidad es acción y no intimidad, todo lo que a la acción sirva puede ser empleado; en cambio, si la personalidad fuese intimidad, tendría como exigencia de sí misma la sinceridad de la propia conducta.

Así vemos que toda la crisis VII de la segunda parte de *El Criticón* es una alabanza de la simulación, puesta en boca del Ermitaño. Porque aquí, en la vida y en el mundo, “más importa el parecer que el ser . . . más valen testos que testa”;²⁵² “porque los más en el mundo no conocen ni examinan lo que cada uno es, sino lo que parece”.²⁵³ Parecer es lo primero y el primor: “unas cosas hay que ni son ni lo parecen, y esta es ya necesidad: que aunque no sea de ley, procure parecerlo; otras hay que son y

250 VII, 9.

251 *Crit.* I, X, 310.

252 *Loc. cit.*, pág. 238.

253 *Ibid.*, pág. 240.

lo parecen, y eso no es mucho. Otras que son y no parecen y esa es la sumanecedad. Pero el gran primor es no ser y parecerlo. Eso sí que es saber. Cobrad opinión y conservarla, que es fácil”.²⁵⁴ El hacer parecer las cosas es, según Gracián, el arte de las artes; y a aquel que lo consigue le llama Gracián un “alterutrum”: “una gran cifra que abrevia el mundo entero, todo muy al contrario de lo que parece”.²⁵⁵

Esta es la hipocresía que predica Gracián. Sus manifestaciones corren a lo largo de toda su obra: “antes loco con todos que cuerdo a solas, dicen los políticos. Que si todos lo son, con ninguno perderá, y si es sola la cordura, será tenida por locura; tanto importará seguir la corriente: es el mayor saber, a veces, no saber, o afectar no saber. Háse de vivir con los otros, y los ignorantes son los más. Para vivir a solas ha de tener, o mucho de Dios, o todo de bestia; mas yo moderaría el refrán, diciendo: antes cuerdo con los demás, que loco a solas”.²⁵⁶ “Vivir a lo práctico . . . Acomódese el cuerdo a lo presente, aunque le parezca mejor lo pasado. Viva el discreto como pueda, si no como querría. Tenga por mejor lo que le concedió la suerte que lo que le ha negado”.²⁵⁷ El hombre, al exterior, ha de concordarse con los más: “sentir con los menos y hablar con los más”.²⁵⁸

¿Para qué se disfraza el hombre? Porque “quien supo disimular supo reinar”.²⁵⁹ Esta es la clave: reinar; reinar a costa de lo que sea; ese es el secreto de la inmortalidad. Y “cuando no puede uno vestirse la piel del león, vístase la de la vulpeja”.²⁶⁰

“Saber y saberlo mostrar es saber dos veces . . . ¿Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece”?²⁶¹ Aquí tenemos un concepto muy claro, “aprovechar”; sólo en tanto que sirve de provecho es una cosa relevante, aunque tenga que parecerlo; que “consiste el mayor primor en un arte en desmentirlo, y el mayor artificio, en encubrirlo con otro mayor”. Afectar, siempre afectar en tanto que la personalidad pueda ganar con ello. Que el hombre se valga de “tretas”, si es preciso: que se permita “algún venial desliz que roa la envidia y distraiga la emulación”.²⁶² Todo con tal de triunfar. Para algo ha de tener el hombre “maña”: “guardáos de su malicia”,²⁶³ que el hombre usa treta y engaño —ese engaño del que

254 *Crit.* II, VII, 235.

255 *Crit.* III, IV, 131.

256 *Oráculo*, máxima 133, pág. 56-7.

257 *Oráculo*, máxima 120, pág. 51.

258 *Oráculo*, máxima 43, pág. 20.

259 *Discreto*, pág. 177.

260 *Orác. máx.* 220, pág. 94.

261 *Discreto*, pág. 217-8.

262 *Discreto*, 217-8.

263 *Héroe*, 162.

dice Gracián que “su madre es la mentira y el Sí y el No sus dos meninos”.²⁶⁴

Tal es la teoría moral de Gracián vista de cara a sus supuestos. Sus principios rectores los estudiaremos enseguida; pero, como ya hemos dicho, estos principios quedan completamente subordinados a los resultados que el hombre obtenga, en la medida en que estos sirvan a su personalidad. Por eso no podemos decir que Gracián establece auténticos principios morales, valores desligados de la vida y hacia los que la vida tienda como finalidad suya. Al estudiar al hombre hablamos de eminencias; esto es lo que en el lenguaje conceptual de Gracián se corresponde con las virtudes cristianas, pero ya hemos dicho que esas eminencias son valores incorporados al individuo que él ha de lograr convertir en perfecciones; pero lo bueno en sí queda siempre subordinado en Gracián por una idea permanente: inmortalidad como logro y personalidad como medio. Veamos ahora cuáles son esos principios prácticos que Gracián da al hombre, y que no tienen más valor que el de soluciones esquemáticas en serie; una suerte de pequeñas recetas cuyo fin es dar al prudente un instrumento de resolución, que siempre ha de completar y acentuar individualmente. Este es el único carácter que tienen, porque, en realidad, los consejos, no normas, que Gracián da al individuo ante la engañosidad de la vida son dos: una, objetiva, o mejor, social, es hacer parecer; el otro, subjetivo, es precaverse contra la apariencia engañosa, ser “todo ojos”. Como dice Borinski, saber prever y saber esperar: como varón discreto se percata de la vanidad, la debilidad, la malicia de los infelices mortales que ha escogido para sus fines; como varón atento sabe esperar para aprovecharse de ellos: “Piense, medite, cavile, ahonde y pondere, vuelva una y otra vez a repasar y repensar las cosas. Consulte lo que ha de decir y mucho más lo que ha de obrar. Así que su rumiar ha de ser repensar, viviendo del reconsejo muy a lo racional y discursivo”.²⁶⁵

PRINCIPIOS DE CONDUCTA

Nos toca considerar ahora lo que pudiéramos llamar consejos prácticos, aplicativos a la conducta en cada una de sus acciones y realizaciones; pues siendo en Gracián la conducta el eje de lo moral, en tanto que acción es realización. La contemplación de los valores morales, por sí sola, no es buena. La recta intención y la recta intuición estimativa no son más que inspiradoras, motivos del acto moral. Otra vez el dilema de la Contrarreforma

264 *Crit.* I, VIII, 261.

265 *Crit.* III, VI, 176.

entre la conciencia y la obra, de las que sólo la última puede ser intrínsecamente moral. El hombre-argos, el varón atento que ante la contemplación de sí mismo y de los demás se decide a actuar para personalizarse, tiene como motor de sus actos y como resultado de los mismos a la prudencia = experiencia. He ahí el concepto clave para el hombre en acción. Es la prudencia “madre de la buena dicha”, y “consiste esta nunca asaz encarecida prenda, en dos facultades eminentes: prontitud en la inteligencia y madurez en el juicio; precede la comprensión a la resolución, y la inteligencia, aurora es la prudencia . . . , sin la cual, ni el empleo, ni el ejercicio, saca jamás maestros”.²⁶⁶

Veamos, pues, en qué consiste la prudencia, pues tal es el significado de los consejos dados en el *Oráculo*, principalmente para que el hombre se desenvuelva individualmente dentro de la sociedad.

Ello nos lleva, primero, a una de las cuestiones más interesantes que su concepción plantea, a saber: qué clase de normas son esos consejos contenidos en el *Oráculo*. Se ha dicho por casi todos los autores que de Gracián se han ocupado, que se trataba de normas políticas, aplicables al político en sus actos.

Romera Navarro,²⁶⁷ en cambio, cree que “la mayoría son las propias de la moral prudencia”; son “reglas para triunfar en el mundo”. Por eso, “algunas son egoístas y cautelosas, como el vivir práctico demanda.” Gracián “no se dirige a contemplativos” sino “a criaturas de carne y hueso entregadas a la batalla de la existencia. Mira a la conveniencia, y no al sacrificio . . . No es idealista, no es sentimentalista. No aspira a adoc-trinar sólo en la virtud. Aspira a dar consejos prácticos del vivir como un padre experimentado”. “Es menester gran tiento con los que se ahogan, para acudir al remedio sin peligro”.²⁶⁸ “Las virtudes del caballero, concluye Romera Navarro, no son de estos tiempos, ni del tiempo de Gracián . . . Habla a los hombres en el lenguaje que ellos entienden, el de la utilidad”.²⁶⁹

Para demostrar la intención moralizante de Gracián, Romera Navarro contrapone al consejo “el comentario que suele acompañar (le)”; así, cuando aconseja usar de la cuerda audacia para dar alcance a la ventura, observa que “bien filosofado, no hay otro arbitrio sino el de la virtud y la intención”;²⁷⁰ al recomendar el “vivir a lo práctico” y acomodarse a lo presente “aunque parezca mejor lo pasado”, aclara que “sólo en la bondad

266 *Político*, 181.

267 *Introd.* págs. 22-3.

268 *Orác.*, tomo I, pág. 455a. Madrid, 1664.

269 *Rom. ob. cit.*, loc. cit.

270 *Orác.* loc. cit., pág. 453.

no vale esta regla de vivir, que siempre se ha de practicar la virtud";²⁷¹ y cuando exhorta a que "guste más que dependan de él muchos, que no depender él de uno,"²⁷² explica que "no tiene otra comodidad el mando sino el poder hacer más bien".²⁷³ "De esta manera —dice Romera Navarro— precede constantemente el consejo inspirado en la experiencia del mundo al comentario fundado en la impecable moral".²⁷⁴

La explicación es, ciertamente, ingeniosa y, hasta cierto punto correcta. Debe de tenerse en cuenta que el *Oráculo* es un resumen de la obra gracianista para un fin especial, la conducta ante el mundo. Romera Navarro quizás peca, llevado del ardor de reivindicar al Gracián moralista puro, al rechazar al Gracián preceptor social. Porque lo que nuestro autor trata de hacer con el *Oráculo* es dar normas a la conducta en sociedad, normas sociales. Son como la culminación deductiva y a posteriori de su doctrina de la personalidad y de su concepto del hombre, y, al mismo tiempo, están referidas a la conducta que ha de observar respecto a y en vista de los demás. Es el "yo" frente al "tú" en el plano de lo social, de que Spranger hablará mucho después, que es afectado por aquellas normas. El yo social es toda una esfera del yo; y toda una expresión de la "unidad y totalidad de la vida", que es el hombre según Krause. Es, como dice Ortega y Gasset, lo que marca la transición del hombre persona al hombre personaje, realizador de esa vida objetivada —desvitalizada, en cuanto que la vida misma es concreción y momento— que es y rige la norma social; normas sociales que son invitaciones, según Stammler, consejos, desprovistos de sanción —en opinión de Kelsen—, dados a la conducta humana.

Romera Navarro,²⁷⁵ recomienda que se mantengan bien diferenciados en la obra de Gracián los aforismos de las máximas, pues "un aforismo, que señala una cualidad o un hecho de la naturaleza humana, está en su filosófica universalidad sobre las variaciones de estados y circunstancias; (mientras que) una máxima, que es guía de la conducta, que indica un camino de acción, tiene su aplicación limitada según el caso, el individuo y sus circunstancias". La diferenciación que hace Romera Navarro resulta bastante vaga, porque ¿cuáles son esas circunstancias, la "ocasión", la "posición social", la fuerza del antagonista? No lo especifica nuestro crítico; pero oigámosle un poco más: "téngase en cuenta que Gracián ha cubierto en sus dos formas, filosófica y práctica, todos los estados de los hombres y

271 *Ibid.* 474.

272 *Ibid.* 510.

273 *Ibid.* 513.

274 *Ob. cit.*, pág. 24.

275 *Ob. cit.*, pág. 25-6.

casi todas las situaciones de la vida, que tal máxima va enderezada al gran señor, y tal otra al hombre común; sus vidas no son paralelas, sus casos son diversos, su curso de acción distinto; distintas, pues, han de ser las reglas de acción que a cada uno de ellos convienen". No, Romera Navarro, en nuestra opinión, se ha dejado llevar de un relativismo que hubiera escandalizado al menos ortodoxo Gracián. Difícil nos parece que nuestro autor hubiera podido nunca pensar en la existencia de un hombre común y de un gran señor como versiones de una misma naturaleza humana.

Para él, el segundo sería un héroe, o un discreto, el segundo, únicamente un "medio hombre".

De los consejos que hemos conseguido aislar, nos limitaremos a dar los más característicos:

"Saber estimar"; porque "ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo, ni hay quien no exceda al que excede".²⁷⁶

"Cebiar la expectación", "porque ignorada y presumida profundidad siempre mantuvo con recelo el crédito".²⁷⁷

Buscar "no el bien deleitable, útil y honesto, sino el bien honesto, útil y deleitable".²⁷⁸

"Vivir a la ocasión", porque ello "es gobernar", que "el norte de la prudencia consiste en portarse a la ocasión".²⁷⁹ Y "vivir a lo práctico: acomódese el cuerdo a lo presente aunque le parezca mejor lo pasado, viva el discreto como pueda, ... tenga por mejor lo que le concedió la suerte, que lo que lo ha negado".²⁸⁰

Encúbrase la necesidad, porque "no es necio el que hace la necesidad, sino el que hecha, no la sabe encubrir. Hánse de sellar los afectos, cuanto más los defectos. Todos los hombres yerran, pero con esta diferencia: que los sagaces desmienten las hechas y los necios mienten las por hacer".²⁸¹

Ganad el afecto: "fácil es de ganar el afecto, sobornado el concepto, porque la estimación mune la afición".²⁸²

"Un grano de audacia con todo es importante cordura".²⁸³

"Valerse de la privación ajena, que si llega a deseo, es el más eficaz torcedor".²⁸⁴

276 *Político*, págs. 9 y 11.

277 *Orác. máx.* 195, pág. 83.

278 *Héroe*, 127.

279 *Crit.* I, X.

280 *Orác. máx.* 287, pág. 120.

281 *Orác. máx.* 120, pág. 51.

282 *Orác. máx.* 126, pág. 54.

283 *Héroe*, 150.

284 *Orác. máx.* 182, pág. 77.

“Saberse trasplantar” ya que “todo lo extraño es estimado”, porque “nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto”.²⁸⁵

“Entrar con la ajena para salir con la suya”. Esto es “un importante disimulo, porque sirve de cebo la concebida utilidad para coger una voluntad”. Bien claro está lo que se pretende: ¡coger una voluntad!

“Todo lo favorable obrarlo por sí”.²⁸⁶

“Todos te conozcan, ninguno te abarque”.²⁸⁷

Adelantarse a confesar el defecto. Porque “el que se adelanta a confesar el defecto propio, cierra la boca a los demás; no es desprecio de sí mismo, sino heroica bizarría; y al contrario de la alabanza, en boca propia se ennoblece”.²⁸⁸

“No hacerse de mal querer. No se ha de provocar la aversión, que aun sin quererlo, ella se adelanta... Muestre pues, estimar, para ser estimado; y el que quiera hacer casa que haga caso”.²⁸⁹

“Conocer los afortunados para la elección, y los desdichados para la fuga”.²⁹⁰ Esta “regla tan egoísta al primer golpe —dice Romera Navarro— pierde su significación ética y cobra valor intelectual en la explicación que le sigue”: “la infidelidad es de ordinario crimen de necesidad... Acierto es llegarse a los sabios y prudentes, que tarde o temprano topan con la ventura”. “No se trata pues —sigue diciendo Romera Navarro— de juntarse con los dichosos y abandonar a los infelices, sino de allegarse a los prudentes y eludir los necios”.

“Usar del reconsejo. Apelar a la revista es seguridad, y más donde no es evidente la satisfacción: tomar tiempo, o para conceder o para mejorarse”.²⁹¹

Poned “virtud y atención; porque no hay más dicha ni más desdicha que prudencia e imprudencia”.²⁹² Según Coster, esta máxima se encuentra ya en Botero.²⁹³

“Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado”.²⁹⁴

Esas son las máximas que han de guiar al hombre en “el comercio de la vida”, como diría Nietzsche. Forman lo que Spranger denomina

285 *Orác. máx.* 189, pág. 81.

286 *Orác. máx.* 198, pág. 84.

287 *Ibid.*

288 *Héroe*, 127.

289 *Discreto*, 181.

290 *Oráculo*, pág. 455.

291 *Orác. máx.* 132, pág. 56.

292 *Orác. máx.* 21, pág. 11.

293 *Detti*, pág. 19.

294 *Orác.* pág. 70.

“moral social”, que es “una parte de la cultura objetiva o del espíritu objetivo. Se presentan como un conjunto de juicios de valor *con validez para la colectividad* y, por tanto, *con acción* sobre la conducta individual. El sujeto social supraindividual en los individuos es quien emite estos juicios sobre el carácter y la conducta de los miembros de la sociedad. Estos juicios de valor se exteriorizan: *a)* en forma de prácticas y cumplimientos efectivos; *b)* en normas (exigencias) generales para la conducta futura, y *c)* en la reacción del grupo ante las manifestaciones del modo de sentir de los miembros de la sociedad... Toda sociedad, total o parcial, tiene una moral semejante. Su contenido especial es, dicho figuradamente, una magnitud histórica que hay que concebir como en función de los valores culturales de la sociedad correspondiente”.²⁹⁵

Lo que Gracián dicta en su *Oráculo* son, pues, normas de conducta fundadas en juicios de valor. Gracián no se dió cuenta de lo que la moral social era como conjunto de normas, porque para que se destacara como ordenamiento y como un cierto tipo de acciones al que aquél está referido, se necesitó que, gracias al Positivismo, hubiese nacido ya la Sociología, para que la conciencia de que había una serie de actos y normas sin encaje exacto en las categorías normativas al uso, determinase toda una construcción sistemática y unificada de las mismas. Por eso, hoy podemos decir lo que esas normas son, pero Gracián no pudo hacer más que deducciones prácticas. Y, claro está, deducciones prácticas que constituían toda una moral que elevaba al individuo y procuraba, en su concurrencia con los demás, que sobrepujase a estos. Todo su substrato, la “voluntad de poderío”, había de quedar latente hasta Nietzsche.

LOS TIPOS HUMANOS

“Hay a veces entre un hombre y otro casi tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la sustancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella”.²⁹⁶

En esa frase se resume el contenido de nuestro presente análisis: nos referimos a los tipos de hombre que se destacan y perfilan en la obra gracianista. Hombres no distintos en su ser unos de otros, pero sí en su vida, o en lo que por la vida consiguen ser. Cuanto más cumbre llegan a ser, más diferentes son entre sí, más individuos. Esta originalidad la reduce Gracián a ciertos tipos, en los que la vida se halla polarizada en diversos sentidos. Unos son sabios guías, profetas, hombres experimentados, mento-

295 SPRANGER: *Psicología de la Edad Juvenil*, pág. 190.

296 *Discreto*, 168.

res de la humanidad: Critilo, por ejemplo. Son otros los ingenuos, los idiotas, en la primitiva acepción de esta palabra, aquellos que en cada momento se estrenan a sí mismos y cuya vida es un perpetuo asombrarse: Andrenio, por ejemplo. Otros son los héroes, “eminencia de eminencias”, de acción noble y digna, fecundos y fomentadores. Otros son discretos, hombres agradables, buenos amigos, fáciles conversadores, distinguidos, airosos y hasta un poco sensatos: son los cortesanos. Otros, los prudentes, son los políticos, los sagaces que no se dejan engañar ni subvertir, insobornables a todo lo que no pueda reportarles una ventaja, fríos y duros, al servicio de la comunidad, cuyos problemas y esperanzas constituyen su propio alma; son los hombres representativos, porque su individualidad es la comunidad misma —Fernando el Católico. A este respecto, téngase presente que la prudencia no es patrimonio privativo del prudente; mas en tanto que cálculo y sagacidad, y “espera”, es lo directivo y culminante en el tipo del prudente.

Enfrente de esos hombres superiores, señeros hitos humanos, se encuentran los serviles, los hombres comparsa, peones y materia de aquellos. Pero oigamos, mejor, a Gracián:

“Nácese algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacieron para superiores, si no por dignidad de oficio, de mérito. Infúndeseles en todo un espíritu señorial, aún en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan... Prevalece en estos el señorío, que los constituye superiores, sino en el derecho, en la posesión”.

“Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre, de unos espíritus serviles, sin género de brío en el corazón, inclinados al ajeno gusto y ceder el propio a cuantos hay. Estos no nacieron para sí, sino para otros; tanto, que alguno fué llamado de todos. Otros dan en lisonjeros, aduladores, burlescos, y peores empleos si los hay. Oh, cuantos hizo superiores la suerte en la dignidad, y la naturaleza esclavos en el caudal”.²⁹⁷ En otras palabras: “la responsabilidad es la que crea la grandeza”, escribió Stefan Zweig en su *Fouche*.

No creemos que puedan aislarse en puridad todos estos tipos en la obra de Gracián. Nos vamos, pues, a contentar con irlos destacando del conjunto de su obra, comenzando para ello con el más claro, el de héroe.

EL HEROE

Son los varones cultos “pretendientes de la heroicidad” y sus guías, “los varones eminentes, textos animados de la reputación, de quienes debe

²⁹⁷ *Discreto*, 174-5.

el varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas”. Hánse de empeñar para ello en empeños grandes, “siempre ha de afectar grandes empresas, pero en los principios, máximas”.²⁹⁸

Es la empresa lo que caracteriza al héroe, lo que da heroicidad al hombre. Y la empresa es acción, y acción noble, elevada, pura. El héroe es hombre de realidades, que marca en un mundo resistente la huella espiritual de su grandeza de carácter. El héroe es Poder.

“El héroe —dice Max Scheler— tiene que poseer, como el genio, una exuberancia insólita, por encima de lo normal, de cierta función espiritual específica. Pero esa función no es, como en el hombre religioso, la facultad de abrir su alma al cosmos, o como en el genio, la superabundancia de la intuición y el pensamiento... sino superabundancia de “voluntad” espiritual y su concentración, continuidad y firmeza frente a la vida impulsiva. El héroe es hombre de voluntad, lo que, a la vez, quiere decir hombre de poder... Pujanza, vehemencia, fuerza, plenitud, ordenación interior y hasta automática de los impulsos vitales, son cualidades pertinentes a la esencia del héroe... Pero no le pertenece menos... poder concentrar, dominar, gracias a su voluntad espiritual, esta vida impulsiva, y tenderla constantemente hacia remotos objetivos con la mínima desviación. Esto es lo que llamamos “grandeza de carácter”. El grado de esta tensión, sin deshacer la posible armonía entre impulso y voluntad espiritual, su vehemencia y plenitud, son lo que constituye el rango de héroe. Cuando se quebranta la armonía, entonces se produce el tipo de héroe dualista, el héroe específicamente germánico, como Sigfrido, Lutero, Bismarck. Si la plenitud de la voluntad espiritual es demasiado pequeña, nace el “fanático” agresivo, superactivista (el duque de Alba). Si, por el contrario, la abundancia de la vida impulsiva es demasiado débil respecto a la voluntad espiritual, nace el tipo de héroe ascético y trágico, el héroe específicamente eslavo, el héroe que aguanta, sufre, soporta, el héroe pasivo, defensivo (Kutusow).²⁹⁹ Por eso define Max Scheler al héroe como “aquel tipo de persona humana e ideal, medio divina (héroe de los griegos) o divina (dios de la voluntad y del poder, p. ej. en mahometanos, calvinistas), que está referido en el centro mismo de su ser a lo noble y a la *realización de lo noble*, es decir, a un valor “puro”, no técnico, y cuya virtud fundamental es la nobleza natural del cuerpo y del alma y la correspondiente magnanimidad”.³⁰⁰

298 *Héroe*, 164-5, 160 y 157.

299 M. SCHELER: *El Héroe*, pág. 241.

300 M. SCHELER, *ob. cit.*

Esto es la heroicidad, un valor “puro”, formal y abstracto, cuyo contenido es precisamente la grandeza de un tipo de realización específica. Podríamos decir que el valor héroe no es “lo heroico”, sino la “heroicidad”; es decir, el héroe no realiza unos actos específicos valiosos que expresen su heroicidad, sus actos son cualesquiera, pero son actos realizados “con grandeza”, “noblemente”. Y así como hay lo que se llaman las “pequeñas tragedias de la vida vulgar”, hay también resortes de heroicidad en almas pequeñas y sencillas —la heroicidad del forzado del vivir.

Como dijo Goethe en su *Wilhelm Meister*, “obrar es fácil; pensar, difícil; obrar según el pensamiento es lo que exige esfuerzo”. Obrar según el pensamiento: “hacer de nuestra cultura conducta”, como recomendaba Giner de los Ríos, esto es lo que importa. Esa es la heroicidad, y la medida de su grandeza la dará la riqueza y autenticidad del genio que la impulsa. Que “cuando a la espontaneidad se une la ley, porque la ley se interioriza, porque la ley viene a ser ya el florecimiento, la plenitud de la misma espontaneidad, entonces existe voluntad y libertad verdadera”.³⁰¹

Afirmaba Coster que el Héroe de Gracián no es “el semidios de los antiguos, ni el vidente de Carlyle... ni el superhombre de Nietzsche, ante el que desaparecen los intereses o los derechos de los hombres vulgares, ni tampoco el hombre que se sacrifica noblemente por una causa grande; su héroe es el gran hombre, pero el gran hombre que tiene éxito, y que por sus escritos, por su virtud y, sobre todo, por sus hazañas o por su política, adquiere un renombre universal”.³⁰² Con idénticas palabras se expresa Pfandl.³⁰³

Por nuestra parte hemos de confesar nuestra disconformidad con Coster. Para Gracián el héroe adquiere heroicidad sólo por sus hazañas, por el éxito de sus empresas. Por eso creemos interpretar rectamente su pensamiento si decimos que su Héroe es el dios de la voluntad y del poder, el hombre que logra su grandeza, o su personalidad, sólo y ante todo por la acción. Por esta se califica y a través de ella consigue enteramente definirse. Cuando el éxito llama a las puertas de una acción humana henchida de la grandeza y personalidad de su creador, este creador es un héroe; su vida son los trozos de sí que en su vida va dejando y él es, al mismo tiempo, nada más que un resultante de esas acciones. “Lo cierto es que a todo héroe lo apadrinaron el valor y la fortuna”, dice Gracián, y aquí la fortuna tiene el mismo sentido que en Maquiavelo: es ciega cuando

301 L. DE ZULUETA: *La Edad Heroica*, 106.

302 COSTER, “B. G.”, pág. 450.

303 *Ob. cit.*, pág. 605.

el hombre no sabe dominarla, cuando no sabe ser afortunado. Pues “a los grandes hombres los mismos peligros o les temen o les respetan; la muerte a veces recela el emprenderlos, y la fortuna les va guardando los aires”.³⁰⁴ Así, cuando el hombre tiene poder (*virtú*, diría Maquiavelo) y sabe atemperarse a las condiciones histórico-sociales, la fortuna se hace carne de nosotros mismos: “vale más ser precavido que circunspecto, porque la fortuna es mujer, de modo que para dominarla hay que tratarla sin miramientos, demostrando la experiencia que sale vencedor de ella el que la fuerza y no el que la respeta” —dice Maquiavelo—. ³⁰⁵ El héroe, por su poder y su fortuna, ha de realizar heroicidades; y la fortuna se deja incorporar por el “poderoso” que “sabe” capturarla. La fortuna es un destino, como la desdicha: “que como andan encadenadas las desdichas, unas a otras se introducen”.³⁰⁶ Otras veces, el destino es únicamente fortuna, para bien o para mal, como cuando Gracián dice: “fluctuando estaba... entre la muerte y la vida, hecho víctima de su fortuna”.³⁰⁷ Pero lo heroico, además de individual, es también historia, de la que son trozos las acciones de los héroes, y la historia misma, “no es sino la maestra de la vida, la vida de la fama, la fama de la verdad y la verdad de los hechos”.³⁰⁸ Quizás sea esa una de las más bellas descripciones que se hayan hecho nunca de la Historia.

EL DISCRETO

He aquí otro de los tipos que se destacan en la obra de Gracián. Mientras el Discreto tiene “valor” y “eminencia”, el héroe tiene “ideal” y “caudal”. Esta contraposición conceptual es sumamente interesante. Por poseer ideal y caudal, el héroe tiene una idea directriz o motora de su acción, a la que imprime realización en virtud de la estimación que del ideal hace. También posee un caudal, la energía o poder que le empuja a la acción y a virtud del cual consigue llegar su ideal a la realidad. Pero mientras que esa acción que el héroe es, viene a ser resultante de su caudal y de su ideal, el Discreto posee valor y eminencia, no es personaje histórico, creador de historia, sino sólo un ente social, mundano, destinado a brillar en la buena sociedad, en la que vive como espacialmente, mientras que el héroe, por el contrario, vive temporalmente: vive para la historia, que es eternidad en la memoria de los hombres, y, así, pretende supratemporalizar su vida.

304 *Crit.* I, I, 106.

305 *El Príncipe* tr. esp. SÁNCHEZ ROJAS, pág. 121.

306 *Crit.* I, I, 106-7.

307 *Crit.* I, I, 107.

308 *Crit.* I, VII, 137.

No tiene el Discreto un ideal guía. Suyo es un valor, que le conmueve y pretende realizar aquí y ahora, sin más, sin pretender un éxito que haya de trascender de su propia vida. Y tiene eminencia en la misma medida que el héroe posee caudal, como atributos que los distinguen y separan de los hombres comunes —“diptongos”, “paréntesis”, “necios”, o “locos”. Pero aquello que el Discreto posee de privativo y característico, esa eminencia, no es caudal —ancho, enorme, fecundo, fuerte— sino un distintivo, un algo más, pero de tipo cualitativo, no cuantitativo: el Discreto es algo más selecto, fino y distinguido que los otros.

Concedamos la palabra a Gracián: “se adelantó a recibirle un grande cortesano, haciéndose muy amigo, dándole la bienvenida. Ofrecióle largamente cuanto pudiera el otro desear... Convidóle primero a su casa, que se veía allí a un lado, tan llena de tramoyas cuan vacía de realidades. comenzó a franquearle riquezas en galas...; pero con tal artificio, que lo que con una mano le daba, con la otra se lo quitaba, con increíble presteza”.³⁰⁹

“Vivió ya entre los cortesanos, donde experimentó tan a su costa las persecuciones de la infelicidad y de la malicia, la falta de verdad, la sobra de embeleso y aún averiguó que había allá más necedad, cuando más presumida”.³¹⁰

La palabra “discreto” se ha interpretado muy diversamente. Un traductor francés del siglo XVIII la convirtió en “l’homme universel”, y modernos intérpretes —dice Pfandl— “tan pronto ven en ella el concepto del hombre de honor según la idea del siglo XVII, como el ideal del hombre de mundo que ha desarrollado todos sus conocimientos y perfecciones hasta cierto grado de armónica perfección”.³¹¹

Nosotros nos inclinamos por la acepción de cortesano; porque será muy siglo XVIII considerar al discreto como un hombre universal, como hacía el traductor de Gracián, pero en el siglo XVII, en que España se reflejaba más y más en la Corte, a cuyo alrededor giraba el mundo, en una España en que la falta de vitalidad había hecho de su núcleo su exponencia, tenía que acontecer esto: el discreto necesitaba triunfar en sociedad para que se le estimase, pero Sociedad propiamente dicha, con resonancia, vocera de fama, no existía más que la Corte. Por eso disentimos de la opinión de Pfandl, para quien el discreto no es sino el prudente o juicioso, “aquél que sabía conducirse bien en todas las circunstancias de

309 *Crit.* I, VIII, 237.

310 *Crit.* I, VIII, 263.

311 *Ob. cit.*, pág. 606.

su vida". No, el vocable equivalente a discreto es el de *honnete homme* o *galant homme*, siguiendo en esta opinión a Coster.

Las formas que ha ido adoptando ese tipo históricamente son muy interesantes: el Discreto viene a corresponderse con el *arbit̄er elegantiarum* que era Petronio, el *Cortegiano* del Renacimiento, el caballero español del siglo de oro, el hombre universal del XVIII y el *gentleman of wit* de la época victoriana inglesa. Como dice Baldensperger,³¹² "el perfecto cortesano, hijo de la sociedad italiana, se impone primeramente a las aristocracias occidentales, y "la forma de cortesanía más adecuada para un gentil-hombre" llega hasta ellas adornada con las gracias que la "lengua itálica" ha definido. A este primogénito de los hijos de Europa se le exigirá hallarse dotado de "bella prestancia de rostro y de persona", saber hablar con elegancia, ser ilustrado, artista y músico; debe ser experto en los ejercicios del cuerpo, y aportar a ellos sobre todo "una cierta gracia y, como se dice, un decoro que a primera vista le haga agradable y amable a toda persona que le vea".

La obra clásica de la discreción es *Il libro de Cortigiano*, del Conde Baltasar de Castiglione, o Castellon, en su versión española, que vió la luz en Venecia en 1528. Castiglione era hombre selecto y de espíritu cultivado, nacido en Casiático, en territorio del ducado de Mantua, el 6 de diciembre de 1478. Su educación fué humanística. Tras una estancia en la corte milanesa de Ludovico el Moro, pasó a servir a Francisco de Gonzaga, su señor natural, con quien hizo la expedición a Nápoles, separándose de él con motivo de la victoria española de Garellano para seguir a Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino, quien le llevó a su corte, ejemplo de intelectualidad y expresión de la espiritualidad de la época. En representación suya llevó a cabo diversas embajadas, hasta pasar nuevamente al servicio del entonces marqués de Mantua, Federico Gonzaga. Confióle éste su representación ante el papa Clemente VII y éste, a su vez, le mandó como enviado suyo cerca de Carlos V. Con este último se encontraba al ocurrir el saco de Roma. Creyólo desleal el Pontífice, pero luego depuso su enojo. Entretanto, Carlos V le hizo súbdito español, y llegó a ofrecerle el obispado de Avila. Murió en Toledo el 7 de febrero de 1529.

Como se ve por su biografía, nadie más a propósito que él para describirnos al cortesano. Su libro, publicado un año antes de morir, se popularizó rápidamente y fué traducido a varios idiomas, entre ellos al español. Juan Boscán, por consejo de su amigo Garcilaso de la Vega, hizo esta traducción española, que se publicó en 1534. Se trata del libro más

312 *Etudes d'Histoire Litteraire*, París, 1907, cit. por ROUYEYRE.

característico del Renacimiento italiano. Escrito en forma dialogada nos presenta un vivaz y animado círculo de personajes históricos, tales como Isabel de Gonzaga, esposa de Guidobaldo de Montefeltro, Pedro Bembo, Bernardo Divizio de Bibiena y Federico Fragoso, que fueron después cardenales, Octavio Fragoso, luego Dux de Venecia, y Juliano de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico y hermano de León X. Tan apropiado era Castiglione para trazar el modelo del cortesano que la semblanza de Menéndez Pelayo casa exactamente con su criatura literaria: "Hombre de armas y hombre de corte; aventajado en todos los ejercicios y deportes caballerescos; maestro en el arte de la conversación y en todo primor de urbana galantería; profesor sutil de aquella filosofía del amor que la escuela platónica de Florencia había renovado doctamente; curioso especulador de la belleza en los cuerpos, en las almas y en las puras ideas; concedor fino de las artes del diseño; amigo y consejero de Rafael, en quien parece haber modelado su propio idealismo estético; pensador político y ameno moralista (véanse los tres primeros capítulos del libro IV); poeta lírico y dramático y organizador de fiestas aúlicas: todas estas cosas juntas en armónica unidad era Castiglione, sin sobra de pedantismo, con aquella cultura íntegra y multiforme, con aquella serena visión del mundo que renovaba los prodigios de la antigüedad con algunos espíritus selectos del siglo XVI... El ideal pedagógico del conde Baltasar... ni siquiera está enturbiado por el maquiavelismo político de su siglo. El perfecto cortesano y la perfecta dama, cuyas figuras ideales traza, no son maniqués de corte ni ambiciosos egoístas y adocenados que se disputan en oscuras intrigas la privanza de sus señores y el lauro de su brillante domesticidad. Son dos tipos de educación general y ampliamente humana, que no pierde su valor aunque esté adaptada a un medio singular y selecto, que conservaba el brío de la Edad Media sin su rusticidad, y asistía a la triunfal resurrección del mundo antiguo sin contagiarse de la pedantería de las escuelas. La educación, tal como la entiende Castiglione, desarrolla armónicamente todas las facultades físicas y espirituales, sin ningún exclusivismo dañoso, sin hacer de ninguna de ellas profesión especial, porque no trata de formar al sabio, sino al hombre de mundo en la más noble acepción del vocablo".³¹³

Pronto tuvo imitadores su libro, pero los libros escritos bajo su influjo carecen de la calidad literaria y humana del modelo. Giovanni della Casa publicó un *Galateo*, que tradujo al español y refundió Gracián Dantisco, con el nombre de *El Galateo español* (1582), el cual es solo

313 *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo XIII.

un repertorio de buenas maneras y de trato cortesano, un manual de urbanidad. Otras obras del mismo tipo fueron *El Cortesano*, de Luis de Milán, (1561, Valencia), que refleja la corte valenciana de los Duques de Calabria;³¹⁴ el *Escolástico*, de Cristóbal de Villalón, obra pedantesca, inédita, que trata de la formación del hombre de letras, y el *Arte de Galantería*, de Francisco de Portugal, que lo publicó bajo el seudónimo de Don Luis de Portugal.

Pero este cortesano humanista e italianizante se transfigura con *El Discreto* de Gracián. La de éste no es una obra de imitación, sino un fiel retrato del cortesano español, del “caballero” de la época. Arranca este tipo de la Carta-Instrucción que el Cardenal Jiménez de Cisneros dirigió al Arzobispo de Istria, preceptor de Carlos I, instruyéndole sobre la futura actuación política que debía de aconsejar al Rey. “Frente al “cortesano” amable, natural y alegre de Castiglione, establece Cisneros un nuevo ideal psicológico, que se podría representar en el Discreto, de Gracián, y cuyas características serían, por el contrario, el empaque y la seriedad”, según Fernando de los Ríos.³¹⁵ Empaque y seriedad; tales son las dos características del cortesano español, discreto y caballero, que tan bien supo ver Gracián y que El Greco pintó con tanta maestría en sus cuadros de “El Caballero de la Mano en el Pecho” o en “El Entierro del Conde de Orgaz”.

Al llegar al *Criticón* vemos desaparecer la base de esta cortesanía, la sociedad: “las pocas *personas* que Andrenio y Critilo encuentran en sus peregrinaciones, están solas y viven en un desesperado, irremediable aislamiento. Viven en acecho. Ya “la discreción no nos habilita para la convivencia, sino para la lucha; no nos da atractivos, sino defensas. Estas *personas* que desfilan por el *Criticón* son gentes agrias, incapaces de ver en el comercio humano otra cosa que peligros y trampas. La sociedad, aún la sociedad de los buenos, se atomiza. El mundo —este mundo que ya no lo es— se compone de masas gregarias y unos pocos desengañados, ásperos e insociables, siempre cautelosos”.³¹⁶

Y mientras en *El Héroe* la palabra ingenio designa las facultades intelectuales, sobre todo el juicio, en oposición a la agudeza, al fineza innata, aquí (en *El Discreto*), en cambio, designase con ella no sólo el juicio y la razón, sino también la aptitud científica, mientras que “genio” representa los gustos, el carácter”.³¹⁷

314 Hay una reedición en la *Col. de libros raros y curiosos*.

315 *El proceso histórico del Estado totalitario*, IX Conferencia. V. *El Sol*, Madrid.

316 FDEZ. MONTESINOS: *G. o la picaresca pura*, págs. 57 y 58.

317 COSTER, *ob. cit.*, pág. 486.

EL MENTOR Y SU DISCIPULO

De los dos tipos centrales del *Criticón*. Critilo y Andrenio, Andrenio es el hombre natural, Critilo el individuo cultivado y experimentado. Cual otro Segismundo, Andrenio es un héroe adolescente; tiene una ingenuidad a toda prueba y un impulso vital hacia lo mejor, más justo y perdurable. Pero Andrenio es débil; cae en la sociedad, poblada de mentirosos y esclava de los vicios, y ha de sufrir todos sus embates, y escuchar todos sus falsos halagos, y encallar en sus escollos. Todo le acomete: la caterva de las pasiones, la piara de los vicios, la horda de los engaños. Sólo el desengaño le salvará y la experiencia se la darán cuantos golpes le aseste la vida; esos golpes que hacen crujir, a veces, a todo cuanto el hombre es y le sacan jirones de su alma, para convertirlos en lecciones de experiencia. Para él la vida es pedagogía, dura y triste. Lo que ambos peregrinos van buscando, el reinado de Felisinda, no está en este mundo, trasciende y, como la inmortalidad, es otra "realidad". Podría quejarse, con Michelet, de que le arrancaban su yo; su única ventaja es "ver con novedad y con advertencia la grandeza, la hermosura, el concierto, la firmeza y la variedad de esta gran máquina criada".³¹⁸

En cambio, Critilo es el Criterio, el Mentor, el hombre de experiencia, el sabio que conoce la vida, el autorretrato del propio Gracián, según Romera Navarro.³¹⁹ Su ciencia no es de cultura, sino de consejos prácticos. El puro sabio es un tipo aparte, según lo describe Gracián: "vamos pasando desde el nacer al morir sin reparar en la hermosura y perfección de este universo; pero los varones sabios vuelven atrás, renovando el gusto y contemplando cada cosa con novedad en el advertir si no en el ver... Por eso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente"³²⁰ "artificiosamente" es decir, con arte, primor o ingenio.

El parangón de esas dos individualidades constituye toda la alegoría del *Criticón*. Mientras recorren el mundo se les pasa la vida y, al final, su experiencia les han granjeado inmortalidad.

Sin embargo, Critilo, "aquel plausible peregrino que hace la crítica sagaz de toda la vida humana",³²¹ no nos parece un tipo tan logrado como el de Andrenio. Nuestro pedagogo nos resulta demasiado frío y atiborrado de sanos consejos; un tipo, en suma, excesivamente esquemático. Ante

318 *Crit.* I, II, 119.

319 *Ob. cit.*, pág. 20.

320 *Crit.* I, I, 120.

321 *ROM. NAV. ob. cit.*, pág. 20.

todos los acontecimientos que se le deparan, siempre tiene una primera reacción de desconfianza, y, a renglón seguido, adopta un tono doctrinal que, sin llegar al del dómine, le resta humanidad y calor. Parece ser únicamente la encarnación del saber y conocimiento de la vida.

“Luis Vives, Huarte de San Juan y... los místicos le habían precedido... en el estudio de la Psicología, pero ninguno de ellos se adentró tan hondo en los fondos oscuros del alma”, dice Romera Navarro.³²² Es verdad; por eso es nuestro Gracián tan pesimista; conoce demasiado lo humano para estimarlo. Basta enfrentarlo con el hombre todo ingenuidad, que es Andrenio, el que sabe tomar la vida y las cosas como algo siempre nuevo y apasionante, para que la figura de Critilo se nos deshumanice por completo en un conjunto de sentencias. Pero el sentencioso ha de ser también un tipo humano, porque sus sentencias valen no sólo en cuanto enseñanzas deducidas de experiencias previas, sino que han de valer, sobre todo, en tanto que expresiones vitales, trozos de vida ya vividos por un alma, expresiones calientes aún de humanidad, vivencias en estado primigenio, en suma.

Son los auténticos peregrinos los que van por la vida tratando de extraer de ella significación y enseñanza, no esos pobres turistas, horros de espiritualidad porque la vida no les ofrece ni enseña nada más que aquello que otros les dijeron habrían de encontrar en ella —pobres almas negras que van por los caminos del tiempo con los ojos perdidos y el alma dogmatizada! Acaso cada uno de nosotros no llegue nunca a tener otros consejeros que los que su propia espiritualidad merece. “¿Puede comprenderse un tipo humano más universal que este del peregrino? Sólo comparable con el del puro estudioso, el “clero” llevado por el amor de las esencias universales, es moralmente superior a él por la total ausencia de *ego* que supone. El peregrino colorea su yo egoísta, diverso, exclusivo, con el vapor de la comunidad de almas, como el paisaje del poniente espiritualiza todos los objetos en una humilde y completa dejación ante el misterio”.³²³

EL PRUDENTE

Es el político, el Fernando el Católico de Gracián, no el personaje histórico mismo. Es el racionalismo renacentista, el hombre que es todo voluntad porque es todo él realidad. Como Fernando el Católico, nuestro prudente “conoció y supo estimar su gran poder; tenía tomadas el pulso a sus fuerzas, y súpolas emplear; tenía tanteadas las de sus enemigos, y

³²² *Ob. cit.*, pág. 20.

³²³ OTERO PEDRAYO: *Ensayo histórico sobre la cultura gallega*. Santiago, 1933. pág. 149.

súpolas prevenir”.³²⁴ La frase es bien expresiva: el prudente se conoce y se estima, sabe lo que puede hacer; sabe lo modelable que la realidad es, en un momento dado, y actúa en vista de su saber y a virtud de su fortuna y de su capacidad. Pero esta capacidad, más que de impulso o “caudal” —como en el Héroe— es de cálculo, de razón. Es, ni más ni menos, el príncipe maquiavélico. Nos volveremos a encontrar con él más adelante, en su campo de acción, el de la Política, y entonces veremos cómo actúa y previene.

EL VARON ATENTO

Nos queda, por último, el Varón Atento. No llegó Gracián a expresar su pensamiento al respecto; se limitó a anunciar la obra, pero ésta nunca se publicó. Pensaba titularla *Avisos al Varón Atento*.³²⁵ Tal como hemos encuadrado las restantes figuras, las conocidas directamente, acaso podamos deducir que con su varón atento pretendió Gracián esbozar el retrato de su mecenas Lastanosa. El varón atento es un espectador, aquél para el cual es el mundo un espectáculo y una filosofía, y la vida misma, no más que un libro bello de sabia y varia lección. Un solitario de la sociedad, que vive de su espíritu interiorizando al mundo dentro de sí, expresando su intimidad y educando con su obra: un especulativo, en suma.

DE LA TECNICA, LA CIVILIZACION Y LA SOCIEDAD

En varios pasajes de las páginas precedentes se ha hecho alusión a las tres cosas de que vamos a tratar ahora, la técnica, la civilización y la sociedad. A Gracián no puede exigirsele ni una diferenciación estricta ni una valoración positiva de las tres. A la técnica la conoce por sus obras, y su desencanto es sincero y absoluto: “todo cuanto inventó la industria humana ha sido perniciosamente fatal y en daño de sí misma: la pólvora es un horrible estrago de las vidas, instrumento de su mayor ruina, y una nave no es otro que un ataúd anticipado”.³²⁶ A la técnica por sus obras y a las obras por sus resultados las conoceréis, nos viene a decir Gracián.

Así, de los tres acontecimientos que habían abierto el postigo dentro de la fortaleza de la civilización medieval, la invención de la imprenta, el descubrimiento de América, y la utilización militar de la pólvora, no ha sacado Gracián, aparte de sus libros, mucho que le hiciera feliz. Y, sin embargo, es él también quien nos dice que “donde no media el artificio,

324 *Político*, pág. 32.

325 *Discreto*, pág. 173 y 210.

326 *Criticón*, I, I, 108.

toda se pervierte la Naturaleza”.³²⁷ Este artificio no es otro que el Arte, el elemento más dinámico de la civilización.

Al fondo, y distante de la finura perceptiva de nuestro filósofo, queda la Sociedad. No se ha adentrado Gracián a descubrir su naturaleza, se ha quedado en la superficie, en su reflujo y textura de héroes, discretos, prudentes y otros tipos que en ella viven y se esfuerzan. Para él, la sociedad se reduce a una estructura de relaciones personales, de cara a cara, como dicen los sociólogos modernos, de tipo reflexivo y más bien pacífico: “noblemente”, el intercambio social se produce por medio de la conversación de este modo: “comunicase el alma noblemente produciendo conceptuosas imágenes en la mente del que oye, que es propiamente el conversar. No están presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican”.³²⁸ Es pues una comunidad espiritual en el espacio y en el tiempo lo que Gracián tiene delante de sí, en la que la presencia de los sujetos o la de uno de ellos frente a la obra escrita del otro, equivale a participación y comunión en la relación social.

(Continuará).

327 *Crit.* I, I, 108.

328 *Crit.* I, I, 109.